

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

ESCUELA DE VERANO

BLASCO IBAÑEZ
Y SU
OBRA LEVANTINA

QUE PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE:

MAESTRÍA EN ARTES EN ESPAÑOL



TESIS

BIBLIOTECA SIMON BOLIVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS

ALYCE GOLDING COOPER

MEXICO

1955

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



BIBLIOTECA SIMON BOLIVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS



BIBLIOTECA SIMÓN BOLÍVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS

XN55

C6

ej. 2

A mis hijos Bonnie,
Dana y
Dickie.



11 OSOF. A

C O N T E N I D O

	Pág.
PROLOGO	9
CAPITULO I	
DATOS BIOGRÁFICOS	15
CAPITULO II	
<i>Cuentos Valencianos</i>	25
CAPITULO III	
<i>Arroz y Tartana</i>	37
Impresiones generales sobre <i>Arroz y Tartana</i>	51
CAPITULO IV	
<i>Flor de Mayo</i>	57
Impresiones generales sobre <i>Flor de Mayo</i>	73
CAPITULO V	
<i>La Barraca</i>	77
Impresiones generales sobre <i>La Barraca</i>	97
CAPITULO VI	
<i>Entre Naranjos</i>	101
Impresiones generales sobre <i>Entre Naranjos</i>	117
CAPITULO VII	
<i>Cañas y Barro</i>	123
Impresiones generales sobre <i>Cañas y Barro</i>	139
CONCLUSIONES	143
APENDICE	
Entrevista con la hija del célebre novelista	
INDICE DE OBRAS CITADAS	

00301

PROLOGO

Entre el sinnúmero de escritores y los tan variados temas literarios, así latinoamericanos como ibéricos, ¿por qué he de fijar mi atención en Vicente Blasco Ibáñez? Al escritor, por supuesto, no le falta renombre, pues es ampliamente conocido en gran parte del mundo, gracias a las traducciones que se han hecho de varias de sus novelas, incluso a idiomas tan diferentes del castellano como, por ejemplo, el japonés.

Por lo demás, Blasco Ibáñez, como ningún otro escritor español, ha gozado de una popularidad excepcional en los Estados Unidos de América, por lo que no es para sorprender mayormente que una estudiante de las letras hispanas reparara en esa figura imponente, tan conocida en toda América.

Mas, tal vez algo paradójicamente, habrá de ser precisamente en aquellas obras casi ignoradas de los lectores estadounidenses en las que se concentre el interés en el presente estudio. Dada la peculiaridad de la índole de sus temas, cuya acción se desarrolla en una región de España, no era de esperarse que obras tales como "La barraca" y "Cañas y barro" tuviesen la aceptación del gran público en general, al igual que, por ejemplo, la amena novela torera "Sangre y arena" o la accidentada novela de guerra "Mare nostrum", ambas vertidas en grandiosas adaptaciones cinematográficas, en Hollywood y en España respectivamente.

Con todo, el criterio más comúnmente sustentado es el que se inclina a considerar como lo mejor de cuanto escribiera Blasco Ibáñez a su producción de inspiración regional, esto es, aquellas novelas en las que el valenciano vuelca lo que siente más profundamente, a la vez que es para él lo más íntimamente conocido, pareciendo impulsado entonces a una mayor elocuencia de la que suele

caracterizar a toda su obra en general. Me refiero a aquellas de sus novelas que se hallan nutridas, de una manera u otra, del ambiente típico de su tierra natal: Valencia.

En este estudio encaminado a una apreciación de la obra valenciana, se intentarán analizar las siguientes novelas, en una crítica objetiva en la que se habrán de señalar las singularidades meritorias y los atributos de positivo valor literario, sin dejar por ello de hacer notar las fallas ocasionales: "Arroz y tartana", "Flor de Mayo", "Cañas y barro", "Entre naranjos" y "La barraca", así como un breve análisis de los "Cuentos Valencianos". Todas estas obras coinciden en varios puntos, aparte del hecho en común de surgir todas de algún aspecto vital de aquella región española. Ya a primera vista, antes de abrir los libros, se suscita una suposición literaria, bien que pueda parecer un tanto absurda. Pero la circunstancia de que todas esas obras equivalgan a pequeños volúmenes, parece indicar que en ellas prevalecen un criterio y una selección determinados, y aun tal vez un mayor esmero y atingencia.

Claro está que se trata ahí de una mera conjetura; pero el posterior análisis de los libros muestra que, en efecto, hay mucho de verdad en ello —y más aún por lo que respecta a sus novelas subsiguientes, acerca de las cuales se ha acusado a Blasco Ibáñez de empeñarse en llenar páginas profusamente, sin ánimo de alcanzar la perfección.

Enrique Díez-Canedo, al hacer la crítica de "Mare nostrum", novela que excede de las 400 páginas, asienta:

"A nadie que conozca o sospeche lo que es el arte de escribir le parecerá paradójico esto: una obra excesivamente larga indica mayor apresuramiento que otra mucho más reducida y prieta. Pensar y elegir, componer, en una palabra, es lo que exige tiempo. La extensión, por sí sola, nada quiere decir; puede ser abundancia y riqueza, o facilidad y laxitud. Y en Blasco Ibáñez, novelista poderoso y fértil, de inventiva lozana y clara visión, es pecado que lo extenso de sus relatos corresponda más bien a las segundas causas que a las primeras." (1)

El realismo y el naturalismo son factores de los que se halla impregnado el espíritu de todas las novelas valencianas. Al igual que su

(1) Díez-Canedo, Enrique, "Conversaciones literarias", p. 130, Editorial América, Madrid.

muy leído —y muy criticado también— predecesor y maestro Emilio Zolá, Vicente Blasco Ibáñez se entregó asimismo en su juventud a los ideales del nuevo movimiento naturalista que se iniciara a mediados del siglo pasado. Zolá, campeón de aquella escuela literaria, tomando la realidad como base para sus creaciones novelescas, presentaba con riguroso realismo problemas biológicos, psicopatológicos, políticos y sociales con el propósito de resolverlos o, cuando menos, de sugerir alguna solución factible y de trascendencia práctica. Esto constituye el aspecto humanista de Emilio Zolá.

Pero el novelista valenciano, de la misma manera que jamás llegó al naturalismo extremo de su maestro francés, tampoco ofreció soluciones a los problemas expuestos. Por el contrario, el naturalismo de Blasco Ibáñez reconoce la brutalidad del hombre, impulsado por sus dos necesidades fundamentales: el hambre y el sexo, poniendo de relieve sus debilidades y sus vicios; mas terminan todas sus novelas con situaciones de angustia deprimente y de un pesimismo fatalista respecto a la vida, sin permitir un rayo siquiera de esperanza para el futuro. Precisamente por su afán de exhibir la realidad en sus aspectos más grotescos, así como por su empeño en subrayar los detalles más crudos y a veces hasta repugnantes, se calificó al valenciano como "El Zolá español".

El naturalismo, así como tuvo sus entusiastas exponentes, también hubo de tropezar con la firme oposición de los que lo vieron con hostilidad. Así don Juan Valera, a quien ese anhelo de propagar lo más degradante y exaltar los valores negativos de la vida instigó a esgrimir su pluma, arma eficaz en su mano, para combatir la tendencia naturalista. Al respecto es de citarse su artículo intitulado "Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas", en el que recuerda cómo antiguamente los que se dedicaban a las letras lo hacían con el objeto de deleitar y distraer a sus lectores de la sordidez de la vida vulgar y elevar sus almas por encima de las realidades cotidianas de la existencia —en suma, proporcionarles un modo agradable de momentánea fuga—.

Mas con todo, dice Valera, en su época se infiltró la moda naturalista en España, causando mucha zozobra por sus características de epidemia maligna. Así afirma:

"Ahora es todo lo contrario: el toque, el busilis de la buena novela, está en dar un mal rato a cada uno de cuantos la lean; en turbar la digestión, en dañar su higiene, en vencer sus repugnancias y dominar sus ascos, para que sufra con valor, y sin vómito, el espectáculo inundo de las más espantosas miserias." (2)

Aún es necesario atender a otra observación respecto al conjunto de la obra levantina de Blasco Ibáñez: su carencia de diálogo. Prácticamente no existen conversaciones entre los personajes, y, por otra parte, las exclamaciones de que se sirve el autor para patentizar los sentimientos de aquéllos aparecen de modo ocasional, como furtivas, en la narración. En "Arroz y tartana" y "Entre naranjos", los personajes se expresan en castellano; pero en las demás obras hablan en catalán, en la variante dialectal de uso en Valencia. Considero oportuna aquí una breve digresión acerca de la naturaleza y el origen del idioma catalán, por tal de evitar el error que más comúnmente prevalece en América a este respecto.

La Península Ibérica está dividida en cuatro grupos nacionales bien definidos por sus características étnicas, su evolución histórica y su modo de hablar. Existen por eso cuatro idiomas distintos: el castellano, el catalán (con el dialecto valenciano), el portugués (con el dialecto gallego) y el vasco. Bien sabido es que el castellano es la más importante lengua de la actual España, pero, por su difusión e historia literaria, rivaliza con él hasta cierto grado el catalán. Este, como el castellano, tuvo su origen en el latín, bien que evolucionó independientemente del castellano. Tiene ciertos puntos de contacto con el provenzal del mediodía de Francia con cuyos habitantes los catalanes mantuvieron estrecho contacto durante el régimen feudal, época de la formación de las lenguas romances.

Interesantes son las anotaciones del historiador de Madariaga referentes a este discutido tema:

"La pretensión de Cataluña a constituir algo más que una mera región se desprende, por consiguiente, con toda evidencia, del hecho de que habla una lengua propia. (Las tentativas de algunos castellanos para eludir este problema, considerando al catalán como dialecto del castellano, no merecen siquiera discusión. Para la ciencia filológica, como para el sentido común, el catalán es tan lengua como el castellano). No faltan discusiones, más o menos

(2) D. Juan Valera, "Nuevos estudios críticos", p. 21, Madrid, 1888.

académicas, sobre si el catalán procede del provenzal o de otra fuente. Pero el caso no puede ser más claro. El catalán procede de Cataluña.

Ahora bien, ¿qué es catalán y qué es Cataluña? Para los catalanistas de la escuela nacionalista, Cataluña es las cuatro provincias del condado, más el reino de Valencia y las islas Baleares. No faltan los que, llevados por una lógica entusiasta más allá de las fronteras, se lanzan a la anexión del Rosellón, y si no añaden al mapa de "Cataluña" la villa de Alghero, en Cerdeña, que todavía habla catalán, no olvidan mencionarla en su inventario. Tal es, en efecto, la Cataluña filológica. Pero es el caso que Valencia no quiere ser otra cosa que Valencia. Su lengua difiere lo bastante de la catalana para poder permitirse gramática y vocabularios propios si sus literatos quisieran construirse los, como lo han hecho los catalanes a la suya. Sin embargo, cabe dudar de que el valenciano hubiese subsistido como dialecto aparte, de haber florecido la cultura catalana en Barcelona durante varios siglos. Desde luego, el valenciano difiere menos del catalán que los dialectos franceses del francés de París o que el inglés de Yorkshire del inglés literario. Con todo, puesto que el valenciano puede explicarse históricamente por la repoblación de Valencia con los colonos catalanes después de la conquista de Jaime I, la existencia de este lenguaje en Valencia no bastaría para justificar la catalanidad de los valencianos como la existencia del catalán justifica la de los catalanes, ya que en el caso de Valencia el fenómeno lingüístico sería análogo al de la común latinidad del francés, español e italiano, debida al accidente común de la conquista romana, y por lo tanto, en el caso Valencia-Cataluña, lo importante sería, no la similitud, sino la diferencia de las lenguas, y la conclusión sería no la similitud, sino la diferencia de los pueblos." (3)

A principios del siglo XVIII finalizó un penoso proceso de unificación de la Península que rechazó las singulares características hispánicas. Felipe V, monarca Borbónico, inspirado por el ejemplo de la recién unificada Francia, llevó a cabo la misma labor en España, gracias al valioso apoyo de los castellanos de tendencia centralista. Hasta hoy en día los catalanes y vascos no han podido aceptar de buena voluntad su posición anónima dentro de un estado centralista. El sitio que ocupaban las naciones independientes ibéricas, el imperio colonial que habían creado y su infiltración espiritual en la civilización, se desvanecieron para dar lugar a una de-

(3) De Madariaga, Salvador, "España" - Ensayo de Historia Contemporánea, pps. 208-209, Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

cadencia deplorable, en la que un folklorismo andaluz, con toros, castañuelas y un costumbrismo semi-árabe muestra al mundo una imagen deformada de las demás regiones hispánicas.

La lengua materna de Vicente Blasco Ibáñez fue el catalán en su modalidad dialectal valenciana. Por supuesto, la fuerte influencia del idioma castellano en Valencia explica por qué muchos de sus intelectuales lo adoptaron, lo mismo que hizo el autor de "La barraca". Empero, actualmente, a pesar de la opresión gubernamental que rige en la región valenciana, se registra un fuerte renacimiento del catalán en todas las formas cultas de expresión, habiendo motivado la aparición de poetas y prosistas valiosamente representativos de la cultura catalana.

Como conclusión a estas consideraciones preliminares referentes a los aspectos comunes a toda la obra regional, es digno de citarse el hecho más destacado e indiscutible: la fuerza del narrador pujante, de brioso estilo colorido, y de temas particularmente dramáticos. Siguiendo uno de los fundamentales preceptos del naturalismo, Blasco Ibáñez, sin hacer un análisis psicológico de sus personajes, como ha sido característico de la literatura inmediata posterior, logra encajarlos perfectamente en el mundo que describe, y allí parecen moverse y actuar con entera desenvoltura. Esto es: el campesino parece haber nacido en la vega valenciana, con tanta propiedad delinea a Batiste en "La barraca", por ejemplo; el burgués tiene los sentimientos característicos de su condición social y de la ciudad donde ha transcurrido su vida, como doña Manuela en "Arroz y tartana". "El Retor", fatalista pescador enteramente saturado del medio ambiente donde nació y murió, no se podría concebir en otro sitio que no fuese a la orilla del mar, tanto convence la creación de este tipo de "Flor de Mayo".

Asentadas las anteriores aclaraciones, se procederá a examinar detenidamente cada uno de los libros en sí, procurando hacer además interesantes comparaciones entre ellos cuando a ello haya lugar. El minucioso análisis hecho capítulo por capítulo —y reforzado por copiosas acotaciones adecuadas para la comprobación de lo sostenido— pretenderá demostrar que Vicente Blasco Ibáñez, en la fase inicial de sus esfuerzos y creaciones literarias, fue un artista consumado por su maestría en el acertado manejo de los instrumentos de su labor: los vocablos.

CAPÍTULO I

DATOS BIOGRAFICOS



11 OSOF. 1

Falta página

N° 16

DATOS BIOGRAFICOS

Si hubiera que señalar una sola cualidad capaz de haber ejercido influencia sobre el carácter y expansión artística de Vicente Blasco Ibáñez, aquélla sería la tradicional tenacidad que corría con nerviosa fuerza por su sangre. Hijo de aragoneses, fue valenciano, pues, meramente por la circunstancia de nacimiento, pero como el también descendiente de aragoneses, Joaquín Sorolla, el gran pintor de marinas valencianas, hubo de identificarse asimismo Blasco entrañablemente con su región natal, siendo tanto su leal diputado republicano en el Congreso, como su fiel costumbrista en la literatura española.

Aunque predominantemente aragonés por su temperamento, Valencia hubo de imprimir otras huellas en su hijo nativo: aquel espíritu de lucha y de aventura, que tanto contraste ofrece con su temperamento artístico. Nació Vicente el 28 de enero de 1867, siendo su padre don Gaspar Blasco Teruel, oriundo de Teruel; y su madre doña Ramona Ibáñez Martín, procedente de Calatayud. Eran respetables miembros de la clase media en su calidad de modestos propietarios de un negocio de ultramarinos.

A través de la infancia y primera juventud del primogénito de don Gaspar Blasco, no se advierte ningún indicio que señalara el curso que había de seguir la vida del gran novelista. El ambiente extremadamente católico en que se crió ciertamente no se transparenta en su vida de adulto. Sólo un tío suyo, Mosén Francisco, clérigo y guerrillero durante la primera guerra carlista, dejó en él una impresión duradera. Trasciende en varias novelas del escritor este personaje, fuerte y resuelto, como los de la guerra carlista que tan

maravillosamente plasmó Valle-Inclán. Así, por ejemplo, es el "pare" Miguel de "Cañas y barro", aquel enérgico cazador que vigilaba a su rebaño de feligreses, escopeta al hombro.

El hecho de haber sido hijo único por varios años —nació su hermana cuando él ya era un adolescente— determinó el desarrollo de su carácter turbulento y voluntarioso, decidido y rebelde; mas ablandaba la aspereza de estas cualidades aquel espíritu soñador e idealista. Quería ser marino, pero como las matemáticas no se ajustaban a su temperamento romántico, vendía sus libros de texto para comprar novelas y obras históricas. Sus obras preferidas eran "Vida de Cristóbal Colón y de los primeros descubridores de América" por Washington Irving, y los "Estudios de la Edad Media" por Pi y Margall. Es interesante notar cómo desde niño manifestó su pasión por el Nuevo Mundo.

Entreveíase ya el escritor y "hombre de acción" cuando a los 16 años se despidió de la ciudad del Cid y de sus estudios, ansioso de independizarse, entregándose a una vida de lucha. Llegó a la Corte ofreciendo una novela histórica vanamente, por lo que tuvo que emplearse como secretario y amanuense del conocido novelista, don Manuel Fernández y González, autor de "El Cocinero de Su Majestad". A veces, cuando el casi ciego novelista, después de dictar toda la noche, se rendía al sueño, la fértil imaginación del joven amanuense adelantaba por su iniciativa la narración, sorprendiendo gratamente al viejo maestro cuando despertaba por la madrugada.

Cuando regresó a Valencia a instancias de su madre, Blasco Ibáñez tuvo la singular audacia de publicar en el periódico republicano un soneto en que incitaba al pueblo de España a librarse de la tiranía, cortando la cabeza real. Esta excepcional pieza lírica le costó al tierno literato de 18 años, seis meses de cárcel. Al año siguiente, cuando hubiera terminado su carrera de abogado, se entregó de lleno al azar de la política en pro de la causa republicana.

Habiéndose comprometido en un movimiento revolucionario frustrado, el valenciano se vio precisado a emigrar a París en 1889, donde permaneció un año y medio; redactó en este tiempo la "Historia de la revolución española", y regresó a su país en 1891, acogién-

dose a una amnistía otorgada por el Gobierno. Comienza entonces la época de infinito trabajo del batallador invencible.

Después de casarse con doña María Blasco —la que no tenía ningún parentesco sanguíneo con don Vicente, a pesar de que su biógrafo Martínez de la Riva así lo afirma⁽¹⁾—, Blasco Ibáñez fundó el periódico "El Pueblo", centro de tantos años de intensa labor. En esta empresa, a la vez que la administraba casi sin ninguna ayuda, prácticamente redactaba todo el diario.

Precisamente fue en aquella difícil época de "El Pueblo" cuando vieron la luz los robustos hijos de su portentosa facundia: los admirables cuentos valencianos y las novelas de su región natal, "Arroz y tartana", "Flor de Mayo" y "La barraca", concebidos y arrullados por el poco propicio tumulto de la imprenta, elaborados capítulo tras capítulo según las exigencias del periódico.

En 1895, Blasco Ibáñez, más ardiente republicano que nunca, tuvo que sufrir otra emigración, esta vez a Italia, inspiradora de un bellissimo libro "En el país del arte", que le consagró como paisajista de pinceladas vigorosas. Mas tornó inoportunamente el desterrado a su patria, donde lo condenaron a 14 años de presidio por participar en una manifestación para impedir el embarque de tropas para Cuba.

Tras casi un año de soportar las más espantosas privaciones entre ladrones y criminales, el reo político salió a ocupar el puesto de diputado a que le habían elegido sus compatriotas. Para entonces ya había escrito las demás novelas regionales: "Entre naranjos" y "Cañas y barro".

Antes de establecerse permanentemente en Madrid, el joven escritor hizo su viaje de maravilla a Oriente. Había ido a Burdeos a ver una exposición marítima, por lo que apenas llevó consigo una pequeña maleta para ocho días. No obstante, pasando de un lugar a otro, prolongó su excursión a cuatro meses, valiéndose de esta pintoresca escapada para el original libro de viaje "Oriente".

Para 1900 Vicente Blasco Ibáñez ya gozaba de considerable renombre, según lo atestigua el homenaje de que fue objeto en una

(1) Hecho aclarado por doña Libertad Blasco-Ibáñez Vda. de Llorca, hija del ilustre novelista, en una entrevista personal celebrada con ella.

fiesta organizada por Pérez Galdós, Sorolla, Benlliure y Chapi, la cual indiscutiblemente acrecentó su prestigio. De modo que su popularidad vióse asegurada cuando se instaló en su residencia de Madrid siete años después.

A medida que iba corriendo mundo, el novelista se transformaba, como es patente en sus obras sucesivas. La mentalidad del provinciano, restringida a su punto de vista valenciano, se abrió a horizontes más amplios, surgiendo entonces las novelas "españolas": relatos de "lucha" y de "análisis".

Las novelas de "lucha"

La primera novela de esta clase fue una obra crítica de la religión momificada, "La catedral" (1903), cuya acción transcurre a la sombra de la magna catedral en la apacible ciudad de Toledo. Siguióle en 1904 "El intruso" con su contrastante escenario de Bilbao, donde la iglesia militante está representada por el Jesuíta (el intruso) que logra colocarse en posición dominante en muchos aspectos de la rutina vital.

"La bodega", publicada al año siguiente, revela con intenso realismo la miseria agraria de Andalucía al delinear la vida en los latifundios de Jerez. Finalmente nuestro novelista descubre los barrios bajos de Madrid en "La horda" (1905), re-creando una turba de tipos de ínfima categoría que sirven de fondo para el relato de un bohemio intelectual.

Las novelas de "análisis"

"La maja desnuda", que apareció en 1906, constituye la primera de la serie de novelas españolas de "análisis", que se caracterizan por su manifiesta tendencia psicológica. El relato que la sucedió fue el popularísimo "Sangre y arena", tantas veces denominado "libro para exportación" no obstante que posee valor positivo por lo que mira a la exactitud con que presenta el ambiente que envuelve la colorida fiesta nacional de España.

En cambio, se ha calificado como una de las verdaderas obras maestras de Vicente Blasco Ibáñez la extraordinaria novela "Los muertos mandan", cuya intriga se concentra en la isla de Mallorca, donde las tradiciones de los muertos siguen rigiendo implacablemente sobre el destino de los vivos.

El último de estos estudios psicológicos fue "Luna Benamor", elaborada primordialmente como "Entre naranjos", alrededor del interés amoroso, pero más sentimental y triste que esta novela regional porque la pasión ha de sucumbir estoicamente a las veneradas tradiciones raciales de la heroína israelita.

Existe, asimismo, una novela inconclusa, "El águila y la serpiente" —mismo título que usó Martín Luis Guzmán para su novela autobiográfica de la época revolucionaria—, en la que dibujó las costumbres de México. Mas este ameno libro jamás alcanzará al público, puesto que Blasco, atacado por el gobierno mexicano de entonces —que se mostró resentido por unos artículos que escribiera para Norteamérica sobre la inevitable anarquía revolucionaria de la tierra azteca—, lo abandonó faltándole apenas el último capítulo.

Como conferenciante, el literato valenciano hizo un viaje a Sudamérica, donde dejó asombrados a sus oyentes, durante un período de casi un año, por sus singulares facultades oratorias. Al volver a Madrid, tras de haber hecho una consciente evaluación de la vida americana, pudo presentar "La Argentina y sus grandezas". Retornó al nuevo continente después, con ambiciosos proyectos colonizadores, producto de los cuales fueron las colonias de Cervantes y Nueva Valencia.

Sin embargo, al cabo de tres años, tuvo que liquidar sus intereses en Argentina por una crisis financiera, de modo que el año de 1913 lo halló establecido en París. Por lo demás, ya experimentaba la urgencia de escribir, y el innato novelista se vio impulsado a la creación de "Los argonautas", que había de inaugurar una serie de novelas acerca de la epopeya de los conquistadores en Hispanoamérica.

Mas al estallar la primera contienda mundial, como devoto amigo de Francia, abandonó la que juzgó inútil tarea para la causa aliada, a la cual no vaciló en brindar su desinteresada colaboración. Apenas se concibe lo cuantioso del trabajo que desempeñó, cuando se consideran los nueve inmensos tomos compuestos de sus artículos semanales recopilados en su "Historia de la guerra europea".

Dos de sus más famosas novelas de guerra fueron escritas en París bajo las más adversas condiciones, caracterizadas por toda clase de privaciones: "Los cuatro jinetes del Apocalipsis" y "Mare nos-

trum". Su esforzado autor trabajó día y noche con mínimo descanso. Aún así, lejos de reflejar aquella funesta y gris atmósfera que abrumbaba al novelista en esa época, "Mare nostrum" —considerada una de las más acabadas obras sobre el Mediterráneo— está repleta de luminosos pasajes asoleados. En cuanto a "Los cuatro jinetes", "The Illustrated London News" la calificó en 1921 como la obra "más leída entre todos los libros impresos, excepción hecha de la Biblia." (2)

Cierra este tríptico de novelas de guerra "Los enemigos de la mujer", una crítica en contra de los escépticos que se mantuvieron a salvo de los peligros del frente, mientras que el mundo se estremecía bajo el terrible impacto. La trama del relato gira en torno de Montecarlo, sitio en donde Blasco lo escribió, recuperándose de la fatiga que le había producido su agobiante trabajo durante la guerra.

El viaje que realizó don Vicente a los Estados Unidos de América fue inusitado por el recibimiento que le hicieron los Yanquis, entusiastas ante el que juzgaron el más destacado novelista español de su época, por el éxito sin precedente de "Los cuatro jinetes".

De allí se trasladó a México, cuya excursión le proporcionó material para sus artículos sobre "El militarismo mejicano", los cuales desafortunadamente crearon aquel antagonismo a que ya se ha hecho referencia, siendo causa de que el gran novelista dejara de terminar la novela "El águila y la serpiente".

Retornó, por fin, a su magnífico palacio en la Costa Azul, donde se recluyó a producir nuevas obras: "Novelas de la Costa Azul", "El préstamo de la difunta", "La tierra de todos", "El paraíso de las mujeres" y "La reina Calafia". Sin embargo, todavía en el año de 1923, ya cargado de fama y riqueza, y cuando era de esperarse que llevara una existencia reposada, tuvo arrestos para hacer el viaje más largo de su vida, inspirando esta aventura los tres copiosos volúmenes de "La vuelta al mundo de un novelista".

Para entonces, Blasco Ibáñez había enviudado de su primera esposa, con quien tuvo cuatro hijos: Mario, Libertad, Sigfrido y Julio César. Ya en sus últimos años, volvió a contraer matrimonio con

(2) Pitolllet, Camilo, "Blasco Ibáñez: sus novelas y la novela de su vida", p. 165, versión española de Tulio Moncada, Prometeo, Valencia.

doña Elena Ortuzar Bulnes, de una muy distinguida familia sudamericana descendiente de un presidente de la República de Chile.

La que prometía ser la fase más ambiciosa de su carrera literaria no la llegó a completar el insigne escritor; mas de las grandes novelas históricas proyectadas, llevó a cabo "El Papa del mar", seguida de "A los pies de Venus" y "En busca del Gran Kan". La muerte truncó sus planes para otras dos magnas novelas: "La juventud del mundo" y "El oro y la muerte".

Para un hombre que vivió tanto como escribió, es lamentable que no haya ejecutado aquella obra cuya ausencia tanto se hace sentir: su autobiografía. Quizás se negó a hacerla por el mismo motivo de que siempre había rehuído hasta adaptar episodios de su vida personal a sus novelas. Pero lo más probable es porque la muerte le sorprendió en la plenitud de su actividad creadora, de modo que le impidió realizarla en caso de que tal hubiese sido su intención.

De hecho, Blasco Ibáñez nunca sintió miedo a morir, y su actuación en la vida comprueba sobremanera su valor y su audacia genuinos. Con todo, siempre guardaba cierto horror a las enfermedades prolongadas que obligan a existir fútilmente, incapacitando para el trabajo. Mas cuando aquel momento tan temido llegó, lo afrontó con el mismo valor que había mostrado durante toda su vida.

La hemorragia de un ojo fue motivo de gran consternación para el que tanto esforzaba su vista durante largas horas ininterrumpidas, apasionado amante de la lectura cuando no estuviese en pleno celo de trabajo. Sin embargo, el defecto óptico resultó de menor preocupación al lado de la diabetes, enfermedad que había venido agudizándose en los últimos años; y de una gripe contraída al regreso de un viaje de descanso a Suiza no pudo reaccionar, muriendo el 28 de enero de 1928 a los 61 años de edad.

Aunque Vicente Blasco Ibáñez exhaló el último aliento en Francia, rodeado del lujo de su ostentoso palacio de la Costa Azul, Fontana Rosa, sus postreros pensamientos fueron esclavizados por sus ansiosas remembranzas de Valencia, su querida tierra natal, que le había inspirado precisamente aquellas obras que, más que cualesquier otras, le valdrán la inmortalidad y un merecido puesto entre los grandes hombres de letras españoles.

Falta página

N° 24

CAPÍTULO II

"CUENTOS VALENCIANOS"

Falta página

N° 26

" CUENTOS VALENCIANOS "

Previo al examen de las novelas regionales de Vicente Blasco Ibáñez, cabe una superficial revisión de los "Cuentos valencianos", misma fuente en la que se inspiró el autor para la magnífica creación de muchos de los personajes de sus novelas levantinas. En cada uno de esta fascinante galería de tipos populares captados de la vida real, se ha impreso una estampa individual, distintiva, de manera de relacionarlo inconfundiblemente con el medio ambiente que le proporciona vida.

Además, de esta serie de relatos rezuman la plasticidad y dinamismo que han de patentizarse en las novelas regionales. En fin: los cuentos, de incierta fecha, pero anteriores a las novelas de la misma época, manifiestan a la clara la orientación que habían de tomar éstas.

En cuanto al estilo, conviene suprimir indebidas comparaciones: no hay por qué buscar la armoniosa finura de doña Emilia Pardo Bazán, soberbia cuentista a la vanguardia de las letras hispanas, ni la misteriosa musicalidad del sentimental Ramón Valle-Inclán, sino la misma fuerza y simplicidad de expresión de la vigorosa personalidad valenciana que tanto impregna sus novelas iniciales. Si los cuentos valencianos —a la par que las novelas regionales— no son modelos de perfección, sí revisten una dramaticidad e interés sin los cuales ningún cuento puede considerarse admisible.

Sin ocuparnos mayormente de los pormenores de cada cuento, se ofrecerá a continuación un resumen que apenas sirve a nuestro propósito de presentar una analítica apreciación de toda la obra levantina de Vicente Blasco Ibáñez.

DIMONI

Así se llama el simpático dulzainero cuya filosofía de borracho volverá a cautivarnos en "Cañas y barro" con la caracterización de Sangonera, con quien se identifica, además, por su aversión al trabajo. Dimoni se asocia con "la Borracha", mujer embrujada y consumida por su pasión al alcohol. Aun cuando aquélla quedó embarazada, los dos herejes rehusaron casarse. Se amaban profundamente; ¿qué más faltaba?

Ni la próxima maternidad de "la Borracha" le impedía estar al lado de su hombre durante las procesiones religiosas. El siguiente párrafo sugiere el humorismo tan raras veces observado en las novelas regionales, pero que, en cambio, predomina en los cuentos valencianos:

"En medio él, erguido, con expresión triunfante, con la dulzaina hacia arriba como si fuese una descomunal nariz que olía al cielo; a un lado el pillete, haciendo sonar el tamboril, y al opuesto la Borracha, exhibiendo con satisfacción, como un segundo tambor, aquel vientre que se hinchaba cual globo próximo a estallar, que la hacía ir con paso tardo y vacilante y que en su insolente redondez subía escandalosamente el delantero de la falda, dejando al descubierto los hinchados pies bailoteando en viejos zapatos, y aquellas piernas negras, secas y sucias como los palillos que movía el tamborilero." (1)

La desdichada falleció en el parto, y el dulzainero se consolaba con el aguardiente. De noche se veía su triste silueta en el cementerio, envuelta en una música apagada y fúnebre.

"Dimoni" cumple con los requisitos de su género por el vivo interés creado a través de sus patéticos personajes. En sus novelas posteriores, Blasco volverá a evocar hábilmente los sentimientos de lástima hacia la humanidad viciosa. Este —innegablemente el mejor de estos cuentos— viene siendo regional tan sólo por referirse el autor a que: "... en toda la valenciana vega no había pueblo ni poblado donde no fuese conocido." De verdad, el borracho de Dimoni ofrece un carácter universal.

(1) Blasco Ibáñez, Vicente, "Cuentos Valencianos", p. 14, I. Sempere y Cía., Valencia.

¡COSAS DE HOMBRES!

Visentico, prototipo de los Tonetes de "Flor de Mayo" y "Cañas y barro", regresa a su "tierresita" de Valencia, hecho un príncipe a los ojos de Pepeta. Como en los libros aludidos, el guapetón había sido novio de "la buena mosa" antes de partir a Cuba; así es que sus amoríos no escandalizaron a los vecinos, alarmados más bien por los celos del novio de la chica, el Menut, insignificante repartidor del matadero.

Una noche, crecido por las copas del cafetín, el pillete sorprendió al Cubano con un navajazo en el estómago. Los siguientes renglones naturalistas dan evidencia de la crudeza de expresión tan característica de nuestro autor en su época regional:

"Retorcíase sobre los adoquines como una lagartija partida en dos, agarrábase el vientre allí donde había sentido la fría hoja de la navaja, comprimiendo instintivamente el bárbaro rasgón, al que asomaban los intestinos cortados, rezumando sangre e inmundicia." (2)

Y cuando el criminal iba escoltado por la policía, sonrió con satisfacción explicando a sus amigos brevemente lo ocurrido:

"—Res; coses d'homens". (3)

LA CENCERRADA

Este, el cuento más extenso de la serie, demuestra lo que puede ocurrir en Valencia cuando un viudo rico se casa con una guapa jovencita. Los rabiosos parientes de la difunta esposa de aquel viejo enamorado confiaban en que el "Desgarrat", antiguo novio de la humilde morena, supiese tomar venganza.

De auténtica índole costumbrista son las descripciones de las festividades nupciales. En la novela "Arroz y tartana", Blasco se excederá aún más en comunicarnos los detalles excesivos de los manjares. Graciosos cuadros, como el siguiente que representa a los rudos labriegos en la elegante comida de bodas, animan el cuento:

(2) Ibid., p. 31.

(3) Nada; cosas de hombres.



"Con el pañuelo al pecho. . . , había bigardón que tragaba como un cgro, mientras las mujeres hacían dengues, llevándose a la boca la puntita de la cuchara con dos gramos de arroz, mostrando esa preocupación de la mujer campesina que considera como una falta de pudor el comer mucho en público.

. . . no se comía en la misma paella, sino en platos, y bebíase en vasos, lo que embarazaba a muchos de los comensales, acostumbrados a arrojar un mendrugo sobre el arroz como señal de que era llegado el momento de pasar el porrón de mano a mano.

La cortesía labriega mostrábase con toda su pegajosidad y falta de limpieza. Ofrecíanse de un extremo a otro del banquete un muslo tierno y jugoso, y de unos dedos a otros llegaba a su destino. Todo eran obsequios, como si cada uno no tuviese en su plato lo mismo que le ofrecían." (4)

La escena de los novios en la alcoba está concebida con maestría. Como en una proyección cinematográfica, se presencia a la ruborosa joven desnudándose pudorosamente. Cuando el viejo está a punto de descubrir los tesoros de su novia, resuena un estrépito en la calle, iluminada por las antorchas del corro de la cencerrada. Enfurecido por las insinuantés coplas, el viudo dispara su escopeta a ciegas. La sorpresa final consiste en que los tiros dieron precisamente en el "Desgarrat". El humorismo se asoma hasta en lo trágico, pues al alejarse entre los guardias civiles, el frustrado novio comenta con ironía:

"—Bonica nit de novios!"

LA APUESTA DEL ESPARELLO

Un simpático relato hecho al valenciano por un viejo pescador de la playa de Nazaret, encierra todo el encanto de un cuento para niños, sobre todo por el ingenioso diálogo del "esparelló" y el "reig", dos peces que acordaron echar una carrera para determinar quién podría ganar. El "esparelló", un chiquitín muy listo, se metió en la agalla del otro donde permaneció cómodamente durante el recorrido, para brincar delante del grandullón cuando éste alcanzaba la meta. La moraleja es obvia: el astuto puede más que el fuerte y

(4) "Cuentos valencianos", p. 53.

sencillote. Y el viejo pescador echó una mirada tal al autor, que éste se dio cuenta de que lo identificaba con el burlado "reig".

Este cuento se distingue de los demás, primero por ofrecer una ingeniosa personificación, y segundo por relacionarse con el mar. Además de su tono jocoso, hay varios diálogos, por lo que su estilo difiere notablemente del de las novelas valencianas.

LA CAPERUZA

De la mayor exuberancia y ternura, éste es, asimismo, el cuento más gracioso y sentimental a la vez, admirable por sus imágenes plásticas. Se trata de todo un señor fiscal de suma austeridad, la imponentia de cuyo semblante se acrecentaba por sus luengas barbas blancas. No obstante, con Pilín, su chiquillo de un año, abandonaba el decoro profesional, convirtiéndose en verdadero payaso, con tal de provocar una pícara sonrisita en su heredero.

La madre de Pilín, casi una niña todavía, adoraba al pequeño como a precioso juguete. El padre, tan pulcro en todo, hasta dejaba al "rey" hacer de los documentos oficiales caperuzas para su graciosa cabeza. Mas el ogro de la difteria señaló al inocente, enlutando de un modo inconsolable aquel nido de alegría. El anonadado fiscal, al encontrar una caperuza tirada en su escritorio, la coloca en su propia cabeza. ¡Qué cuadro más grotesco!: la caperuza de patán coronando aquella testa venerable, lo que lejos de inspirar risa, incitaba lágrimas. Y el lector no fácilmente contendrá la emoción que le infunda este incomparable cuento, del cual algunos bellos pasajes habría de ampliar el novelista al tratar la muerte del niño Pascualet en "La barraca".

NOCHE DE BODAS

Un humilde hijo del pueblo de Benimaclet que llega a ser cura del mismo se da cuenta de que su emancipación de la tierra significa el mayor sacrificio, pues al unir en matrimonio a Toneta, querida compañera de su infancia, con *Chimo el moreno*, se le despiertan por vez primera los celos y el deseo carnal. La "noche de bodas" se refiere a la noche atormentada que pasa el joven cura en la sole-

dad de su célibe cuarto, imaginando la unión nupcial de los recién casados.

Entonces experimenta todo el ardor de la tentación, la que vence tras indecibles angustias para —conjetura el lector— toda la vida. El relato aumenta en interés a medida que Blasco da expresión a ideas profundamente humanas sobre un tema religioso.

LA CORRECCION

Expone la ineficacia de una ley que, lejos de corregir a la juventud delincuente, la corrompe irremediabilmente al encerrar a los mal encaminados adolescentes junto con criminales empedernidos. Un chico es condenado a quince días de presidio por robar unas frutas. Cumplida la sentencia, aunque ya anhela trabajar honradamente, lo vuelven a prender bajo cualquier pretexto por otra y otra quincena, de modo que va creciendo entre la "flor y nata" de la especie humana, "corrigiéndose" cada vez más, merced a las autoridades que se ocupan demasiado de su porvenir.

La ironía es el factor sobresaliente del estilo. Son interesantes los cuadros de la prisión y las observaciones sobre los tipos fisonómicos de los convictos, a quienes el autor pudo escudriñar detenidamente en las numerosas ocasiones que estuvo encarcelado por razones políticas.

GUAPEZA VALENCIANA

Los personajes de los cinco temibles hermanos Bandullo y su cómplice, Pepet, son extracciones del mundo criminal. Por haberle provocado en un pleito, Pepet dio una cuchillada al más pequeño Bandullo. Los vengativos hermanos mataron a Pepet, cortándole además una oreja para obsequiarla al herido. ¡Cómo se reincorporó el exánime al contemplar aquel trofeo sangriento!

—¡La orella! . . . ¡la orella d'eixe lladre! Rechinaron sus dientes con los dos fuertes mordiscos que dió al asqueroso cartilago, y sus hermanos, sonriendo complacidos al comprender hasta dónde llegaba la furia de su cachorro, tuvieron que arrebatarse la oreja de Pepet para que no la devorase."⁽⁵⁾

⁽⁵⁾ Ibid., p. 163.

Obviamente el aspecto naturalista de este cuento es lo que más nos ocupa por el significativo papel que hubo de desempeñar en la producción novelesca de Blasco Ibáñez sobre el Levante.

EL FEMATER

Es un cuento costumbrista de fondo patéticamente humano. Trátase de un muchacho hortelano que va a Valencia a recoger estiércol a la elegante casa de su hermana de leche, quien había vivido de pequeña en su barraca. Ya que entre los niños no existen prejuicios sociales, los felices compañeros jugaban con candor juvenil, hasta que, casi repentinamente, Marieta se transformó en señorita.

Triste revelación para el ingenuo muchacho es la aparición de un joven abogado que le roba las atenciones de Marieta. El "femater", irrisorio pretendiente a una burguesa valenciana, había de reconocer la intransitable brecha que le separaba de la que adoraba sin derecho alguno.

EN LA PUERTA DEL CIELO

Este cuento, como "El establo de Eva", no tiene más de valenciano que el mero hecho de provenir de la huerta, además de que Blasco le añade un preámbulo de ambiente típico en que un pintoresco valenciano se encarga de su narración. El tono de jovialidad y familiaridad de relación —al estilo de "La apuesta del esparelló"— prácticamente constituye su único mérito.

Se relata cómo un fraile engañó a San Pedro después de que éste le negara la entrada al cielo por su mala conducta en la tierra. Puesto que a los soldados muertos en la guerra no les piden cuenta alguna, el fraile convenció a una monja tan gorda como él —otra aspirante celeste— de que el modo de penetrar al cielo era dejarlo montar en su lomo. El miope San Pedro acogió al desafortunado soldado de caballería, impresionado por el hecho de que la jaca no tenía ni rabo, tan maltratada llegó de la guerra.

EL ESTABLO DE EVA

Después del pecado original, Adán y Eva tuvieron muchísimos hijos, tantos que los atareados padres apenas pudieron con el quehacer. Un día, avisada de que el Todopoderoso descendía a ver cómo cumplía la sentencia, Eva, falta de tiempo para bañar a todos sus inmundos vástagos, los encerró en el establo, exceptuando a los tres más guapos, a quienes lavó y arregló con esmero.

El Señor, deseando honrar a los tres chicos, asignó a cada uno respectivamente el poder de la ley, la gloria de la guerra y la riqueza del comercio. Eva, entusiasmada ante aquel reparto de favores, se apuró a liberar a los otros pequeños ocultos en el establo. El amo, asqueado por la suciedad de los muchachos, los destinó a ser sirvientes de los demás, de modo que se infiere que de los desfavorecidos hijos de Eva desciende la mayoría de la humanidad condenada irremediablemente a la pobreza.

LA TUMBA DE ALI-BELLUS

Un escultor cuenta cómo, al restaurar las imágenes de la iglesia de Bellús, un día escudriñaba una enorme losa en medio del piso, cuando una señora entró. Esta sospechaba que el pintor había levantado la losa, por lo que él, deseoso de provocar su curiosidad de comadre, asumió un aire de descubridor de algún tesoro.

Cuando ya se marchaba del pueblo, la señora suplicó que le confiara su secreto, prometiendo guardarlo eternamente. Y el pícaro del escultor inventó la fabulosa tumba de un moro, Ali-Bellús. A muy poco, toda la parroquia acudió a atestiguar cómo se destruía el buen piso sagrado —para revelar únicamente la travesura del escultor.

Sin ser un cuento excepcional, está envuelto en el mismo tono de amenidad que rige a los anteriores. Capta y mantiene el interés, motivo por el que no deja de atenerse al principal requisito de un buen cuento.

EL DRAGON DEL PATRIARCA

Expone el origen del monstruoso cocodrilo relleno de paja en el atrio del Colegio del Patriarca. Según la tradición valenciana, hace muchísimos años existía un espantoso dragón que fue consumiendo a los habitantes de Valencia sin que hubiera modo de detener la terrible matanza.

De seguro que hubiera desaparecido el poblado a no ser por un convicto que pidió su vida a cambio de matar aquel animalucho. Tras breves preparativos, el reo se enfrentó al hambriento dragón apenas armado de una lanza, mas al quitarse la capa, reveló una deslumbrante armadura de espejos que reflejaba el sol con tanto fulgor que aturdió al animal, facilitando su extinción. Este cuento encierra el encanto del humorismo sutil y la gracia de la familiaridad, a la vez de ser compuesto con la vividez descriptiva que tanto caracteriza al autor de toda esta loable obra levantina.

Falta página

N° 36

CAPÍTULO III

"ARROZ Y TARTANA"

Falta página

N° 38

"ARROZ Y TARTANA"

Alegre novela costumbrista que refleja admirablemente la vida citadina, "Arroz y tartana" se abre con una magna y auténtica escena de la plaza del mercado la tarde de la Nochebuena. En medio del oleaje bullicioso del mar de compradores, destacábase soberbiamente elegante la figura matrona de doña Manuela, solícitamente seguida por sus criados.

Menos atinado en este libro por lo que se refiere a las figuras literarias, Blasco Ibáñez a veces frisa en lo extravagante al emplear metáforas rebuscadas, como la siguiente:

"... En aquella plaza larga, ligeramente arqueada y estrecha en sus extremos, como un intestino hinchado, amontonábanse las nubes de alimentos que habían de desparramarse como nutritiva lluvia sobre las mesas, satisfaciendo la gigantesca gula de Navidad, fiesta gastronómica, que es como el estómago del año."⁽¹⁾

A medida que la hermosa cincuentona va llenando las cestas, el artista va pintando con un pródigo derroche de color el sinnúmero de comestibles en venta. En efecto, su exuberancia descriptiva llega a lo absurdo, como lo atestigua este pasaje dedicado con exaltación, no a la belleza de las flores, por ejemplo, sino a las... ¡verduras!

"...las grandes coles como rosas de blanca y rizada blonda encerradas en estuches de hojas;... los humildes nabos de color de tierra, erizados todavía de sutiles raíces semejantes a canas; los apios, cabelleras vegetales, guardando en sus frescos bucles el viento de los campos, y los rábanos, encendidos, destacándose como

(1) Blasco Ibáñez, Vicente, "Arroz y tartana", p. 8, Espasa-Calpe Argentina, S. A., Buenos Aires, 1946.

gotas de sangre sobre el mullido lecho de hortalizas. Más allá, filas de sacos mostrando por sus abiertas bocas las patatas de Aragón, de barnizada piel. . ."(2)

Por otra parte, uno no puede por menos que admirarse de las facultades observadoras del autor que sabe abarcar todo el cuadro de la plaza sin perder un solo detalle valioso, ni dejar de impregnar la lectura de aquella atmósfera tan característica de la vida en el mercado. A través del incidental encuentro de Manuela con su hermano, don Juan, se ponen de relieve las opuestas posiciones económicas de los dos; mientras que la señora hizo abundantes adquisiciones sin reparar en los precios, don Juan compró frugalmente, por su condición de "pobre", según su propia afirmación.

Trabajaba en una tienda de telas del mercado el hijo mayor de Manuela. El padre de éste había sido dueño de "Las Tres Rosas", antes de traspasarla a su actual propietario, Antonio Cuadros. He aquí un sugestivo retrato físico y espiritual del joven, presentado sucintamente en estos renglones:

"Estaba próximo a los treinta años. Era alto, enjuto, desgarrado y algo cargado de espaldas; la barba espesa y terrorífica de bandido de melodrama; pero no era más que un antifaz, pues examinándole bien, bajo la máscara de pelo veíase la cara sonrosada e inocente de un niño, la mirada tímida y la sonrisa bondadosa de esos seres detenidos en la mitad de su crecimiento moral, que aunque mueran viejos son débiles y blandos, faltos de voluntad, incapaces de vivir sin el calor que presta el cariño." (3)

A pesar de que Manuela menospreciaba al muchacho por ser vástago de su primer esposo, el sencillo tendero Melchor Peña, Juanito no podía disimular el extraño amor, una adoración casi infantil, que tenía por su madre.

El fundador de la tienda fue don Eugenio García. Víctima de la pobreza, había sido abandonado de niño en la plaza de Valencia para buscar su fortuna. Llegó a ser aprendiz, viendo al fin premiada su diligencia con su propio negocio, "Las Tres Rosas". Entre la horda de familiares hambrientos que pedían limosnas al "pariente rico", le simpatizó Melchorico Peña, a quien tomó de aprendiz.

(2) Ibid., p. 12.

(3) Ibid., p. 20.

Amigo del tendero fue don Manuel Fora, próspero fabricante de seda a quien le perseguía el apodo del "Fraile" por haber sido novicio religioso de joven. Mas no por su carácter santo dejó de enriquecerse a base de los exorbitantes intereses que cobraba a los mercaderes menesterosos por sus caritativos préstamos.

Vivía en casa del "Fraile" un sobrino, Rafael Pajares, estudiante de medicina, cuyos lazos con la familia eran "tan efímeros y débiles como los que atan una estrella errante a un sistema planetario". De éste se enamoró la hija de don Manuel, pero por las calaveradas de su novio, Manolita se casó con Melchor Peña en un arrebatado de celos.

Cuando don Eugenio traspasó "Las Tres Rosas" a Melchor, el orgulloso marido trabajaba más que nunca para complacer a su exigente mujer, quien a poco le convenció de vender el negocio para adquirir un caserón y una berlina para así competir en la alta esfera social. Esta vida holgazana, con su fatuidad de aparecer lo que no era, perjudicó al modesto marido, quien murió al año.

Si el fallecimiento de Melchor parece ilógico, el del primo Rafael Pajares, segundo consorte de Manuela, se atiene más a la realidad en vista de su paulatina extenuación debida al exceso de "vivir". Su oportuna muerte rescató a la viuda de la bancarota, pues de haber sobrevivido más tiempo, el disoluto hubiera consumido toda la fortuna de su mujer.

Entonces Manuela se vio obligada a seguir los consejos de su hermano de ajustarse a lo poco que le quedaba sin "ese afán de aparentar con cuatro cuartos, lo que la gente llama 'arroz y tartana' ". Pero llegó el día en que la viuda volvió a sentir la urgencia de ostentar en beneficio de sus hijas ya casaderas.

Con el propósito de pedirle dinero, Manuela invitó a su hermano a la suntuosa comida de año nuevo. El mérito de este episodio estriba esencialmente en la presentación de un cuadro familiar pormenorizado en un ambiente festivo propio de la ocasión.

No obstante el tono ameno del relato, el lector se siente abrumado por las numerosas descripciones destinadas meticulosamente a las delicadezas del comer. No se contenta Blasco con una breve alusión a los diferentes platillos de la comida, sino que se desvive por crear figuras altamente provocativas al referirse a los variados

componentes de cada manjar. ¡A quién otro se le ocurrirían unos "rábanos de encendido ropaje y tiesos moñetes de hojas", o quién se extasiaría con motivo de "las lunas de grasa" flotando en la sopa!

Será un alma poética en extremo la que se conmueva por "los reventones garbanzos sacando fuera del estuche de piel su carne rojiza"; se requiere un lirismo sumamente imaginativo para delirar sobre "el escandaloso chorizo, demagego del cocido... comunicando al caldo el ardor de un discurso de club", pero innegablemente la fuente de esta extraordinaria inspiración gastronómica resulta mundana y prosaica.

En cambio, la somera referencia a la vivaz perrita que entra y sale del cuadro hogareño como un relámpago que apenas deja percibir su veloz aparición, comprende un párrafo, metafóricamente hablando, encantador:

"En torno de la mesa, husmeando con aire goloso, estaba una diminuta perra inglesa, que, con su piel de porcelana, sus ojillos de cristal y las patas de alambre, parecía escapada de una tienda de juguetes."⁽⁴⁾

Al abordar el tema de su estado financiero, Manuela encontró al austero don Juan impasible. Únicamente contribuyó con un sermón en que previó la inevitable ruina de su hermana si ésta persistía con su ridícula ostentación.

* * *

La familia de doña Manuela —es decir, la de su segundo matrimonio: Amparo, Concha y Rafael— lució como nunca en las centelleantes noches de Carnaval. Juanito, el único madrugador de la casa, se conformaba con presenciar la efusión de los demás, admirado de la extravagancia de sus costosos atavíos, adquiridos para las festividades.

Pasados los derroches instigados por la temporada, la rumbosa viuda se hundió en mayores abismos económicos, viéndose precisada a recurrir a Juanito, propietario de unos bienes heredados de su padre. Al reflexionar en que sus medias-hermanitas se quedarían sin

(4) Ibid., p. 52.

butacas para exhibirse en las funciones teatrales, Juanito por fin cedió a la súplica maternal.

Blasco Ibáñez obviamente se divierte con las curiosas costumbres de la alta sociedad, burlándose de la superficialidad de los elegantes concurrentes a los conciertos, cuyo afán de criticarse mutuamente era superior al amor al arte.

Con acento satírico, el costumbrista relata genialmente la frustrada experiencia de Juanito cuando compró un boleto de galería para averiguar en qué consistía aquel espectáculo.

"... asaltó las alturas, el 'paraíso' de fuego, donde, acoplándose cada espectador, entre las rodillas del vecino inmediato, formaba el público un mosaico apretado y sólido. Allí permaneció toda la noche, confundido con la demagogia lírica, . . . fastidiándose horriblemente, . . . sin valor para estornudar ni mover pie ni mano, por miedo a aquellos señores que oían con la boca entreabierta, los ojos puestos en el techo, inertes y extasiados como faquires, en el *nirvana*, y que, al menor ruido, ponían el mismo gesto que si un ratero les hurtase el bolsillo. Al terminar el acto, armaban una algarabía de mil diablos, discutiendo e insultándose en un caló ininteligible, y sacando a colación la madera, el metal y la cuerda, como si tratasen de construir un navío." (5)

Pasando de un motivo de celebración a otro, llega el escritor a la pintoresca fiesta de San José, manifestación popular caracterizada por enormes hogueras, en protesta plebeya en contra de las injusticias del gobierno, a cuyas autoridades ridiculizaban al transfigurarlas en ingeniosas formas caricaturescas. Siempre entusiasta ante el desenfado típico, Blasco Ibáñez transmite toda su animación a través del lenguaje descriptivo.

La razón de la inmensa alegría de Juanito era una bonita costurera que trabajaba para sostener a una ciega amiga con quien vivía. Mientras tanto, a Doña Manuela nuevamente le urgía la firma de su hijo, quien, por sus ilusiones de matrimonio, se mostró más renuente que antes de cedérsela. No obstante, a la postre no pudo resistir las lágrimas de la inconsolable viuda, y rendido ante la súbita demostración de amor maternal, Juanito firmó, dando por garantía su huerto de Alcira.

(5) Ibid., p. 88

La madre volvió a respirar. Había sufrido un tormento indecible. "Ante todo, el decoro de la familia y no caer en el ridículo... ¡Ay, qué peso me has quitado de encima!" Y con estas líneas, tan propias de un acto de drama, cae el telón de otra inolvidable escena.

* * *

Los días de Pascuas encontraron a la familia de Pajares trasplantada en su villa de Burjasot. El principal atributo del "chalet" era su envidiable situación de mirador desde donde se dominaba la bella inmensidad de la vega. Aquella maravilla panorámica evoca al alma sensible una sinfonía clásica por su tema fundamental reiterado mudamente a través de las imágenes visuales. Fueron precisamente estas descripciones de la Naturaleza que hicieron observar a Zamacois:

"Como todos los grandes novelistas meridionales, Blasco Ibáñez posee una memoria extraordinaria para los paisajes... las viejas imágenes se precisan y acoplan con rara exactitud; es un torrente de armonías pasajera y olvidadas, de perfumes, de colores que resurgen con toda su antigua calidez palpitante. Este influjo que los elementos plásticos de la realidad ejercen en su espíritu es tal, que con frecuencia se yuxtaponen a las sensaciones de otra índole: a las auditivas, verbigracia. Blasco Ibáñez es un melómano; la música le produce estremecimientos inefables; Beethoven y Wagner son sus ídolos; muchas de sus cuartillas las escribió cantando." (6)

He aquí los más inspirados paisajes descriptivos de "Arroz y tartana", arrullados por un grandioso fondo orquestal.

"El cabrilleo de las temblonas aguas de las acequias, heridas por la luz, era el trino dulce y tímido de los violines melancólicos; los campos de verde apagado, sonaban... como tiernos suspiros de los clarinetes, 'las mujeres amadas', como les llamaba Berlioz; los inquietos cañares con su entonación amarillenta y los frescos campos de hortalizas, claros y brillantes como lagos de esmeralda líquida, resultaban sobre el conjunto como apasionados quejidos de la viola de amor o románticas frases de violoncelo; y en el fondo, la inmensa faja de mar, con su tono azul esfumado, semejava la nota prolongada del metal, que a la sordina, lanzaba un lamento interminable.

(6) Zamacois, Eduardo, "Mis contemporáneos: Vicente Blasco Ibáñez", Madrid, 1910.

... Como en la orquesta salta el pasaje fundamental de atril a atril para ser repetido por todos los instrumentos en los más diversos tonos, aquel verde eterno jugueteaba en la sinfonía del paisaje, subía o bajaba con diversa intensidad, se hundía en las aguas tembloroso y vago como los gemidos de los instrumentos de cuerda, tendiase sobre los campos voluptuoso y dulzón como los arrullos de los instrumentos de madera, se extendía azulándose sobre el mar con la prolongación indefinida de un acorde arrastrado del metal, y así como el cimbrante ronquido de los timbales matiza los pasajes más interesantes de una obra, el sol, arrojando a puñados su luz, matizaba el panorama, haciendo resaltar unas partes con la brillantez del oro y envolviendo otras en dulce penumbra." (7)

La fiesta del patrón San Vicente fue celebrada como siempre con la representación de los "milacres", obras dramatizando episodios de la vida del predicador. Juanito hubiera invitado a Tónica a visitar los altares improvisados esplendorosamente con su decoración intrincada, si no hubiera tropezado con el octagenario fundador de "Las Tres Rosas", quien le importunó con sus lamentaciones por el caos en que se hallaba su querida tienda desde que el enloquecido Antonio Cuadros exponía todo al juego de la Bolsa. El desesperado vejete no pudo ocultar su disconformidad con los tiempos que imperaban. La noción expuesta por Blasco a través de este dramático personaje bien podría aplicarse universalmente hoy en día:

"...Y es la maldita ambición que hoy todo lo invade... Ahora todo el mundo no piensa en otra cosa que en el modo de quitar legalmente la bolsa al vecino. La ambición los devora; a los cuarenta años son más viejos que yo; viven pendientes de un hilo con el afán de acaparar dinero; y todo para derrocharlo, para satisfacer esa locura de engrandecimiento que a todos domina." (8)

Aquello terminaría en desastre: tanto la ridiculez de Cuadros de incrustarse a la fuerza en la aristocracia, como la petulancia de Manuela de sostener su falsa posición en la alta sociedad.

* * *

La primavera brotó con nuevos encantos para el enamorado Juanito, quien al pasar por las flores del mercado se embriagaba

(7) "Arroz y tartana", p. 134.

(8) Ibid., p. 149.

con sus incitantes perfumes. Diferentes de las anteriores descripciones del mercado de las verduras, las siguientes figuras literarias son propias y excepcionales por sus exquisitas comparaciones:

“Un mosaico deslumbrador se extendía sobre las mesas. Las azucenas, con su túnica de blanco raso, erguíanse encogidas, medrosas, emocionadas, como muchachas que van a entrar en el mundo y estrenan su primer traje de baile; las camelias de color de carne desnuda, hacían pensar en el tibio misterio del harén, en las sultanas de pechos descubiertos, voluptuosamente tendidas, mostrando lo más recóndito de la fina y rosada piel; los pensamientos, gnomos de los jardines, asomaban entre el follaje su barbuda carita burlona cubierta con la hueca boina de morado terciopelo: las violetas coqueteaban ocultándose para que las denunciase su olorcillo, que parecía decir: ‘Estoy aquí’; y la democrática masa de flores rojas y vulgares extendíase por todas partes, asaltaba las mesas, como un pueblo en revolución, tumultuoso y desbordado, cubierta de encarnados gorros.”⁽⁹⁾

Contaminado por el celo de las ganancias fáciles, Juanito se dejó ir en su admiración por el ídolo de los pobres, don Ramón Morte, quien caritativamente colocaba los modestos ahorros de éstos de modo de duplicar la inversión original. Una muy sugestiva escena es la visita de Juanito y Tonica al santuario del “filantrópico banquero”, a quien confiaron ingenuamente los penosos ahorros de la costurera y su ciega amiga. Con nimia nitidez está concebida la sagrada atmósfera que envuelve la figura tan bien delineada de don Ramón.

* * *

La viuda de Pajares acostumbraba presenciar la grandiosa procesión del día de Corpus desde el balcón de “Las Tres Rosas”. El deslumbrante espectáculo, ideado para el engrandecimiento de la fe, dejó a los devotos altamente sugestionados. Escogido como la esencia de la frenética turbulencia de movimiento, olores y sonidos, el siguiente cuadro brinda una imagen colorida y exuberante, impregnada del temperamento valenciano casi infantil ante la imponente fantasía.

(9) Ibid., p. 153.

"Caía de los balcones una lluvia de pétalos de rosa, volaba el talco como una nube de vidrio molido, estallaban luces de colores en todas las esquinas, y entre el perfume del incienso, el agudo reclamo de las cornetas, la grave lamentación de la música, la melancólica salmodia de los sacerdotes y el infantil balbuceo de las campanillas de plata, avanzaba el palio abrumado por la lluvia de flores, iluminado por el resplandor de incendio de las bengalas; y el sol de oro, mostrándose en medio de tal aparato, enloquecía a la muchedumbre levantina, pronta siempre a entusiasmarse por todo lo que deslumbra, e inconscientemente, lanzando un rugido de asombro, empujábanse unos a otros, como si quisieran coger con sus manos el áureo y sagrado astro..."⁽¹⁰⁾

Doña Manuela, siempre despreciativa hacia Teresa, la mujer del tendero, por haber sido su antigua criada, ahora tornábase cariñosa, al tiempo que Cuadros, triunfante bolsista, aspiraba a millonario. La llorosa Teresa confió a la viuda el gran pesar que la afligía. Y se resolvió que fuese doña Manuela la que exhortara al seducido padre a abandonar a la prostituta para volver al seno de su familia.

Sin embargo, la viuda encontró a Cuadros inabordable. Tan cambiado estaba él que antes había sido respetuosamente sumiso, que le guiñaba maliciosamente, y sin querer, ella encontraba su nueva actitud encantadora, y sus travesuras divertidas.

La muerte del caballo tuvo mayor trascendencia que la de meramente privar a la familia de Pajares del uso del carruaje. Constituyó una desgracia, ya que significaba la insoportable humillación de "ir a pie como los demás mortales."

Al irse al otro mundo, Brillante llevaba consigo el prestigio de la casa, puesto que la berlina, símbolo de su bienestar, tendría que ser retirada. Juanito no podía comprar otro caballo por haber destinado su último centavo al azar de la Bolsa. Sobrevino el momento crucial en la obstinación de la viuda por sostener las apariencias: se vendería al Sr. Cuadros —resolución indecorosa por tratarse de su antiguo dependiente; mas peor era la miseria.

Desde que su marido había terminado con aquella "mala piel", Teresa temblaba de emoción, tanto se impresionaba por la desinteresada obra realizada por doña Manuela.

(10) Ibid., p. 177.

Durante la gran feria de Julio, doña Manuela y sus niñas fueron invitadas a la plaza de toros por el orgulloso Antonio Cuadros, cuyo palco deslumbraba a los demás espectadores por el radiante atavío de las de Pajares y Teresa. En cuanto al Sr. Cuadros...

"...parecía un muchacho con su trajecito claro, corbata roja y el enorme cigarro, al que conservaba la sortija de papel, para que todo el mundo se enterase de su precio." (11)

El genial párrafo que sigue expone con inusitada brevedad el drama protagonizado por el dueño de "Las Tres Rosas", al sintetizar su estado de conciencia sin necesidad de diálogo.

"Sentíase satisfecho de la situación el señor Cuadros, y las ávidas miradas fijas en el palco parecíanle un homenaje a él. No se podía pedir mayor felicidad. Cumplía con la conciencia y con el placer. A un lado, la esposa legítima; al otro, doña Manuela, la satisfacción de la carne, el alimento de su vanidad; y las dos familias, de las cuales era él el punto de unión, contentas, lujosas, llamando la atención del público... El bolsista, saboreando su dicha, aseguraba mentalmente que Dios es muy bueno, y no sabía qué desear, pues la seguridad de que en breve sería millonario tenía la por indiscutible". (12)

Pero su dicha fue efímera; el infalible don Ramón Morte se equivocó, y de golpe y porrazo Cuadros se halló despojado por completo de los fabulosos frutos de la especulación.

El tendero arrojó su derrota con la conformidad de un filósofo, al reflexionar que, al final de cuentas, se quedaba igual que antes. Aunque reconoció que una oportuna retirada del juego le evitaría mayores perjuicios, no por una pequeña racha de mala suerte iba a abandonar la contienda. Era justo que hubiese algún contratiempo antes de alcanzar el millón.

* * *

Por otro lado, Juanito fue dándose cuenta de la corrupción moral de su familia. Aún así, persistió el ingenuo en la inexplicable idolatría por su madre, a quien perdonaba su afán de lujo por ser consecuencia de su obsesión por el bien de sus otros hijos. Lo que

(11) Ibid., p. 201.

(12) Ibid.

le impresionó al muchacho ante todo fue su intachable integridad de mujer virtuosa. Tal fue su convicción hasta accidentalmente descubrirla con el dueño de "Las Tres Rosas".

El desengañado muchacho se echó a andar sin rumbo fijo. Como el "Retor", en "Flor de Mayo", que cuando supo del adulterio de su mujer sufrió un desequilibrio mental, así Juanito, físicamente inferior, no pudo sino sucumbir ante la realidad. Excitada por una confusión de fantasías, su mente vagaba al compás de su cuerpo, activado por desesperadas secreciones glandulares que milagrosamente lo mantenían de pie.

Previendo la conclusión de la obra, hasta entonces salpicada de auténticos paisajes llenos de sol y alegría, Blasco Ibáñez pinta el último bañado en el entristecido crepúsculo del día y de la vida de Juanito. Componen estas líneas una imagen de singular seducción:

"...Comenzaba el crepúsculo. En el cauce del río, las charcas y riachuelos, reflejando en su fondo el rojo horizonte, brillaban como si fuesen de encendida lava. En la ciudad, los vidrios de los altos balcones y de las esbeltas torrecillas de tacábanse sobre la masa oscura de los edificios como placas de fuego. La calma del crepúsculo, compuesta de murmullos imperceptibles, de lánguidos suspiros que exhala la Naturaleza próxima a adormecerse, invadía el ambiente. Desde el pretil veíanse rebaños de oscuras ovejas, que al compás perezoso de las esquilas iban en busca del corral, mientras que por la parte de arriba, por la carretera polvorienta, marchaban también en retirada los rebaños del trabajo, gentes de espalda encorvada y blusa vieja, con la cara sudorosa y el saco de herramientas a la espalda." (13)

Cuando finalmente Juanito regresó a su casa, encontró frenético a Antonio Cuadros, quien, debido a un fraude cometido por Ramón Morte, se hallaba en la miseria más absoluta. Al comprender que para él también implicaba la derrota completa, el aturrido joven se desmayó. La repugnancia con que rechazó a su madre cuando ésta pretendió detener su caída, engendró en la viuda el terrible temor de que su hijo se había enterado de su deshonra.

(13) Ibid., p. 217.



Recrudescían los latigazos de remordimiento que sufría doña Manuela las recriminaciones lanzadas por don Juan, al evocar el vergonzoso pasado y pronosticar el miserable futuro de su hermana, atormentada además por la sombra del buen hijo al que había sacrificado su ambición. ¿Lloraría más al hijo muerto o la tan temida pobreza que por fin la venció tras largas escaramuzas?

Antonio Cuadros había desaparecido. Los niños de doña Manuela, educados solamente para lucir en el salón, eran inútiles para ganarse la vida. Mas don Juan, enternecido por los hijos, inocentes instrumentos de las invenciones maternas, propuso ayudarlos si se conformaban con la modestia propia de su condición.

El embargo de "Las Tres Rosas" enloqueció a su anciano fundador, don Eugenio, quien cayó sin vida a los pies de la estatua de San Juan, mismo sitio en donde sus padres lo habían abandonado setenta años antes para buscar su fortuna.

IMPRESIONES GENERALES SOBRE "ARROZ Y TARTANA"

Si la célebre obra "La barraca" es la novela del huerto valenciano sin par, "Arroz y Tartana", menos conocida, por supuesto, a la vez que inferior en cuanto a su técnica literaria, se distingue en cambio como su antítesis, siendo la única de las novelas regionales de Vicente Blasco Ibáñez que trata de la vida en la ciudad. Mientras que todas las novelas levantinas, con excepción de "Entre naranjos", vibran por la lucha bestial para sobrevivir —la alimentación del cuerpo—, "Arroz y tartana", al orientarse hacia un elemento social más complejo, gira en torno a la lucha psicológica librada para guardar las apariencias: la alimentación de la vanidad, del egoísmo.

"Arroz y tartana" podría designarse como la novela de la burguesía valenciana contemplada exclusivamente a la luz de los domingos y demás días festivos. De este modo, si se llega a lamentar su deficiencia respecto al cuadro completo de la vida, por otra parte, se indigesta uno con sus frecuentes comidas empalagosas, inventadas con pretexto de las numerosas celebraciones observadas.

En su celo por perseguir al regocijado espíritu festivo, Blasco seguramente fatiga a la mayoría de sus lectores por su minuciosidad al describir los numerosos desfiles, manifestaciones y procesiones, de los cuales la alegre sangre valenciana no podría prescindir. De hecho, las esmeradas descripciones, bien que algo tediosas, no dejan de ser testimonios, ya no sólo de exactitud y autenticidad, sino también del interés sincero y apasionado del valenciano por todas las costumbres típicas y el desenfadado de las expresiones del pueblo de su región.

Ameno y entretenido por sus páginas llenas de humana animación, color y sonido, "Arroz y tartana" agrada aunque sin causar la

honda impresión que producen las otras novelas regionales. En cuanto a su valor literario, el estilo es menos fluido, en tanto que más redundante, acusando cierta negligencia respecto a mantener el interés con alguna uniformidad. Sin embargo, aunque cayendo a veces en lugares comunes, la trama llega a alcanzar el pináculo de la emotividad hacia la mitad del relato, por lo que queda a salvo el prestigio del gran novelista, además de afirmarse su renombre como escritor regional de primer orden.

Como estudio costumbrista, "Arroz y tartana" es digna de encomio, a pesar de que no ofrece un cuadro del todo acabado, debido a que se concentra la atención de muy preponderante modo en aquel elemento de la burguesía presuntuoso y superficial que tanto se empeña en salir de la mediocridad, bien que sea a base de engaños y trampas. Mas en su conjunto, la obra ofrece una admirable perspectiva de las costumbres prevalecientes en el lugar y en la época —muchas de las cuales resultan universales e intemporales, pues es de suponerse que desde el principio de los tiempos habría doñas Manuelas, y seguramente jamás dejarán de existir aquellos seres cuya suprema aspiración se basa en la usurpación de un lugar distinguido en su medio social, aunque no les corresponda.

El tono crítico del autor impera en toda la narración. El falso aparato ingeniado por la pomposa viuda, con el propósito de aparentar una situación económica inexistente, encarna una protesta contra la hueca afectación con que algunos pretenden impresionar a los demás. También el desastre acaecido a Juanito y al Sr. Cuadros, víctimas de la locura de querer enriquecerse por un golpe fortuito, expresa la crítica dirigida en contra de la traicionera Ambición. De ahí se deduce la moraleja de vivir honradamente, cada quien dentro de sus posibilidades económicas, que entraña un consejo aplicable a la situación social vigente en Valencia antes del año de 1889, y aún hoy en día.

Como en "Flor de Mayo", en donde sobresalen encomiables pinturas del mercado del pescado, Blasco Ibáñez excela en sus exuberantes descripciones del mercado de Valencia, auténticas reproducciones saturadas de la cargada atmósfera tan propia de la plaza, a pesar de que —como se ha señalado en páginas anteriores, con acopio de ejemplos al respecto— hay ciertas mercancías, como es el caso

de las verduras, que difícilmente puede admitirse que se presten a metáforas tan inspiradas como las que se le ocurren a nuestro joven autor. Son, en cambio, dignos de aplauso los sugestivos paisajes magistralmente reflejados a través de la percepción artística del valenciano, orgulloso de la incomparable belleza de su tierra natal. Por otra parte, enfadan las excesivas descripciones de platillos indigestos, aunque se justifica que se consideren por el interés que puedan ofrecer como dato sobre las extravagantes costumbres gastronómicas de los valencianos.

Las personalidades de los principales protagonistas, aunque superficialmente esbozadas, están definidamente perfiladas. Desde luego, el personaje de doña Manuela, quien tipifica admirablemente a la despreocupada latina regalona, es el más pujante y de mayor constancia a lo largo de todo el relato, mientras que los de Juanito y el Sr. Cuadros toman cursos psicológicamente variables.

Juanito, muchacho sugestionado por la idolatría a su madre, elegante y presuntuosa, llegado a los treinta años, si no disminuye aquella adoración filial, por lo menos la suplementa con el amor por una simple y humilde costurera. En un principio, Juanito censuraba la fatua ostentación y el despilfarro de su familia, pero después, embriagado por la euforia de las ganancias fáciles, soñaba con la misma riqueza que apasionaba a la madre.

El repentino cambio del hijo mayor de Manuela, después de tanto haber vivido rodeado de la opulencia con tal empeño sostenida en su casa, es ilógico quizás, pero afortunadamente para la verosimilitud del desenlace, al final se manifiesta como el mismo "niño" idealista a quien las realidades brutales de la vida le hieren a tal punto que le ocasionan la muerte.

También Antonio Cuadros sufre un cambio radical en su carácter, pero se ofrece más plausible esta transformación en vista de que el modesto tendero, distinto de Juanito, nunca estuvo expuesto al lujo hasta sus súbitas ganancias en la Bolsa, las cuales, como era de esperarse, le trastornaron el juicio, y, cuando ya lucía un elegante carruaje, el nuevo rico no vio inconveniente alguno en coartarse con lo mejor de la alta sociedad.

Si el principio del libro es de juzgarse con tibieza, justo es acla-

rar que los subsiguientes capítulos están trazados con mayor destreza. A pesar de que estos amenos apuntes sobre la historia social de Valencia se prestan a una relativa, pero, a mi juicio, inevitable crítica negativa, forzoso es reconocer que uno queda satisfecho de la obra en su conjunto, y hasta admirado del excepcional talento de Vicente Blasco Ibáñez para redondear los hechos después de haber manipulado múltiples figuras dentro de un marco bastante amplio.

* * *

Este es momento oportuno para aclarar, de una vez por todas, la tan discutida cuestión referente a la influencia ejercida por el gran novelista francés, Emilio Zolá, sobre nuestro autor valenciano. En el año de 1894, en que vio la luz "Arroz y tartana", la primera novela de importancia de Blasco Ibáñez, Zolá se hallaba en el apogeo de su sonado naturalismo literario. Fácilmente se comprende, por lo tanto, que aquél, muy joven aún e impresionable —y es casi inevitable que todo literato se impresione por algún ídolo en su juventud—, se inclinara hacia el método experimental cultivado por el francés, cuya apetencia de palpar la realidad se avenía tanto con la suya propia.

En efecto, Monsieur Pitollet ha hecho notar, por lo que se refiere a "Arroz y tartana":

" . . . más de una reminiscencia, ora de "A la dicha de las Damas" —por la manera como está descrito el almacén simbólico de "Las Tres Rosas"—, ora de "El vientre de París" —en la gigantesca visión del *mercado de Navidad* valenciano—, ora en un sentido más general, de la factura zo'esca, por la preponderancia otorgada a la descripción del ambiente, que el arte clásico apenas si tenía el escrúpulo de esbozar, así como por los procedimientos de un estilo con toques lentos, pesados, vigorosos, usando de repeticiones frecuentes que constituyen cual el *leitmotiv* de esa gran sinfonía sobre la vida del pueblo y de la burguesía en Valencia." (14)

Con todo, comenzando con "Flor de Mayo", los libros que lo siguieron son esencialmente diferentes, sobre todo por su ejecución. En cuanto a ésta, se señala como el mayor contraste existente en-

(14) Pitollet, Camilo, "Blasco Ibáñez: sus novelas y la novela de su vida" p. 190, versión española de Tulio Moncada, Prometeo, Valencia.

tre los dos artistas, la febril impulsividad de Blasco frente a la ponderada reflexión de Zolá. En cambio, coincidieron estos novelistas en su exploración por los bajos fondos de la humanidad, para extractar de la ignorancia y el vicio temas cuya exposición ofende a menudo por su desnudo realismo.

En suma, esta controversia no tiene mayor significación, a mi parecer, que destacar los puntos de contacto de nuestro literato con Emilio Zolá, en mayor o menor grado, según los críticos que han analizado este aspecto. Concluiré tan sólo con la acertada observación del agudo M. Pitollet, a modo de resumen de esta polémica:

“ . . . arriesgaré la hipótesis de que, siendo el realismo una casualidad esencial en la literatura española, no se tenía necesidad de Zolá para enseñar, rebautizada con el nombre de ‘naturalismo’, la práctica de aquél a España. Añadiré que, por otra parte, la materia popular como tema novelesco es la base de la *novela picaresca*, tan específicamente española, e insinuaré, en fin, que, en la época en que Blasco comenzó a escribir, la influencia naturalista flotaba en el aire por doquiera en Europa, ociosa, según se ha dicho.”⁽¹⁵⁾

(15) Pitollet, Camilo, *op. cit.*, p. 200.

Falta página

N° 56

CAPÍTULO IV

"FLOR DE MAYO"

Falta página

N° 58

I V

“FLOR DE MAYO”

Inicia Blasco Ibáñez “Flor de Mayo” con una impresionante descripción del traspaso de la noche al amanecer de la ciudad. Envuelve al lector todo el ambiente, llegándole hasta los ruidos característicos de la hora, hechos más perceptibles por el lenguaje simbólico.

“A lo lejos, agrandados por la sonoridad del amanecer, desgarraban el silencio los silbidos de los primeros trenes que salían de Valencia. En los campanarios, los esquilones llamaban a la misa del alba, unos con voz cascada de vieja, otros con inocente balbuceo de niño, y repitiéndose de azotea en azotea, vibraba el canto del gallo con su estridencia de belicosa diana.

En las calles, desiertas y húmedas, despertaban extrañas sonoridades los pasos de los primeros transeúntes. Por las puertas cerradas escapábase, al través de las rendijas, la respiración de todo un pueblo en los últimos deleites de un sueño tranquilo.”⁽¹⁾

Sigue la descripción, abundante en símiles fácilmente transmitidos al ojo de la imaginación:

“Aclarábase el espacio lentamente, como si arriba fuesen rasgándose una por una las innumerables gasas tendidas ante la luz. Penetraba en las encrucijadas, hasta en sus últimos rincones, una claridad gris y fría, que sacaba de la sombra los pálidos contornos de la ciudad; y como un esfumado paisaje de linterna mágica que lentamente fija sus perfiles, aparecían las fachadas mojadas por el aguacero, los tejados brillantes como espejos, los aleros destilando las últimas gotas, y los árboles de los paseos, desnudos y escuetos

⁽¹⁾ Blasco Ibáñez, Vicente, “Flor de Mayo”, p. 7, Ediciones Atlántida, México, D. F.

como escobas, sacudiendo el invernial ramaje, con el tronco musgoso destilando humedad." (2)

De modo parecido, el autor dedica el primer capítulo de "La barraca" al amanecer —ya no de la ciudad, sino de la huerta. ¡Qué contrastante resulta el alba evocada por el pequeño párrafo introductor de esta célebre novela!

"Desperezóse la inmensa vega bajo el resplandor azulado del amanecer, ancha faja de luz que asomaba por la parte del Mediterráneo." (3)

Estas líneas preparan al lector para el siguiente cuadro, cuya manera de expresión recuerda vívidamente el primer párrafo citado arriba. Como si poseyera cualidades humanas, dice:

"Despertaba la huerta, y sus bostezos eran cada vez más ruidosos. Rodaba el canto del gallo de barraca en barraca. Los campesarios de los pueblitos devolvían con ruidoso badajeo el toque de misa primera que sonaba a lo lejos, en las torres de Valencia, esfumadas por la distancia." (4)

Siguen después otras bellas líneas de "La barraca", las cuales innegablemente tienen su inspiración en el párrafo acotado de "Flor de Mayo" que empieza "Aclarábase el espacio..." (Véase nota 2). Constituye una variación del mismo tema hábilmente adaptada a la nueva alusión:

"El espacio se empapaba de luz; disolvíanse las sombras, como tragadas por los abiertos surcos y las masas de follaje. En la indecisa neblina del amanecer iban fijando sus contornos húmedos y brillantes las filas de moreras y frutales, las ondulantes líneas de cañas, los grandes cuadros de hortalizas, semejantes a enormes pañuelos verdes, y la tierra roja cuidadosamente labrada." (5)

Como maestro literario, el valenciano se expresa concisamente, como viene a demostrarlo este pequeño párrafo de "Flor de Mayo" que acusa una aguda sensibilidad para apreciar los fenómenos naturales. Refiriéndose a las pescaderas, escribe:

(2) Ibid., p. 8.

(3) Blasco Ibáñez, Vicente, "La barraca", p. 20, Editorial Prometeo, México, D. F., 1945.

(4) Ibid.

(5) Ibid.

"Llegaron cuando ya era de día, y la luz cruda de un amanecer azulado empezaba a recorrer vigorosamente todos los objetos sobre el fondo gris del espacio." (6)

Entre aquellas pescaderas del Cabañal aparecen Dolores y Rosario, las respectivas mujeres de los hermanos, el "Retor" y Tonet. El hábil novelista prácticamente se apodera del ánimo del lector desde un principio mismo, iniciando la acción de la trama con un movido episodio de la eterna pugna entre las dos cuñadas. Instigada por los celos, Rosario denuncia a Dolores de ser amante de Tonet. Aquello hubiera degenerado en tragedia a no ser por la oportuna intervención de la astuta "bruja del mar", la "tía Picores".

Señalamos como uno de los retratos más vivos captados por Blasco el de Dolores, la insolente mujer del "Retor". Superando aquellas descripciones personales en que se ansía la pronta terminación, ésta es animada, colorida y completa, facilitando al lector su comprensión inmediata.

"... una buena moza mejor vestida que las otras, que se apoyaba con cierta negligencia en una pilastra del fielato, con los brazos atrás, arqueando la robusta pechuga y sonriendo como un ídolo satisfecho cuando los hombres se fijaban en sus zapatos de cuero amarillo y el soberbio arranque de sus pantallos, cubiertas con medias rojas.

Era una morena cariancha, con el rubio y alborotado pelo como una aureola en torno de la pequeña frente. Sus ojos verdes tenían la obscura transparencia del mar, y en ciertos momentos reflejábanse la luz en ellos, abriendo un círculo brillante de puntos dorados.

Reía como una loca, entreabriendo sus mandíbulas poderosas de hembra de sólida osamenta. Los labios carnosos, de un rojo tostado, mostraban al separarse una dentadura igual, fuerte, y tan brillante, que parecía iluminar la cara con la pálida claridad del marfil." (7)

No menos interesante es el tipo de la inquieta "tía Picores", cuya deforme silueta hace todo un contraste con la de su sobrina Dolores.

"La 'tía Picores' mostrábase majestuosa en una alta poltrona con su blanducha obesidad de ballena vieja, contrayendo el arru-

(6) "Flor de Mayo", p. 9.

(7) Ibid., p. 11.

gado y vellosos hocicos y mudando de postura para sentir mejor la tibia caricia del braserillo que hasta muy entrado el verano tenía entre sus pies, lujo necesario para su cuerpo anfibio, impregnado de humedad hasta los huesos . . . Una picazón eterna parecía martirizar su arrugada epidermis, y los gruesos dedos hurgaban los sobacos, se deslizaban bajo el pañuelo, hundiéndose en la maraña gris de su cabeza, y tan pronto hacían temblar con tremendos rascañones el enorme vientre que caía sobre las rodillas cual amplio delantal, como un impudor asombroso remangaban la complicada faldamenta de refajos para pellizcar en las hinchadas pantorritas." (8)

Aún más breves son las alusiones a Tonet, de regreso después de haber prestado servicio en la marina; pero no por su brevedad dejan de crear una imagen clara y humorista:

"Comparado con los pescadores rudos y embrutecidos por el trabajo . . . Tonet aparecía ante las muchachas del Cabañal como un aristócrata, con su palidez morena, el bigotillo erizado, las manos limpias y la cabeza aceitosa y bien peinada, con una raya en medio y dos puntitas de pelo asomando bajo la gorra de seda." (9)

* * *

La narración se desvía para presentar la patética historia de la madre del "Retor" y Tonet —cómo enviudó al morir Pascual en una tempestad; y cómo transformó la podrida barca de tumba de su marido en lucrativa taberna para mantener a sus hijos. Una descripción naturalista por excelencia es la inspirada por la aparición en la playa de los restos de la barca del desventurado Pascual.

" . . . Cuando los pescadores pudieron bajar a su interior para acabar de vaciarla a fuerza de cubos, sus pies, hundidos entre las cuerdas y cestones que aún estaban allí revueltos, tropezaron con algo blanco y viscoso que les hizo gritar con instintivo horror. Era un muerto. Y hundiendo sus brazos en el agua . . . sacaron un cuerpo hinchado, verdoso, con el vientre próximo a estallar. La cabeza era una masa repugnante. Todo el cuerpo estaba destrozado por las mordeduras de los voraces pececillos que, no queriendo soltar su presa, erizábanse sobre el cadáver, comunicándole espeluznantes estremecimientos." (10)

(8) Ibid., p. 16.

(9) Ibid., p. 61.

(10) Ibid., p. 34.

Sería comparable al pasaje arriba citado —si no fuera que lo superase con las más horripilantes y asquerosas imágenes— un párrafo de "Cañas y barro" que conduce al emocionante climax de la novela. La perra de Tonet, cazando un pájaro herido que había caído entre las cañas, en vez de traer la presa urgida por su amo, aparece con un bulto en la boca. Es el recién nacido hijo de Tonet que él mismo había abandonado entre aquellos cañaverales días antes, en un intento de borrar toda huella de la maternidad de su amante.

"Tonet se irguió, con la mirada loca, estremecido de pies a cabeza, como si el aire faltase de pronto en sus pulmones. Vió junto a la borda de su barca un lío de trapos, y en él algo lívido y gelatinoso erizado de sanguijuelas: una cabecita hinchada, deforme, negruzca, con las cuencas vacías y cogiendo de ellas el globo de un ojo; todo tan repugnante, tan hediondo, que parecía entenebreecer repentinamente el agua y el espacio, haciendo que en pleno sol cayese la noche sobre el lago." (11)

Se aprecia el naturalismo en estas novelas regionales de Blasco Ibáñez, no sólo por estas escalofrantes descripciones, sino también por los hechos brutales expuestos y, sobre todo, por los móviles irracionales que incitan a los personajes. Por ejemplo, en "Flor de Mayo", la madre de los dos hermanos tuvo una hija natural, Roseta, fruto de su pasión con el carabinero "señor Martines".

* * *

Con el tiempo el "Retor" demostraba gran afición por el mar, mientras que el hermano menor se entregaba más al aguardiente y a la vagancia. No obstante, la siñá Tona siempre lo disculpaba, pues ¿no era Tonet el muchacho más guapo del Cabañal? Lo que sí disgustaba a la madre era sus amoríos con Dolores, hija de "Paella" el tartanero, borrachón que participaba todas sus aventuras infames a la chica, a quien se le fueron abriendo los ojos a la mala vida desde pequeña.

A Roseta apenas si la tomaba en cuenta. En esto hay un punto de comparación con "Arroz y tartana", en que Manuela desdeñaba a Juanito por ser hijo de un hombre que despreciaba. Sin embargo, mientras que Juanito adoraba a su madre y a sus medias-hermanas,

(11) Blasco Ibáñez, Vicente, "Cañas y barro", p. 221, Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1944.

Roseta se crió huraña y aislada, odiando a Tonet y tolerando al "Retor".

Tona había ideado un matrimonio ventajoso para Tonet con la insignificante Rosario, heredera de una buena tiendecita, pero repentinamente le dio al vago por irse a la marina de guerra. Entonces el "Retor" estrechó sus relaciones con la abandonada Dolores y a los dos años se casaron.

Al regresar Tonet, su madre logró consumir el ansiado enlace con Rosario. Mas, habiendo agotado los fondos de ésta, la pobrecita tuvo que convertirse en miserable pescadera, para no sólo mantener al sinvergüenza, sino darle lujos además. ¡Y cómo consumía aquel cuerpo frágil el entrañable odio que tenía para su cuñada Dolores, quien, después de cuatro años de esterilidad, engendró un hijo que, curiosamente, sacó toda la cara de Tonet!

A raíz de una conversación tratando de su inminente aventura de contrabando, sostenida por Tonet y el "Retor" en la playa, Blasco Ibáñez se esmera en pintar la escena de la acción. Primero el artista alza los ojos para inspirarse en una acuarela creada por Dios:

"El cielo, inundado de luz, era de un azul blanquecino. Como copos de espuma caídos al azar, bogaban por él algunos jirones de vapor, y de la arena ardiente surgía un vaho que envolvía los objetos lejanos, haciendo temblar sus contornos." (12)

Luego, al nivel del horizonte, surge otro y más intrincado cuadro realizado por el Hombre. Por medio de acertados símiles, se visualiza lo complejo del lienzo:

"Los mástiles latinos, inclinados graciosamente hacia la proa con sus puntas gruesas y romas, parecían un bosque de lanzas. Entrecruzábanse las embreadas cuerdas, como lianas trepadoras de esta selva de palos. Bajo las velas caídas en las cubiertas rebullía toda una población anfibia, al aire las rojizas piernas, la gorra calada hasta las orejas . . . Sobre la arena descansaban las ventruosas quillas pintadas de blanco o azul, como panzas de monstruos marinos tendidos voluptuosamente bajo las caricias del sol." (13)

(12) "Flor de Mayo", p. 65.

(13) Ibid., p. 66.

Y como a nuestro escritor le complace personificar los barcos, la siguiente exposición va acompañada, además, de un sentimiento muy a propósito con la materia:

"En la última fila estaban los veteranos de la playa, los barcos viejos, con el vientre abierto, mostrando por sus negros rasguños las carcomidas costillas, con el mismo aire de tristeza de los caballos de plaza de toros; como si pensasen en la ingratiud humana, que abandona a la vejez." (14)

Los hermanos acudieron a su tío Mariano, quien había de conseguirles un buen cargamento de contrabando. El literato valenciano se sirve de la caminata en busca del tío para dibujar unas vistas auténticas del lugar. He aquí un movido cuadro de costumbres:

"A la orilla de la acequia del Gas, las mujeres, puestas de rodillas y moviendo sus inquietas posaderas, lavaban la ropa o fregaban los platos en un agua infecta que discurría sobre fango negrozco cargado de mortales emanaciones. Los calafates agitábanse mazo en mano en torno de un esqueleto de madera nueva, que parecía de lejos la osamenta de un monstruo prehistórico. Los cordeleros, arrolladas al busto las madejas de cañamo, andaban de espaldas por la ribera de la acequia, formando entre sus ágiles dedos un hilo que se prolongaba sujeto al torno incansable." (15)

Interesante es también el aspecto arquitectónico altamente influenciado por la mentalidad de la gente.

"Las barracas blancas surgían entre casas modernas de pisos altos. Todas ellas estaban pintadas al barniz, lo mismo que barcos nuevos, con la fachada de dos colores, como si sus dueños no pudieran sustraerse en tierra al recuerdo de la línea de flotación. Sobre algunas puertas había adornos de talla semejantes a los mascarones de proa. En toda la edificación se notaba el recuerdo de la antigua vida marítima de los propietarios; una amalgama de colores y perfiles que daba a las casas el aspecto de buques en seco." (16)

El "Retor" quedó en salir después de Viernes Santo por tener que estar en la procesión del Encuentro, despreciativamente califi-

(14) Ibid.

(15) Ibid., p. 70.

(16) Ibid., p. 71.

cada por el autor como una "mascarada tradicional". En todos sus libros, Blasco Ibáñez se muestra excesivamente preocupado por los detalles —sobre todo cuando se trata de una descripción festiva. Aunque cansan los pormenores, hay que reconocer su extraordinario don de observación y sus incansables energías para volcarlo todo al lector.

* * *

El episodio de la vieja "Garbosa", disfrazada de barca pescadora, se encuentra apropiadamente intercalado con expresivas figuras literarias, ineludibles de subrayar en un estudio que pretende demostrar que Vicente Blasco Ibáñez fue un literato artista. Este símil, elaborado con un mínimo de vocablos, evoca una imagen bella y dinámica:

"Coleaban en torno de la barca como peces de fuego los encendidos reflejos del faro, rotos y arrollados por la incesante movilidad de las aguas." (17)

Igualmente ingeniosa es la siguiente figura:

"El faro brillaba sobre la oscura masa como el inflamado ojo de un ciclope acechando a los navegantes." (18)

Y finalmente la combinación de la metáfora y el símil para sugerir otra exquisita noción:

"Palpitaba la vela con aleteos de ave, hinchada apenas por las tibias ráfagas que cosquilleaban la superficie del mar bruñida, inmóvil, azulada, como un espejo veneciano." (19)

Al referirse a Argel, puerto de llegada de los contrabandistas, el novelista, en unos cuantos renglones, hace sentir todo lo exótico de aquel ambiente que se antoja de otro mundo.

"Sobre el cielo de azul turquí destacábase la dentel'ada crestería de la costa. Venía de tierra un aliento cálido, semejante al de una habitación misteriosa cargada de extraño perfume. Surgía de la tierra la luna al principio de su creciente: una verdadera luna oriental, delgada, de cuernos encorvados, como la que figura en el

(17) Ibid., p. 87.

(18) Ibid.

(19) Ibid., p. 89.

estandarte del Profeta y corona la cúpula de los minaretes. Aquella era verdaderamente Africa." (20)

Contemplado desde la gran bahía, ¡qué animado se presenta el conjunto de la ciudad!

" . . . escalonándose colina arriba, blanca hasta en las sombras de la noche, moteada por millares de luces. ¡Vaya un derroche de gas! En las aguas del puerto culebreaban las líneas rojas, como si en el fondo se divirtiesen los peces disparando cohetes voladores." (21)

Luego continúa el artista restaurando el panorama, pero a través del sinfín de sonidos que emanaron del puerto.

"Llegaban hasta la barca, plegados y revueltos por la brisa de la noche, los ecos de las musiquillas de los cafés, el toque de retreta de los cuarteles, el rumor del gentío en las calles, los gritos de los boteros árabes que atravesaban el puerto: toda la agitada respiración de una ciudad comercial y exótica que, después de cometer durante el día las mayores felonías por conquistar el franco, se entrega al placer al llegar la noche con sus apetitos excitados." (22)

Con excepción de los "Cuentos valencianos", el humorismo no figura como elemento saliente en la obra regional de Blasco Ibáñez. Al contrario, es tan rara esta cualidad, que cuando apenas se insinúa un rasgo humorístico, por sutil que sea, resalta con mayor relieve. A continuación se cita un ejemplo de lo que es capaz el novelista cuando se deja llevar por un buen humor ingenioso. Con brevedad capta admirablemente la esencia de Argel, al señalar:

" . . . los grandes cafés, donde iban los señores a tomar la absenta, teniendo por vecinos de mesa ricos morotes de enorme turbante y negociantes judíos de túnica de seda, sucia y vistosa. Detrás estaban otras calles, también con arcos y hermosas tiendas; la Gran Mezquita, donde entraban los moros descalzos y recién lavados a hacerle cortesías al zancarrón de Mahoma, mientras arriba, en lo último de una torrecilla. . . un tío con turbante pateaba y gritaba a ciertas horas como si estuviera loco. Por todas las ca-

(20) Ibid., p. 92.

(21) Ibid., p. 93.

(22) Ibid.

lles iban madamas muy bien vestidas, que olían a gloria, andando como patitos y diciendo 'mersi' a cada chicoleo; soldados con gorro de datilero y unos pantalonazos dentro de los cuales cabía su familia entera; gente de todos los países, lo mejorcito de cada casa, que se había ido allí huyendo del rey, y a cada dos puertas una cantina con sus mesas en la acera, donde servían la absenta a vasos." (23)

Sigue la misma nota de liviandad aún en el momento de consternación, cuando, de regreso, peligrosamente cargada del contrabando la "Garbosa", una escampavía le dio caza. El narrador, expresando los pensamientos de sus personajes (como acostumbra hacer en toda esta serie regional) exclama con humorismo irónico:

"¡A las Columbretas, refugio de los hombres honrados que tienen que huir en el mar por ser protectores del comercio!" (24)

A poco, el "Retor" abandonó aquel archipiélago, escondite tan conocido por los guardacostas. Poco sería arriesgar la vida para salvar tal cargamento. "¡A la mar, aunque el tabaco se lo fumasen los tiburones!"

Los que ansiaban su llegada vieron cómo, a algunos metros de la obscura playa, la triste embarcación empezó a encallar, y apenas tuvieron oportunidad de descargar los misteriosos fardos.

Como impresionante conclusión de la aventura, con sentimiento compasivo el novelista amante del mar describe el fin de la desafortunada "Garbosa", atribuyéndole toda la agonía de un ser viviente, al describir cómo:

"... se quedaba allí pataleando, prisionera de la arena, recibiendo en su pecho los puñetazos del mar, sintiendo a cada empujón que se le desencuadernaba el cuerpo y salía flotando un pedazo de sus entrañas; muriendo sin gloria, tras una larga vida de labor, como el caballo viejo abandonado en medio del camino, cuyo blanco esqueleto atrae el revoloteo de los buitres." (25)

Dedicó el "Retor" su fortuna a la construcción de una magnífica

(23) Ibid., p. 95.

(24) Ibid., p. 100.

(25) Ibid., p. 105.

barca, mientras que Tonet dispuso de su participación entregándose con más desenfreno a la diversión. Ya para aquel entonces Roseta trabajaba en una fábrica de tabaco en Valencia. Nutría la mujer un odio implacable hacia los hombres, que, según ella, o eran sinvergüenzas como Tonet o tontos como el "Retor".

Gracioso es el relato de la bendición de la barca bautizada "Flor de Mayo" por la ironía con que se refiere a don Santiago, el cura que "sabía quedar bien con las personas". En esta feliz ocasión asaltó a Tona el recuerdo de la trágica muerte de su marido. Sufría remordimiento por no haber querido más al hijo mayor, por el que temía encontrase el mismo destino que su padre. Como Manuela en "Arroz y tartana", que al contemplar moribundo al despreciado Juanito volvió a sentir el amor maternal, Tona, al imaginar al "Retor" naufrago, sentía de pronto amarlo profundamente.

No obstante el pesimismo de su madre, el nuevo amo de barca porfía en celebrar el acontecimiento. Y la audacia de espíritu con que Blasco Ibáñez interpreta la filosofía del pescador evidencia su íntimo conocimiento del enjambre humano que retrata.

¡"En un día como éste acordarse de que la mar tiene malas bromas! . . . ¿Y qué? Si no quería verle en peligro, haberlo criado para obispo. E'los nacían allí; no veían más sustento que el mar; se agarraban a sus pechos para siempre, y había que conformarse con lo que les diese: el agrio de la tempestad o la dulzura de las grandes pescas. Alguien tenía que exponerse para que la gente comiese pescado. . . ¡Rediel, aguela! . . . ¡Que viva 'Flor de Mayo'! . . . ¡Otra copa, caballeros!" (26)

Cuando Roseta insinuó al "Retor" las relaciones entre Tonet y Dolores, el marinero bonachón le aseguró que todo era malicioso chisme por envidia a su guapa mujer; él no hacía caso de las malas lenguas que se entrometían en las vidas ajenas. Sin embargo, su tranquilidad de marido seguro le fallaba, y paulatinamente su rostro sufría un cambio indicativo de las graves reflexiones que obraban efecto en él. La siguiente expresión suya expone un interesante aspecto psicológico del carácter del individuo:

"En fin, Roseta, era bueno que todo lo dicho só o fuese una

(26) Ibid., p. 122.

broma de la gente. Porque si algún día resultase verdad, 'recristo!' . . . Se tenía miedo a sí mismo en ciertos instantes. Era hombre de paz y huía las cuestiones; pero que no le tocasen lo que era suyo y muy suyo: el dinero y su mujer. . . Y en cuanto a Dolores, algunas veces, al contemplarla tan buena, tan guapa, con aquel donaire de señora que tan bien le sentaba, había pensado —¿por qué no decirlo?— había pensado en que alguien se la podía quitar, y entonces 'redeul' entonces sentía deseos de apretarle el gáznate y salir por las calles mordiendo como un perro rabioso. Si; eso es lo que él era: un perro mansote, que si llegaba a rabiar, acabaría con el mundo o tendrían que matarlo. . ." (27)

En el pasaje arriba citado se descubre una fase fulminante no sospechada del carácter del "Retor" y una sombra de la inminente tragedia.

* * *

Cuando se inició la angustiosa temporada de la pesca, la que más inquietudes sufría era la siñá Tona, quien se desconsolaba porque iniciaban a su nieto Pascualet de infantil "gato" en aquella expedición. La vieja reveló sus atormentados presentimientos al obsequiar al "Retor" un chaleco salvavidas. En eso apareció Tonet con una mano vendada —circunstancia lamentable por impedir su embarcación.

Aquella noche todo el pueblo fue a los muelles para despedir a los pescadores y, según una antigua costumbre levantina, lanzarles insultos. Al alejarse la "Flor de Mayo", le gritaron al "Retor" que pescase con tranquilidad en vista de que su hermano quedaba en su casa a cuidar a Dolores. Ahora sí que se indignaba el amo de barca, pues podrían burlarse de él, pero "mezclar a la familia era muy feo. . . muy indecente".

Resultó una expedición muy fructífera para los del Cabañal —comprobado por las enormes cantidades de pescado que fueron a dar a la playa. Las varias especies marinas inspiran al novelista a una elocuencia, por cierto excesiva, al señalar:

"... Toda aquella hermosura: los salmonetes de roca, contrayendo su lomo de suave bermellón con el estertor de la asfixia; los vis-

(27) Ibid., p. 129.

cosos calamares y los pulpos, moviendo su maraña de patas, apelo-
nándose en su agonía, los lenguados, planos y delgados como suelas
de zapato; las rayas, estremeciendo su titilante mucosidad; y sobre
todo esto, la pesca más preciosa, los langostinos. . . transparentes
como el cristal y destacando sobre las negruzcas cejas sus dulces
tonos de nácar." (28)

Blasco Ibáñez, animador de vastos recursos, improvisa en la playa
un mercado cuyas ventas se llevan a cabo "a fuerza de gritos, ma-
noteos e insultos". Cuadros de costumbres como el que sigue son
indicativos del realismo vital que entreaña la narración.

"Las amas de barca regateaban y reñían detrás de sus repletas
canastas con todo el rebaño vociferante que había de revender el
pescado al día siguiente en Valencia. Cuando el ajuste se hacía por
arobas recrudescíanse los insultos, discutiendo si habían de entrar
las piezas gordas o la simple morralla. Dos capazos pendientes de
cuerdas y unos cuantos guijarros enormes servían de balanza y de
pesas. Nunca faltaba algún chico del pueblo de la clase de 'leídos'
que se prestaba a ser secretario de las amas, llevando en un papel
la cuenta de las ventas." (29)

Al fin y al cabo había de ser Rosario, mujer de Tonet, quien des-
cubrió al "Retor" la infidelidad de Dolores. Prácticamente no apa-
recen diálogos en todo el libro, pero en ocasiones surge el dialecto
de la región valenciana para producir efectos dramáticos como cuan-
do el engañado marido le exige pruebas a Rosario. "¡Probes!...
vinguen probes!" gritaba el "Retor". "¡Recordóns!... mira lo que
parles. ¡Si no es veritat, te mate!"

El atolondrado marino intempestivamente se dirigió a su casa,
en la que estaba seguro de encontrar a los adúlteros a esas horas.
No queriendo aumentar, si cabe, lo ridículo de su situación, optó por
esperar a que se fuera Tonet; pero el depravado salió tan precipi-
tadamente que el "Retor" no lo pudo alcanzar.

Al regresar a su barca, supo que los demás patrones habían
acordado posponer la expedición pesquera en razón de la tempestad
que venía anunciándose. No obstante, el "Retor" se encaprichó

(28) Ibid., p. 142.

(29) Ibid., p. 143.

en hacerse a la mar. El resto, animado por tan admirable ejemplo de valor, decidió probar fortuna también, y todos, como un rebaño de ovejas, fueron en pos de la "Flor de Mayo", que se perfilaba en el funesto horizonte.

El temporal que con repentina furia estalló sobre la barca pesquera fue algo comparable a la tormenta que rugía en las entrañas de su amo, asombrado por el parecido entre Pascualet y Tonet, de lo que apenas empezaba a percatarse. Poseído del odio, deseaba que el mar lo tragase todo hasta no quedar la menor huella de su deshonra. Mas de pronto arrepintióse de haber instigado la pérdida de tantos hombres, y quiso salvar su tripulación siquiera; pero el marino reconoció que habían de perecer todos sin remedio, a la vista de sus parientes y amigos, imposibilitados de auxiliarles. Cuando Tonet intentó ponerse el chaleco salvavidas, su hermano se lo quitó para dárselo al niño, pobre víctima del engaño, a quien solamente pertenecía el derecho de salvación.

Los que esperaban en la punta de la escollera vieron desaparecer la "Flor de Mayo" de la superficie del mar. Con ojos lacrimosos, Dolores y la siñá Tona siguieron el bulto que venía arrastrado por las olas, chocando a cada paso con las filosas rocas. Cuando pudieron alcanzar el cuerpecillo, era ya tarde, y Dolores, hecha una fiera, gritaba:

"—¡Fill meu!... ¡fill meu...!"

Insensible al drama que se desarrollaba ante ella, la "tía Picores", llena de indignación, señalaba a la verdadera culpable de la tragedia: la ciudad.

"¡Que viniesen allí todas las zorras que regateaban al comprar en la Pescadería! ¡Aún les parecía caro el pescado... ¡A duro debía costar la libra!"⁽³⁰⁾

(30) Ibid., p. 190.

IMPRESIONES GENERALES SOBRE "FLOR DE MAYO"

"Flor de Mayo", segunda novela que escribiera Vicente Blasco Ibáñez, es una obra que no deja de mantener el interés en mayor o menor grado a través de toda la narración. Su dinamismo capta de inmediato la atención del lector, aunque después el relato ofrece lugares comunes que disminuyen su intensidad, para aumentar en emotividad y expectación en los capítulos finales.

El Cabañal, barrio de las barracas habitadas por los miserables pescadores, es el escenario de la lucha por la supervivencia de los hombres y mujeres destinados a la servidumbre del traicionero mar y de la aleatoria venta del producto marino. Los personajes principales están concebidos con realismo, siendo tipos regionales y universales a la vez. Mientras que sus intereses y sus actividades se limitan al confín de la industria pesquera, a la que se entregan exclusivamente, sus personalidades son comprensibles y sus móviles básicamente humanos.

Primero el autor plantea el problema material, por así decirlo, o sea la lucha para el sostenimiento del ser corporal. Luego hace gala con mayor amplitud del factor espiritual, o sea la contienda de las pasiones: el amor, los celos, el odio, que conmueven y se apoderan de la conciencia de los actores para convertirlos en víctimas de la tragedia que se desanuda al finalizar la novela.

Jamás en el curso del relato se pierde de vista la región. Las descripciones de la playa, del mar, del mismo Cabañal y hasta de Argel son delineadas con el natural talento de Blasco, quien evidentemente se esmera además por hacerlas lúcidas, hasta para el menos enterado de aquellos parajes.

Como previamente se ha indicado, no se emplea el diálogo; las interjecciones son esporádicas pero oportunas, con el fin de lograr un mayor convencimiento del estado anímico de los personajes. Abundan los cuadros de costumbres para ampliar el conocimiento sobre la existencia de los pescadores, sus viviendas, sus barcas y sus labores. Extraordinarios son los paisajes captados por la aguda sensibilidad del artista, quien magistralmente, y con la paleta pródiga en raros matices, nos transmite sus maravillosas impresiones con pinceladas seguras y bellas. Indudablemente "Flor de Mayo" es la obra de Blasco Ibáñez en que la descripción culmina en colorido.

Es conocedor el novelista valenciano, a un grado máximo, del tema que desarrolla. Este hecho es apreciable no sólo por lo que se refiere a lo externo, sino también por aquello que penetra en el mismo ser, en la verdadera alma de los actores de su drama al revelar su valor y su temeridad, sus intensos sentimientos de amor y de odio —pero sin, paradójicamente, una gran profundidad psicológica. Hay que admirarse de los vastos conocimientos marítimos del autor —muchos de los cuales fueron adquiridos de primera mano, merced a sus frecuentes participaciones en expediciones pesqueras a bordo de las barcas del "bou". Además, informa su biógrafo, Ramón Martínez de la Riva, que sirvió de cómplice en un viaje a Argel para enterarse a fondo de la vida de los contrabandistas. Asimismo, el perspicaz Eduardo Zamacois ha hecho una interesante aseveración acerca de Blasco Ibáñez a este respecto:

"Seguro de que únicamente en lo 'vivido' reside el estremecimiento mago, motivo de toda suprema belleza, de tal suerte que nada que previamente no haya sacudido el temperamento del artista, sea novelista, pintor o músico, puede utilizarse como límpido origen o sólido cimiento de ninguna obra de arte, aplicóse devotamente a pasar por cuanto luego había de servirle de molde a sus libros." (31)

En cuanto a lo lógico del relato, fácil es que la secuencia de los acontecimientos deje al lector satisfecho; es decir que, si bien le

(31) Zamacois, Eduardo, op. cit., p. 15.

sorprende, por lo menos nunca le parece absurdo que un suceso siga al anterior —tal es la verosimilitud con que se va desarrollando la trama. Posiblemente la imperturbabilidad del "Retor", personificado como "el buen samaritano" que se obstina en creer "a priori" en la nobleza de la especie humana, llega a agotar la paciencia. De hecho, es casi increíble que un marido (de sangre latina, además) tan enamorado de su esposa, fuera de tal modo inmune a los celos que atormentan a otros hombres, aun cuando no exista la más leve provocación para ello. Mas cuando apenas empieza a cansar esta exagerada caracterización, la narración toma otra cariz, pues, al comprobar la infidelidad de Dolores, el bonachón se impone a la realidad. El desengaño lo enloquece al punto de querer acabar con todo: los que le hicieron el daño, los que estaban enterados de la infamia, y hasta con su magnífica barca "Flor de Mayo", que había llegado a colmar todo el anhelo de su vida.

A pesar de las monstruosas proporciones que asume la anormalidad del protagonista, Blasco Ibáñez sabiamente lo encauza a la verdad psicológica al manifestar el arrepentimiento del "Retor" cuando éste, ya demasiado tarde, realiza esfuerzos titánicos por salvar las vidas inocentes a bordo del naufragio inminente.

Aun resignándonos a que los pescadores hayan de perder en su desigual lucha con la furia del mar, nos anima y nos llena de optimismo la esperanza de que el pobre chiquillo, inocente producto de los vicios ajenos, se salve de la muerte. Pero no; la inexorable tendencia de nuestro escritor hacia el naturalismo y el realismo cruel y a veces ilógico, le impide llevar los hechos a una terminación feliz. Muy al contrario, como todas las novelas de inspiración regional, ésta acaba con una escena de angustia y desesperación.

Falta página

N° 76

CAPÍTULO V

“LA BARRACA”

Nota previa:

En el prólogo de "La barraca", cuenta Blasco cómo, en una taberna, escondido de las autoridades por haberse comprometido en una manifestación política, inició un cuento intitulado "Venganza moruna", el que dejó olvidado al tener que huir precipitadamente a Italia en 1895. Regresando a España, fue condenado a presidio, aunque tuvieron que libertarlo cuando fue elegido diputado por Valencia.

Fue durante la campaña electoral que Blasco Ibáñez reconoció al tabernero que le había proporcionado refugio, y así quiso la suerte que recobrase el cuento que había de proporcionarle renombre, pues se le ocurrió al autor convertirlo en una novela, a la que puso el título de "La barraca". Mas figura otra circunstancia de buena suerte en esta curiosa historia de un libro. A no ser escogida al azar en una librería por el que había de resultar su traductor, quien deseaba entretenerse mientras esperaba un tren, "La barraca" hubiera pasado inadvertida, ya que no tuvo gran aceptación entre el público hasta que la excelente traducción francesa del Sr. Hérulle del Liceo de Bayona brindó un éxito inaudito para esta excepcional novela regional del entonces todavía desconocido escritor de Valencia.

Dijo Blasco Ibáñez: "Para las gentes amigas de clasificaciones, que una vez encasillan a un autor ya no lo sacan por pereza mental del alvéolo en que lo colocaron, yo seré siempre, escriba lo que escriba, 'el ilustre autor de LA BARRACA'."

V

“LA BARRACA”

El despertar de la vega valenciana es motivo de hondo sentimiento para Blasco Ibáñez, como se aprecia a través de la entusiasta prolijidad con que evoca todos los sonidos propios de los animales, confundidos con los rumores delatadores de la actividad humana con que se inicia el nuevo día. Abarca admirablemente todo el vasto panorama de la huerta, atendiendo a cada aspecto destacado del paisaje:

“Animábanse los caminos con filas de puntos negros y móviles, como rosarios de hormigas, marchando hacia la ciudad. De todos los extremos de la vega llegaban chirridos de ruedas, canciones perezosas interrumpidas por el grito que arrea a las bestias, y de vez en cuando, como sonoro trompetazo del amanecer, rasgaba el espacio un furioso rebuzno del cuadrúpedo paria, como protesta del rudo trabajo que pesaba sobre él apenas nacido el día.

En las acequias conmoviase la tersa lámina de cristal rojizo con chapuzones que hacían callar a las ranas; sonaba luego un ruidoso batir de alas, e iban deslizándose los ánades lo mismo que galeras de marfil, moviendo cual fantásticas proas sus cuellos de serpiente.”⁽¹⁾

Habiendo vendido las hortalizas en el mercado de Valencia, Pepeta, mujer frágil y anémica, volvió a la ciudad con su mal nutrida vaca para vender su insípido líquido, mientras que su fuerte marido, Pimentó, no condescendía todavía a interrumpir su tranquilo

(1) Blasco Ibáñez, Vicente, “La barraca”, p. 21, Editorial Prometeo, México, D. F., 1945.



sueño de "gran señor". Descripciones como la que sigue no requieren nota explicativa alguna:

"Tras los árboles y las casas que cerraban el horizonte asomaba el sol como enorme oblea roja, lanzando horizontales agujas de oro que obligaban a taparse los ojos. Las montañas del fondo y las torres de la ciudad iban tomando un tinte sonrosado; las nubecillas que bogaban por el cielo coloreábanse como madejas de seda carmesí; las acequias y los charcos del camino parecían poblarse de peces de fuego." (2)

En el barrio de Pescadores, Pepeta sorprendió a Rosario, quien hacía años habitaba con su familia en una barraca vecina a la suya. Al quedar huérfana, siguiendo el ejemplo de sus hambrientas hermanas, cedió a la mala vida, de lo que achacaba la culpa al odioso amo de la tierra, don Salvador —lo que no deja de ser paradójico para el que perdió toda una familia.

Mas los amigos supieron vengarse de la injusticia cometida con el bueno del tío Barret. Aún después de diez años, sus tierras permanecían en un estado de abandono total, gracias a la solidaridad de los hortelanos, cuya hostilidad hacía augurar el fracaso del valentón que intentase usurparlas.

Por aquel encuentro, Pepeta se detuvo a contemplar la barraca en cuya tétrica silueta ya no solía reparar, tan acostumbrada estaba a su aspecto ruinoso.

"En el centro de estos campos desolados, que se destacaban sobre la hermosa vega como una mancha de mugre en su manto regio de terciopelo verde, alzábase la barraca, o más bien dicho, caía, con su montera de paja despanzurrada, enseñando por las aberturas que agujerearon el viento y la lluvia su carcomido costillaje de madera. Las paredes, arañadas por las aguas, mostraban sus adobes de barro crudo, sin más que unas ligerísimas manchas blancas que delataban el antiguo enjalbegado. La puerta estaba rota por debajo, roída por las ratas, con grietas que la cortaban de un extremo a otro. Dos o tres ventanillas, completamente abiertas y martirizadas por los vendavales, pendían de un solo gozne, e iban a caer de un momento a otro, apenas soplase una cruda ventolera." (3)

(2) Ibid., p. 25.

(3) Ibid., p. 34.

Repentinamente apareció en el camino un viejo carro cargado de un sinnúmero de artículos domésticos, lo que da lugar a esta curiosa visión cinematográfica:

"...Era la emigración de una familia entera. Tísicos colchones, jergones rellenos de escandalosa hoja de maíz, sillas de esparto, sartenes, calderas, platos, cestas, verdes banquillos de cama, todo se amontonaba sobre el carro, sucio, gastado, miserable, oliendo a hambre, a fuga desesperada, como si la desgracia marchase tras de la familia pisándole los talones. En la cumbre de este revoltijo veíanse tres niños abrazados, que contemplaban los campos con ojos muy abiertos, como exploradores que visitan un país por vez primera." (4)

Al ver dirigirse aquel carro directamente a la desolada barraca del tío Barret, la atónita mujer de Pimentó proclamó la asombrosa nueva, que había de esparcirse como reguero de pólvora por todos los campos a través de la inmensidad de la vega.

* * *

Todo el mundo recordaba cómo el tío Barret había trabajado infatigablemente en esas tierras regadas con el sudor de cinco generaciones de sus antepasados. Cuatro hijas le había mandado Dios al labriego, y ni un macho para colaborar con él en la interminable faena cultivadora. Más aún: tuvo por amo al ogro vejete de don Salvador, cuya voracidad era la pesadilla de toda la huerta. A pesar de afanarse día y noche, el tío Barret no pudo saciar a su verdugo, quien al cabo exigió la desocupación de las tierras.

Habiendo sorprendido el enloquecido tío Barret al propietario, se pormenoriza el encuentro con ese afán naturalista por lo horripilante, característico de nuestro novelista en esta etapa de su obra literaria.

"...Cansada la hoz de encontrar obstáculos, había derribado de un solo golpe una de las manos crispadas. Quedó colgando de los tendones y la piel, y el rojo muñón arrojó la sangre con fuerza, salpicando a Barret, que rugió al recibir en el rostro la caliente rociada.

Vació el viejo sobre sus piernas, pero antes de caer al suelo,

(4) Ibid., p. 36.

la hoz partió horizontalmente contra su cuello, y . . . ¡zas! . . . abrió una profunda hendidura, separando casi la cabeza del tronco.

Cayó don Salvador en la acequia; sus piernas quedaron en el ribazo, agitadas por un pataleo fúnebre de res degollada. Y mientras tanto, la cabeza, hundida en el barro, soltaba toda su sangre por la profunda brecha y las aguas se teñían de rojo, siguiendo su manso curso con un murmullo plácido que alegraba el solemne silencio de la tarde." (5)

Una década había borrado el recuerdo de esa tragedia, pero los campesinos jamás olvidaron la maldición fulminada sobre las tierras que habían de quedar eternamente despobladas, imperando como ejemplo del valor de los pobres para defenderse de los abusos de los ricos.

* * *

Batiste se encontraba en la mayor desgracia, por lo que se vio en la necesidad de aceptar la excelente oferta de arrendamiento de los hijos de don Salvador, a sabiendas de que las tierras estaban "malditas". Los indignados vecinos se asombraron del cielo con que toda la enérgica familia participaba para hacer habitable aquella devastación. La vividez con que Blasco Ibáñez anima a esta curiosa familia se obtiene con el mínimo de vocablos, unos cuantos rasgos de la pluma, que no dejan de revelar sucintos cuadros costumbristas como éste:

"En punto a laboriosos, eran como un tropel de ardillas, no pudiendo permanecer quietos mientras el padre trabajaba. Teresa la mujer y Roseta la hija mayor, con las faldas recogidas entre las piernas y azadón en la mano, cavaban con más ardor que un jornalero, descansando solamente para echarse atrás las greñas caídas sobre la sudorosa y roja frente." (6)

Al ver transformarse la arruinada barraca en una alegre y pulcra vivienda, los envidiosos campesinos se violentaron para que Pimentó atemorizara al extraño. Mas el marido de Pepeta se quedó pasmado ante la altivez con que Batiste afirmó su tenacidad de cosechar su trigo . . . y eso pese a que el anciano pastor, el tío Tomba,

(5) Ibid., p. 64.

(6) Ibid., p. 78.

aconsejándole abandonar aquellos terrenos malditos, le había profetizado:

"Creume, fill meu: ¡te portarán desgrasia!..."

* * *

Desde hacía cinco siglos, el Tribunal de las Aguas se reunía en una puerta de la Catedral de Valencia para ventilar las violaciones concernientes a las acequias de la vega. El cuerpo de mediadores comprendía siete venerables patriarcas cuyo veredicto, por mal fundado que fuera, era sinónimo de ley, ejecutada con el más escrupuloso rigor.

Blasco Ibáñez, divertido ante la solemnidad de esta primitiva institución, observa humorísticamente:

"Mostrábanse orgullosos los huertanos de su tribunal. Aquello era hacer justicia; la pena sentenciada inmediatamente, y nada de papeles, pues éstos sólo sirven para enredar a los hombres honrados." (7)

Al final de un largo desfile de quejosos, compareció ante los jueces Batiste Brull, a quien Pimentó acusaba de violar la acequia, regando a una hora que no le correspondía. El denunciado, aunque incurría en multas por hablar sin permiso, gritó enfurecido: —¡Mentira y recontramentira!—, aseverando que había regado precisamente a la hora estipulada por su adversario, a quien no animaba sino el mal deseo de destruir su cosecha por falta de agua.

Ciego de rabia por las arbitrariedades del Tribunal, Batiste resolvió arriesgarlo todo para asegurar el pan a los suyos. Aquella noche toda la familia trabajó febrilmente para desviar las aguas de la acequia por medio de boquetes que conducían el codiciado líquido a las sedientas tierras de Batiste. Y —cosa curiosa— no hubo reclamaciones por este hurto de las aguas. Sería porque el ladrón había adquirido una magnífica escopeta, de cuya existencia los vecinos ya tenían noticias.

En la ciudad de Valencia, la hija de Batiste trabajaba de hilandera en la fábrica de seda, donde se aplicaba con una diligencia

(7) *Ibid.*, p. 94.

que amortiguaba el desprecio con que la trataban sus compañeras. La soledad que envolvía a Roseta durante todo el día no era tan deprimente como el camino de regreso al crepúsculo, poblado de sombras y rumores desconcertantes.

Mas de esa pesadilla se libró pronto, merced al nieto del tío Tomba, quien empezaba a acompañarla todas las tardes hasta su barraca. Como las demás figuras de esta novela ejemplar, la de Tonet está gallardamente dibujada en su excesiva timidez, que no le permite más conversación que un tembloroso, avergonzado "bóna nit".

Roseta es el retrato de la muchacha normal a los diez y seis años, quien al experimentar el amor empieza a contemplarse en el espejo, como si se admirara a través de los ojos del que ama. Por lo demás, el novelista ofrece detalles interesantes y muy peculiares de la región al describir esta joven hortelana:

"Y como si fuera una gala nueva que veía por primera vez, metióse por la cabeza con gran cuidado, cual si fuese de sutí'es blondas, la saya de percal de todos los domingos. Luego se apretó mucho el corsé, como si no le oprimiese aún bastante aquel armazón de altas palas, un verdadero corsé de labradora, que aplastaba con crue'dad el naciente pecho, pues en la huerta valenciana es impudor que las solteras no oculten los seductores adornos de la Naturaleza, para que nadie pueda pecaminosamente suponer en la virgen la futura maternidad." (8)

Un domingo al salir la novia por agua, encontró un amontonamiento de muchachas en la fuente, las cuales, tras haber llenado sus cántaros, permanecían allí a chismear. Demuestra el escritor valenciano su penetración psicológica de la juventud femenina al hacer la siguiente observación, que también encierra una alusión costumbrista:

"Era una reunión de gorriones revoltosos. Todas hablaban a un tiempo; unas se insultaban, otras iban despellejando a los ausentes haciendo públicos todos los escándalos de la huerta. La juventud, libre de la severidad paterna!, se desprendía del gesto hipócrita fabricado para la casa, y se mostraba con toda la acometividad de una rudeza falta de expansión. Aquellos ángeles morenos, que

(8) Ibid., p. 131.

tan mansamente cantaban gozos y letrillas en la iglesia de Alboraya al celebrarse las fiestas de las solteras, enardecíanse a solas y matizaban su conversación con votos de carretero, hablando de cosas internas con el aplomo de una comadrona." (9)

Roseta no ignoraba la concentrada malicia del grupo en contra suya, pero no previó el peligro de que todas las muchachas la agrediesen a la vez para dejarla descalabrada. ¡Con qué prodigio evoca Blasco Ibáñez escenas vívidas en esta incomparable obra! Unas cuantas líneas bastan para producir una sugestiva imagen de lozano claridad.

"¡Sangre!. . . Fué como una pedrada en un árbol cargado de pájaros. Salieron todas corriendo en diversas direcciones, con los cántaros en la cabeza, y al poco rato no se veía en las cercanías de la fuente de la Reina más que a la pobre Roseta, con el pelo suelto, las faldas desgarradas, la cara sucia de polvo y sangre, caminando llorosa hacia su casa." (10)

Los padres de la infeliz se angustiaron al darse cuenta de que las mezquinas envidias humanas hubieron de hacerles la vida insupportable hasta a sus inocentes hijos.

* * *

"Nunca el saber se vió peor alojado; y eso que, por lo común, no habita palacios." (11)

En una destartallada y sombría barraca, escasamente amueblada, había un solo adorno flamante:

"...la lengua caña que el maestro tenía detrás de la puerta, v que renovaba cada dos días en el cañaveral vecino, siendo una felicidad que el género resultase tan barato, pues se gastaba rápidamente sobre las duras y esquiladas testas de aquellos pequeños salvajes." (12)

Destácase una nota humorística tan amena, tan sutilmente intercalada en esta trágica lucha por la supervivencia. Se transparen-

(9) Ibid., p. 142.

(10) Ibid., p. 147.

(11) Ibid., p. 149.

(12) Ibid., p. 150.

ta la genialidad así como la sencillez del novelista que le caracterizan en toda esta fase de sus creaciones literarias sobre el Levante. La escuela no alardeaba más que de tres libros, los que venían sobrando en el anticuado método de la enseñanza a base de repetición. A través de la puerta escolar invariablemente penetraba el coro de voces infantiles desentonando aburridamente la lección del día:

"Y los gorriones, los pardillos y las calandriás, que huían de los chicos como del demonio cuando los veían en cuadrilla por los senderos, posábanse con la mayor confianza en los árboles inmediatos, y hasta se paseaban con sus saltadoras patitas frente a la puerta de la escuela, riéndose con escandalosos gorjeos de sus fieros enemigos al verlos enjau'ados, bajo la amenaza de la caña, condenados a mirarlos de reojo, sin poder moverse y repitiendo un canto tan fastidioso y feo."⁽¹³⁾

La distinción del maestro de la escuela consistía en que lucía corbata, prenda que delataba su vasta experiencia del "mundo", por lo que los campesinos le trataban con cierta deferencia. Don Joaquín se empeñaba en instruir a sus semi-desnudos salvajes con desmesurada urbanidad, llamando a cada quien "señor", al mismo tiempo que les hablaba únicamente en castellano, aunque a menudo no le entendían. Don Joaquín, personaje breve, pero a la vez íntegramente esbozado, solía advertir a sus temblorosos discípulos:

"—Son ustedes unas bestias. Me oyen como si les hablase en griego. ¡Y pensar que les trato con toda finura, como en un colegio de la ciudad, para que aprendan ustedes buenas formas y sepan hablar como las personas!. . . En fin, tienen ustedes a quien parecerse: son tan brutos como sus señores padres, que ladran, les sobra dinero para ir a la taberna, e inventan mil excusas para no darme el sábado los dos cuartos que me pertenecen."⁽¹⁴⁾

O bien les advertía esta incomparable figura de la "erudición":

". . . Sin mí, ¿qué serían ustedes? Unas bestias, y perdonen la palabra: lo mismo que sus señores padres, a los que no quiero ofender. Pero con la ayuda de Dios, han de salir ustedes de aquí como

(13) Ibid., p. 151.

(14) Ibid.

personas cumplidas, sabiendo presentarse en cualquier parte, ya que han tenido la buena suerte de encontrar un maestro como yo. . ." (15)

A la hora de marcharse a sus casas, los tres hijos de Brull procuraban quedarse a la zaga de los demás muchachos para evitar sus improperios. Aun así no pasaba día en que los pequeños hortelanos no provocaran pelea con los odiados hermanos. Una tarde fatal, los compañeros de escuela, tan implacables enemigos como sus padres, arrojaron al niño Pascualet a unas pestíferas aguas estancadas.

* * *

La familia entera de Batiste estuvo condenada... hasta el inocente del pequeño que sucumbía sin remedio a la fiebre. Para colmar la desgracia, su viejo caballo murió. Cítase la ingeniosa personificación de éste, la que demuestra la ternura con que Blasco trata a los animales en este libro sentimental:

"Se portó como persona honrada en la época peor. . . cuando el pasto no era mucho y el trabajo abrumante. Y ahora que frente al ventanuco de la cuadra se extendía un gran campo de hierba fresca, erguida, ondeante, toda para él; ahora que tenía la mesa puesta, con aquel verde y jugoso mantel que olía a gloria; ahora que engordaba, se redondeaban sus ancas puntiagudas y su dorso nudoso, moría de repente, sin saber de qué, tal vez en uso de su perfecto derecho al descanso, después de sacar a flote la familia." (16)

Como ya se ha destacado que el novelista valenciano prescindía del diálogo en esta obra levantina, se transcribe, como mejor muestra de esta tendencia, el siguiente pasaje, tan expresivamente patente de los sentimientos personales:

"... ¡Señor, que la engañasen sus presentimientos de madre dolorosa; que fuese sólo este sufrido animal el que se iba: que no se llevase sobre los lomos al pobre chiquitín camino del cielo, como en otros tiempos le llevaba por las sendas de la huerta agarrado a sus crines, a paso lento, para no derribarlo!" (17)

(15) Ibid., p. 155.

(16) Ibid., p. 175.

(17) Ibid., p. 177.

Batiste fue a la ciudad para hacerse de otro rocín. A la entrada de Valencia se capta un interesante cuadro típico al evocar las humildes peluquerías de "cara al sol":

"... Un par de sillones con asiento de esparto y brazos pulidos por el uso, un anafe en el que hervía el puchero del agua, los paños de dudoso color y unas navajas melladas, que arañaban el duro cutis de los parroquianos con rascones espeluznantes, constituían toda la fortuna de estos establecimientos al aire libre." (18)

Bien que se aprecia esa dote del autor de "La barraca" del humor sutil, refrescante en medio de la tensión dramática del relato:

"A los que se sentaban en el sillón de los tormentos pasábanles un pedazo de jabón de piedra por las mejillas, y frota que frota, hasta que levantaba espuma. Después venía el navajeo cruel, los cortes, que aquantaba firmemente el cliente con la cara manchada de sangre. Un poco más allá sonaban las enormes tijeras en continuo movimiento, pasando y repasando sobre la redonda testa de algún mocetón presumido, que quedaba esquilado como un perro de aguas; el colmo de la elegancia: larga greña sobre la frente y la media cabeza de atrás cuidadosamente rapada." (19)

Las páginas dedicadas al regateo del rocín constituyen un curioso estudio psicológico de la práctica latina respecto a los mercados. La terquedad con que tanto el comprador como el vendedor se aferran al precio que cada uno juzga equitativo ofrece una escena repleta de pormenores divertidos.

* * *

El pequeño estaba moribundo. En contraste con el cuadro anterior, humorístico y animado bajo el sol de mediodía, el versátil Blasco Ibáñez produce otro lienzo, inmóvil y sombrío, a base de artificiosas pinceladas que logran a su vez el efectivo claroscuro; es, quizás, de toda la obra levantina la escena más melancólica, conmovedora en grado extremo:

"El chico se moría: bastaba verlo para convencerse. Batiste al entrar en el *estudi* e inclinarse sobre la cama, se agitó con un estremecimiento de frío, algo así como si acabase de soltar un cho-

(18) Ibid., p. 178.

(19) Ibid., p. 178.

ro de agua por la espalda. El pobre. . . apenas si se movía: únicamente su pecho continuaba agitándose con penoso estertor. Sus labios tomaban un tinte violáceo; sus ojos casi cerrados dejaban entrever un globo empañado e inmóvil. Eran unos ojos que ya no miraban, y su morena carita parecía ennegrecida por misteriosa lobreguez, como si sobre ella proyectasen su sombra las alas de la muerte. Lo único que brillaba en su cabeza eran los pelitos rubios, tendidos sobre las almohadas, y en esta madeja rizosa quebrábase con extraña luz el resplandor del candil." (20)

Como factor culminante de tanta catástrofe, los malhechores de sus vecinos hirieron al nuevo rocín de Batiste. El labriego, estupefacto por el desencadenamiento de desgracias, no pudo más que llorar como un niño, en lo que le sorprendió el anciano pastor, profeta de toda la desventura que había de azotar aquellas tierras reconcentradas de odio. ¡Que se marchasen de allí de donde no cosecharían más que "frutos de maldición"!

La muerte del hijito del intruso conmovió toda la vega, ocasionando gran remordimiento entre los campesinos por sentirse indirectamente responsables de la tragedia; de modo que repentinamente empezaron a aproximarse a la barraca para llorar a Pascualet. La mujer de Pimentó, quien por su propia esterilidad más deploró la pérdida de la criatura, fue la que se encargó del meticuloso arreglo del hermoso "albaet".

Se reproducen las siguientes líneas, ejemplares no tanto del naturalismo que pretende impresionar por medio de un realismo ofensivo, sino del sentimentalismo que tanto caracteriza a nuestro autor en esta novela.

"Lentamente, con mimo maternal, fué amortajado el cadáver. Oprimía el cuerpecillo frío contra su pecho con arrebatos de estéril pasión, introducía en la mortaja los rígidos bracitos con escrupuloso cuidado, como fragmentos de vidrio que podían quebrarse al menor golpe, y besaba sus pies de hielo antes de acoplarlos a tirones en las sandalias.

. . . La piadosa mano de Pepeta, empeñada en tenaz batalla con la muerte, tiñó las pálidas mejillas con rosado colorete; la boca del muertecito, ennegrecida, se reanimó bajo una capa de encen-

(20) Ibid., p. 192.

ido bermellón; pero en vano pugnó la sencilla labradora por abrir desmesuradamente sus flojos párpados. Volvían a caer, cubriendo los ojos mates, entelados, sin reflejo, con la tristeza gris de la muerte.

¡Pobre Pascualet! . . . Con su guirnalda extravagante y su cara pintada estaba hecho un mamarracho. Más ternura dolorosa inspiraba su cabecita pálida, con el verdor de la muerte, caída en la almohada de su madre, sin más adornos que sus cabellos rubios." (21)

En verdad hay que reconocer que el diálogo no hace falta en este libro, ya que unas cuantas palabras crean un cuadro como éste que encierra la infinita desesperación que acompaña la muerte. Se dice de la madre del niño:

"Ya no lo vería más: un beso. . . otro. Y la cabeza, cada vez más fría y livida a pesar del colorete, moviase de un lado a otro de la almohada, agitando su diadema de flores, entre las manos ansiosas de la madre y de la hermana, que se disputaban el último beso." (22)

En este tierno episodio, tan impregnado de bellas imágenes, producto de la gran sensibilidad del artista, abundan las figuras literarias, de las cuales cabe destacar algunas. En el párrafo que sigue, por ejemplo, Blasco apropiadamente atribuye cualidades humanas a la Naturaleza:

"¡Bien emprendía el pobre "albaet" el camino del cielo de los inocentes! La vega, desperezándose voluptuosa bajo el beso del sol primaveral, envolvía al muertecito con su aliento oloroso, lo acompañaba hasta la tumba, cubriéndolo con impalpable mortaja de perfumes. Los viejos árboles, que germinaban con una savia de resurrección, parecían saludar al pequeño cadáver agitando bajo la brisa sus ramas cargadas de flores. Nunca la muerte pasó sobre la tierra con disfraz tan hermoso." (23)

El haber conquistado por fin la buena voluntad de los hortelanos hubiera impresionado más a Batiste si pudiera olvidar cuánto le había costado. Por lo contrastante que resulta con las alusiones

(21) Ibid., p. 211.

(22) Ibid., p. 216.

(23) Ibid., p. 219.

a la belleza de la muerte —pues según la precitada acotación: "Nunca la muerte pasó sobre la tierra con disfraz tan hermoso"—, se hace referencia a las reverberaciones mentales del padre del difunto. La fuerza del realismo vuelve a imponerse sobre la poca ilusión que pueda restar en la vida, que es, paradójicamente, la muerte.

"Y al tener de repente la visión clara de su desgracia, al pensar en el pobre Pascualet, que a tales horas estaba aplastado por una masa de tierra húmeda y hedionda, rozando su blanca envoltura con la corrupción de otros cuerpos, acechado por el gusano inmundo, él, tan hermoso, como aquella piel fina por la que resbalaba su callosa mano, con sus pelos rubios que tantas veces había acariciado, sintió como una oleada de plomo que subía y subía desde el estómago a su garganta." (24)

* * *

Toda la vega se regocijaba por la desbordante abundancia de la fecha de San Juan. Vicente Blasco Ibáñez, en su faceta de cantor de la provincia, es elocuente y conciso al propio tiempo que crea con prolijidad imágenes figurativas:

"El espacio vibraba de luz y de calor. Un sol africano lanzaba torrentes de oro sobre la tierra, resquebrajándola con sus ardorosas caricias. Sus flechas de oro deslizábanse entre el follaje, todo de verdura bajo el cual cobijaba la vega sus rumorosas acequias y sus húmedos surcos, como temerosa del calor que hacía germinar la vida por todas partes."

Los árboles mostraban sus ramas cargadas de frutos. Doblegábanse los nispereros con el peso de los amarillos racimos cubiertos de barnizadas hojas; asomaban los albaricoques entre el follaje como rosadas mejillas de niño; . . . y en los jardines, por encima de las tapias, exhalaban los jazmines su fragancia azucarada, y las magnolias, como incensario de marfil, esparcían su perfume en el ambiente ardoroso impregnado de olor de mies." (25)

Los símiles y las metáforas —que realzan la belleza de la descripción por su toque plástico— están ideados con discreción, al par que las personificaciones de las cosas naturales, que, como ya se

(24) Ibid., p. 221.

(25) Ibid., p. 224.

ha apuntado, contribuyen a amenizar el fondo patético de la narración:

“Las hoces relampagueantes iban tonsurando los campos, echando abajo las rubias cabelleras de trigo, las gruesas espigas, que, apopléticas de vida, buscaban el suelo, doblando tras ellas las delgadas cañas.”⁽²⁶⁾

Aun en la familia de Batiste se reflejaba el bienestar a consecuencia del descomunal rendimiento de sus tierras “malditas”, fertilísimas tras diez años de permanecer incultas. Por fin se hallaban afianzados en aquel paraíso de la plenitud.

“Vicente Blasco Ibáñez, nuestro antiguo amigo, —*escribió Azorín*— ha pintado soberbiamente la tierra valenciana. Tiene el estilo de Blasco Ibáñez la luz y claridad del Mediterráneo; es fuerte, lleno, coloreado, plástico. ¿Pasará alguna vez el Mediterráneo? ¿Vencerá alguna vez en el arte la lobreguez y la incoherencia a la claridad, el orden y la lógica? El Mediterráneo es eterno. Blasco Ibáñez tiene en su prosa la luminosidad mediterránea. A lo largo de sus novelas, el autor de “La barraca” ha ido describiendo con enérgicos trazos el paisaje valenciano.”⁽²⁷⁾

Y cita Azorín los siguientes renglones descriptivos de “La barraca” en tributo al valenciano y al esplendor de la vega estival. (Percíbense los diversos rumores que matizan el colorido panorama de modo que su grata presentación resulta completa):

“En todas las casas se observaba rigurosamente la fiesta del domingo, y como había cosecha reciente y no poco dinero, nadie pensaba en contravenir el precepto. No se veía un solo hombre trabajando en los campos, ni una caballería en los caminos. Pasaban las viejas por las sendas con la reluciente mantilla sobre los ojos y una silleta en un brazo, como si tirase de ellas la campana que volteaba lejos, muy lejos, sobre los tejados del pueblo. En una encrucijada chillaba persiguiéndose un grupo numeroso de niños; sobre el verde de los ribazos destacábanse los pantalones rojos de algunos soldaditos que aprovechaban la fiesta para pasar una hora en sus casas. Sonaban a lo lejos, como una tela que se rasga, los

(26) Ibid.

(27) Azorín, “El paisaje de España visto por los españoles”, p. 116, Espasa-Calpe Argentina, S. A., Buenos Aires, 1943.

escopetazos contra las bandas de golondrinas que volaban a un lado y a otro en contradanza caprichosa, silbando agudamente, como si rayasen con sus alas el cristal azul del cielo; zumbaban sobre las acequias las nubes de mosquitos, casi invisibles, y en una alquería verde, bajo el añoso emparrado, agitábanse como una amalgama de colores faldas floreadas, pañuelos vistosos. La dormilona cadencia de las guitarras parecía arrullar a un cornetín chillón que iba lanzando a todos los extremos de la vega, dormida bajo el sol, los morunos sonos de la jota valenciana." (28)

Convencido de que merecía distraerse siquiera un día al año, Batiste se animó a presentarse en la taberna de Copa, donde celebraban la gran apuesta de Pimentó con los hermanos Terrerola. Hasta al serio de Batiste no dejaba de atraerle el jocoso cuadro de los tres jugadores de truco después de dos días y dos noches de beber aguardiente. Se le notaba a Pimentó la embriaguez, por lo que sus amigos le aconsejaron que tuviera cuidado, ya que no tenía con qué pagar la apuesta ahora que la dueña de las tierras le exigía el arrendamiento. Antes, cuando los demás iban a Valencia a pagar el semestre a los amos, Pimentó únicamente iba a exponer su insolvencia, con que solía simultáneamente exhibir una navaja grande, impresionante instrumento para hacer un cigarrillo. Al cabo de innumerables entrevistas de esta índole, la intranquila doña Manuela le suplicó no molestarse en regresar.

Mas ahora la señora de Pajares no mostraba ningún temor de su arrendatario al exigir el pago incondicional de los campos. En suma: tras diez años de intimidación, los amos, confiados por la resurrección de las tierras del tío Barret, se vengaban de los indefensos hortelanos.

El intruso, todos los ojos inflamados por el alcohol clavados en él, sintió una repentina bofetada propinada por Pimentó. Este apasionante episodio lleno de tensa expectación, tan hábilmente desenvuelto por el innato novelista —quien por lo demás manifiesta una asombrosa compenetración psicológica de sus rudos personajes— alcanza su pináculo cuando, de un taburetazo, Batiste rompe la cabeza de su contrincante.

(28) "La barraca", p. 231.

La familia de Batiste se hallaba peor que antes de la muerte de Pascualet, volviéndose a encerrar en la barraca, recelosa de la venganza de los vecinos. Únicamente el padre salía, pero siempre acompañado de su fiel camarada, la escopeta. Aún así, un anoche, Pimentó lo acechó, hiriéndolo de un escopetazo, por lo que el herido, en defensa propia, tiró a su agresor y ocasionó su muerte.

Se suponía que los de Pimentó, en vez de denunciar el crimen a las autoridades, se vengarían de él por su propia cuenta. Al decir que "Batiste no sabía qué temer más, si la justicia de la ciudad o la de la huerta", se infiere lo insidioso que pudiera ser la "venganza moruna" (expresivo título del cuento que no llegó al público y cuyo tema fue aprovechado para esta novela).

Lo vívido del climax de la narración está realzado por la diafanidad de imágenes, las cuales —encima de la rigurosa realidad que impera en toda la novela— producen la sensación de fantasía por el alto grado de colorido y dinamismo que encierran. Como en pocas ocasiones, Blasco Ibáñez hace gala de su admirable dote de fuerza dramática al redondear los acontecimientos con una sorprendente vertiginosidad.

Aquella noche los vengativos campesinos prendieron fuego a la barraca de los desdichados extraños. ¡Qué maravilla de pródiga imaginación inspira al autor la descripción de la tragedia!

"...Una barraca arde pronto; la paja y las cañas aman el fuego. La techumbre se vino abajo estruendosamente, aquella erguida techumbre que los vecinos miraban como un insulto, y del enorme brasero subió una columna espantosa de chispas, a cuya incierta y vacilante luz parecía gesticular la huerta con fantásticas muecas.

Las paredes del corral temblaban sordamente, cual si dentro de ellas se agitase dando golpes una legión de demonios. Como ramilletes de fuego saltaban las aves, e intentaban volar ardiendo vivas.

Se desplomó un trozo del muro hecho de barro y estacas, y por la negra brecha salió como una centella un monstruo espantable. Arrojava humo por las narices, agitando su melena de chispas, batiendo desesperadamente su rabo como una escoba de fuego, que esparcía hedor de pelos quemados.

Era el rocín. Pasó con prodigioso salto por encima de la familia, galopando furiosamente a través de los campos. Iba instintivamente en busca de la acequia, y cayó en ella con un chirrido de hierro que se apaga.

Tras él, arrastrándose cual un demonio ebrio y lanzando espantables gruñidos, salió otro espectro de fuego, el cerdo, que se desplomó en medio del campo, ardiendo como una antorcha de grasa.' (29)

El siniestro despojó a los de Batiste de todo bien material y espiritual, pues las volátiles llamas acabaron en un instante con todas las ilusiones que les habían aguijoneado a obstinarse en aquel abominado pedazo de tierra, del cual habían soñado forjar una vida fructífera. Sabiamente afirma el valenciano:

“Estaban más solos que en medio de un desierto; el vacío del odio era mil veces peor que el de la Naturaleza.” (30)

Por fin se marchaba el intruso con un hijo menos, el que se quedaba en sacrificio a la indócil vega y en memoria de los infaustos intentos de un padre honrado para sostener la cruenta batalla contra el Hambre y —más intransigente— el monstruo de la Ignorancia de sus semejantes, si buenos en el fondo, bestialmente inconscientes de sus actos.

(29) Ibid., p. 285.

(30) Ibid., p. 287.

Falta página

N° 96

IMPRESIONES GENERALES SOBRE "LA BARRACA"

"La barraca": título sencillo, totalmente incapaz de expresar el apasionante drama que entraña. Mas la acción de la novela es, en realidad, tan simple como sugiere su título, puesto que se limita enteramente a las vicisitudes de una desafortunada familia que procura conquistarse un medio de vida en la vega valenciana.

Constituye un noble esfuerzo más de Vicente Blasco Ibáñez el describir otro sector social de la región de Valencia, ya que ha presentado un cuadro gráfico de la vida citadina en "Arroz y tartana"; ha transmitido el aroma del ambiente marítimo en "Flor de Mayo"; y ahora ha hondeado con perspicacia una fase de la vida de la huerta en "La barraca".

Podría considerarse este libro como una experiencia impresionante adquirida por uno mismo, puesto que está escrito con un empuje tan realista que el lector siente vivir la novela, tanto le penetra la atmósfera creada con tanta verosimilitud por la habilidad del autor. La sencillez de su técnica literaria transparenta la misma viril personalidad del artista. En "La barraca" Blasco Ibáñez es innegablemente el autor popular, quien escribe expresamente para la plebe, al preferir un lenguaje y un estilo que las masas pueden captar con prontitud. Y sin embargo esta inusitada novela ha llamado la atención, al fin, de todas las clases sociales de numerosos países por su grandeza épica.

Mas Batiste no es un héroe al estilo de esos favorecidos que tienen en su poder superar la adversidad, sino una figura patética, trágicamente impotente para la lucha por la vida. En "La Barraca", libro naturalista por excelencia del valenciano, los personajes no son los dueños absolutos de sus actos, ni los forjadores de su destino,

sino que obran impulsados por una fuerza superior a su voluntad. La base principal de la trama es el Hambre, lo que motiva tanto los odios y las envidias de los hortelanos, como la imprudencia de nuestro héroe de perseverar en una empresa que le había de resultar fatal.

El elemento más sobresaliente de la narración es su intensidad emocional. Por lo demás, la acción es movida, pese a que transcurre en un escenario muy limitado. "La Barraca" no es tanto un relato de hechos como de ideas. De los personajes, por ejemplo, apenas se percibe una noción relativa de su fisonomía, por el hecho de que están delineados a grandes rasgos, sin mayor precisión. Batiste, su mujer, sus hijos, Pepeta y Pimentó, todos los verá cada lector como quiera, forjándose los respectivos tipos en su imaginación, hasta tal vez relacionarlos con individuos de carne y hueso por él mismo observados. Esta negligencia de parte de nuestro autor —bien que sea intencional— contribuirá a reforzar el realismo en cuanto a las creaciones de sus personajes.

La inmensidad de lo abstracto —la maldad de los hombres, unida a la crueldad del destino— absorbe una multitud de pormenores que el novelista opta por ignorar. Sin embargo, no por eso deja de detallar como cuando, por ejemplo, se desvive por prodigarse en la super-sentimental descripción de la muerte del niño Pascualet, con el obvio fin de enternecer al lector, a quien se diría quiere Blasco Ibáñez provocar a fuerza las lágrimas.

Lo cierto es que a través de la narración surgen diversos sentimientos, ora de *ternura* hacia los animales, los pájaros, y sobre todo —y en todos estos libros— hacia los niños; ora de *indignación* por el egoísmo de los hombres; y finalmente de *lástima* por la futilidad de los esfuerzos de la pobre familia delineada, anuladas todas sus aspiraciones por hacerse de un pequeño lugar en un mundo frío e impersonal, hostil e incomprensible.

Como en ninguna de las otras novelas regionales de Blasco Ibáñez, "La barraca" pone de relieve esa exquisita habilidad de su autor de transmitir los sentimientos íntimos de los principales actores de una manera objetiva, además de personificar con palpitante rea-

lidad las cosas de la Naturaleza; verbigracia, las "sedientas tierras" de Batiste que parecen ostentar bocas para suplicar, y luego apurar ávidamente el agua de la acequia; o bien los burlones pajarillos que atalayan a los escolapios, esclavizados a sus repeticiosas "canciones" gramaticales. Como éste, hay otros cuadros que denotan una ingenuidad casi infantil, como el que ofrece la simpática personificación del viejo caballo que muere precisamente cuando hubiera de descansar tras largo y penoso servicio. Encarna una especie de humorismo tierno, patético, sentimental, que produce aquella emoción comunicativa tan propia de toda la narración.

Ante todo, la prosa de "La barraca" se caracteriza por su afable naturalidad de estilo y su fluidez de narración. Por otra parte, a través de la obra levantina no luce Vicente Blasco Ibáñez cualidades de prosista exquisito. No lo quiso ser, y principalmente en "La barraca" se percibe aquella nota natural de la que tanto alardea el maestro, quien se imponía la "difícil facilidad" de composición.

La fluidez natural del drama se acopla felizmente con la diáfanaidad y lógica de la relación. Acerca de la sencillez de la modalidad de expresión —siempre desembarazada de conceptos y estructuras complejos— admira uno cómo el elemento de simplicidad está apropiadamente relacionado con la mentalidad y la vida en general de los actores del drama; cómo, para decirlo de otro modo, el candor del estilo responde ingeniosamente al medio ambiente descrito. Igualmente viene acentuando este mismo efecto, la tendencia del valenciano a salpicar la narración de exclamaciones que, sin ser proferidas directamente por los personajes, provienen de ellos de una manera muy espontánea y natural.

Los cuadros de costumbres, bien que no aparecen con profusión, son estampas de la vida real por su fondo psicológico, que resalta con mayor evidencia en el capítulo sobre la primitiva escuela campestre, y en el episodio dedicado al mercado de animales. Tanto el maestro don Joaquín, como el gitano vendedor de caballos están retratados de un modo sobremanera convincente.

Asimismo, Blasco Ibáñez siente íntimamente el pulso del campesino moruno con una perspicacia psicológica que por lo demás bien podría considerarse aplicable a la conducta humana en general. Por ejemplo, en lo referente al remordimiento de los hortelanos por la muerte de Pascualet, se reconoce una reacción perfectamente humana y lógica; no llama la atención mayormente. Mas, pasando el tiempo, cuando, arraigada por fin en las tierras "malditas", la familia gozaba de una relativa victoria —tras haber domado no sólo el salvajismo de la Naturaleza, sino de los hombres— entonces la pasión africana, intensificada aún más por el celo de venganza, surgió para aniquilar en definitiva la menor ilusión de nuestro desdichado héroe, al incendiar su humilde pero muy amada barraca.

Esta última catástrofe ya no la presiente el lector. Resulta incongruente con las creencias que admiten un Dios benévolo, que obra con justicia castigando a los malos y premiando a los buenos. Sin embargo, por contrario que sea a todo lo que se anhela como ideal en la vida, aunque repugne subrayarlo, hay tamañas injusticias que en este mundo no se sancionan.

"La barraca" viene siendo una síntesis de toda la desesperación humana frente a una interminable lucha para sobrevivir, ya sea en la ciudad, en el mar o en el campo, puesto que donde existen concentraciones de seres humanos, suele arder el fuego del odio, alimentado por el propio egoísmo del hombre: motivo tanto de feudos mezquinos como de guerras mundiales.

CAPÍTULO VI

"ENTRE NARANJOS"

Falta página

N° 102

VI

“ENTRE NARANJOS”

PRIMERA PARTE

Procedente de Madrid, llegó el joven diputado Rafael Brull a Alcira, vieja ciudad construida sobre una isla en medio del río Júcar. El distrito de Alcira llevaba treinta años de dominación por la familia de Brull, encabezada actualmente por la viuda de don Ramón, a cuya enérgica autoridad y sabia previsión debía el hijo su reciente éxito político.

Pese a las advertencias de su madre, Rafael, obsesionado por un incontrolable deseo, se encaminó hacia la soñada casa azul, donde encontraría a la bella cantante de los ojos verdes, con quien, aunque nadie lo creía, no gozaba más que una amistad como la que celebran los hombres entre sí.

Se descubre el árbol genealógico del protagonista arraigado por don Jaime, quien lanzó el primer ímpetu al creciente renombre de los Brull. Astuto usurero, se aprovechó de la ignorancia, inevitable lastre de la miseria humana, hasta apoderarse de varios terrenos y de una casa señorial.

Pero su robusto hijo Ramón fue el que, por su gran fuerza corporal, pudo imponer el respeto que faltaba a la familia, y que ni el dinero había impuesto. Por añadidura, el conveniente enlace de Ramón con Bernarda repercutió en el logro de más huertos, así como en la valiosa adquisición de una mujer tan parsimoniosa como fea y flaca. Sin embargo, tanto el padre como el hijo estaban desprovistos de toda cultura, y este anhelo vino a cumplirse en el nieto

Rafael, al realizar la ilusión de la familia cuando terminó la carrera de leyes.

El tono irónico con que está matizada esta parte de la narración se aprecia generalmente por los breves comentarios humorísticos, como éste en que se refiere a la muerte del padre de Rafael:

"... Lanzó su última tos, sonaron quejumbrosamente todas las campanas de la ciudad, salió con una orla negra de a palmo el semanario del partido, y de todo el distrito llegó la gente como en procesión, para ver si el cadáver del poderoso don Ramón Brull, que sabía detener o acelerar el curso de la justicia en la tierra, se pudría lo mismo que los despojos de los demás hombres." (1)

El joven diputado solía huir del Casino de sus partidarios para contemplar el paisaje de la llanura. Blasco Ibáñez convenientemente evoca el recuerdo de un viaje de Rafael a Italia para así justificar un comentario sobre el ascético paisaje de las montañas de Asís en contraste con el exuberante panorama dominado desde una eminencia en Valencia. Urdiendo las huidas bohemias de Rafael, el autor hábilmente crea un medio propio para dar rienda libre a magníficos pasajes descriptivos, como el que sigue, tan salpicado de variados colores como animado, también, por la sugestión de movimiento sutil y gracioso:

"En el inmenso val'e, los naranjales como un oleaje aterciopelado; las cercas y vallados, de vegetación menos oscura, cortando la tierra carmesí en geométricas figuras; los grupos de palmeras agitando sus surtidores de plumas, como chorros de hojas que quisieran tocar el cielo, cayendo después con lánguido desmayo; *villas* azules y de color de rosa entre macizos de jardinería; blancas alquerías casi ocultas tras el verde bullón de un bosquecillo; las altas chimeneas de las máquinas de riego, amarillentas como cirios con la punta chamuscada; Alcira, con sus casas apiñadas en la isla y desbordándose en la orilla opuesta, toda ella de un color mate de hueso, acribillada de ventanitas, como roída por una viruela de negros agujeros. Más allá, Carcagente, la ciudad rival, envuelta en el cinturón de sus frondosos huertos; por la parte del mar, las montañas angulosas, esquinadas, con aristas que de lejos semeja-

(1) Blasco Ibáñez, Vicente, "Entre Naranjos", p. 27. Editorial Tor, Buenos Aires, 1942.

ban los fantásticos castillos imaginados por Doré; y en el extremo opuesto, los pueblos de la Ribera alta flotando en los lagos de esmeralda de sus huertos, las lejanas montañas de un tono violeta, y el sol que comenzaba a descender como un erizo de oro, resbalando entre las gasas formadas por la evaporación del incesante riego." (2)

A través del sentimiento del joven, Blasco canta nostálgicamente un trozo histórico, algo romántico, sobre la región. El convento de Murta, por ejemplo, le evoca toda la tragedia de la Reconquista; le recuerda con melancolía la cultura de la elegante corte valenciana, aniquilada por la terrible llegada de los salvajes almogáveres, autores de la destrucción de los primeros valencianos.

"... Y como banda de fantasmas, encorvados sobre sus caballos pequeños, nerviosos, finos, que parecían volar con las patas rectas, arrojando humo por las narices, Rafael veía pasar al pueblo valenciano, a los moros, vencidos y debilitados por la abundancia del suelo, huyendo al través de los jardines, empujados por los invasores brutales e incultos, para ir a sumirse en la eterna noche de la barbarie africana." (3)

Unos cuantos párrafos dedicados al panorama de la región, como una contemplación apasionada de su lejano pasado, sirven de preludeo al primer encuentro de Rafael y Leonora. No obstante su aptitud para pintar con magnificencia los paisajes de la Naturaleza, el valenciano no se muestra inferior en sus descripciones de las mujeres. Aquella apreciación de la hermosura femenina le facilita hacer la silueta de Leonora, momentáneamente de espaldas:

"... aquella nuca rematada por la apretada cabellera rubia, como una cimera de oro, el cuello blanco, redondo, carnoso; la espalda amplia y esbelta, oculta bajo una blusa de seda azul, adelgazando sus líneas rápidamente en el talle y ensanchándose después, para marcar el contorno de las caderas bajo la falda gris ajustada en armónicos pliegues como los paños de una estatua, y por cuyo borde asomaban los sólidos tacones de unos zapatos ingleses encerrando el pie pequeño, ágil y fuerte." (4)

(2) Ibid., p. 31.

(3) Ibid., p. 33

(4) Ibid., p. 34.

Claro que ésta no es la mujer típica de la región, pues por otro lado ya se han señalado a las toscas hortelanas quemadas por el sol, aquellas hembras que tanto repugnaban a Rafael, para quien las mismas mujeres de la ciudad parecían campesinas por su egoísmo y su propensión a medir el amor según la riqueza de sus pretendientes.

El impaciente joven se adelantó a presentarse a la misteriosa desconocida, mas se arrepintió de su presunción al sentir el impacto de la fría indiferencia con que ella acogió la nueva de que Rafael perteneciera a la sonada familia de Brull.

* * *

El objeto de las discusiones en el Casino era el intempestivo regreso de la cantante de ópera a su tierra natal. Tratábase de la hija del doctor Moreno, fanático republicano y músico, quien, por razones de selección biológica, se había casado con una hortelana fuerte y hermosa. Producto de esta insólita combinación fue Leonora, heredera del talento del padre y de la hermosura de la madre.

Todavía niña, el doctor la llevó a Milán para estudiar el canto. Pero lejos de estar orgullosos de sus triunfos, los hipócritas provincianos ni mentaban siquiera a la hija de Alcira que viajaba por el mundo, cantando y amando, durmiendo hasta con reyes, según se murmuraba. Agobiada, fastidiada, después de muchos años turbulentos, la bella artista vino a establecerse con su tía en la casa azul, nido tranquilo, cual imán mágico para el joven Brull.

Cuando las lluvias invernales inundaron la ciudad, los devotos clamaron para que sacasen la imagen de San Bernat para salvar Alcira. De interés costumbrista es este curioso episodio en que se describen las aglomeraciones, inflamadas de fervor religioso al seguir al santo por todas las calles convertidas en ríos.

“ . . . Era una confusa maraña de brazos nervudos y desnudos saliendo del agua para sostener el santo: un pólipo humano que parecía flotar en la roja corriente sosteniendo la imagen sobre sus lomos.” (5)

(5) Ibid., p. 58.

Rafael, acompañado de Cupido, el bohemio peluquero del poblado, consumó un novelesco viaje en barca hasta la casa azul, invadida por el lago en que se había transformado el naranjal. Leonora, aunque hondamente agradecida al intrépido aventurero, no por eso había de ser más que una buena amiga para Rafaelito; pues ya estaba cansada, aburrida de los hombres, a quienes odiaba en el fondo.

* * *

Con todo, Rafael llegó a pasar muchas tardes en la compañía de Leonora, quien le mostraba los fascinantes "souvenirs" de sus triunfos escénicos. A veces caminaban amigablemente en el jardín. Blasco Ibáñez, elocuente ante el paisaje invernal, evoca un pintoresco cuadro de costumbres digno de reproducirse:

"... El inmenso valle azuleaba bajo el sol de invierno; las naranjas asomaban sus caras de fuego entre las hojas, como ofreciéndose a las manos laboriosas que las arrancaban de las ramas. En los caminos chirriaban los ejes de los carros, balanceando sobre los baches sus montones de dorados frutos; sonaban en los grandes almacenes, los cánticos de las muchachas encargadas de escoger y empapelar las naranjas; retumbaban los martillos sobre los cajones de madera, y en oleadas de tráfico salían hacia Francia e Inglaterra las hijas del Mediodía, aquellas cápsulas de piel de oro, repletas de dulce jugo que parecía miel de sol." (6)

El apasionado muchacho observaba cómo su graciosa compañera alcanzaba una naranja entre las tupidas ramas. Como muestra de lenguaje sutilmente sensual, transcribense estas incitantes líneas:

"Y acercando a su beca el perfumado fruto, clavaba en dorada carne sus dientes blancos y brillantes. Cerraba los ojos con delicia como embriagada por la tibia dulzura del jugo. Crujían los gajos entre sus dientes, y el líquido de color ámbar rezumaba, cayendo a gotas por la comisura de sus labios carnosos y rojos." (7)

Cuando, en un arranque impulsivo, Rafael quiso besarla, Leonora lo rechazó indignada, riéndose a carcajadas de las pretensiones

(6) Ibid., p. 84.

(7) Ibid.

de aquel "señorito de pueblo". Mas viendo al joven avergonzado y abatido, se enterneció:

"... Pero, ¿llora usted? Vamos... béseme la mano, se lo permito... Yo sólo podría ser de usted por el amor; pero ¡ay! nunca llegaré a enamorarme del atrevido Rafaelito. Soy vieja ya; en fuerza de gastar el corazón, creo que no lo tengo... ¡Ay, pobrecito bebé mío! Lo siento mucho... pero ha llegado usted tarde." (8)

SEGUNDA PARTE

De regreso de una temporada en Madrid donde había desempeñado su cargo oficial, el diputado encontró a la cantante cambiada por completo. Parecía casi una hortelana en su frescura campestre y en la sencillez de su atavío.

Además, ostentaba mayor interés en Rafael y en su carrera política, pero a la vez aseguraba al esperanzado amigo que aún así, jamás lo amaría. El diálogo que sigue, realista en su lenguaje metafórico, proviene de Leonora, único personaje de la novela que se expresa con cierta profusión, y, justo es añadir, siempre a tono con su condición de mujer madura, experimentada y, sobre todo, cruelmente franca hasta consigo misma:

"... ¿Cree usted que haría gran cosa conquistándome? ¡Si yo no valgo nada!... Aquí en esta soledad, puedo examinarme detenidamente, y lo reconozco: nada. ¿El físico?... Pero, ¡ay, Rafaelito! eso es el exterior, la fachada, y con unos cuantos inviernos que lluevan sobre ella quedará despintada y llena de grietas. Pero interiormente, créame usted, soy una ruina. Con tantas fiestas y alborotos, los tabiques se caen, los pisos se bambolean. He corrido muy aprisa: me he quemado las alas por arrojarme de cabeza en la llama de la vida. ¿Sabe usted lo que soy? Una de esas barcas viejas caídas en la playa, que vistas de lejos aún conservan el calor de sus primeros viajes, pero que sólo piden el olvido para ir envejeciendo y pudriéndose sobre la arena. Y usted que empieza ahora, ¿se presenta pidiendo un puesto en la peligrosa carroña que al volver al oleaje perecería, llevándose a fondo?... Rafael, amigo mío, no sea usted tonto. Yo soy buena para amiga; no puedo ser ya más..." (9)

(8) Ibid., p. 86.

(9) Ibid., p. 93.

Momentáneamente la cantante se había vuelto rústica y apacible, pero sospechaba que un día y sin motivo aparente se transformaría en la enérgica "walkyria" de antes.

Aquella noche Rafael alimentaba su insomnio con visiones retrospectivas reveladas por Leonora. La adolescencia de la hija del doctor Moreno transcurrió a la impresionante sombra de la famosa Galería de Víctor Manuel de Milán, delineada por Blasco con lucidez al captar su ambiente único impregnado del anhelo artístico: la mezcla de los nuevos discípulos del canto, aspirantes a la celebridad, con los veteranos acabados, celosos de su carrera en declive, ambos luchando tenazmente en el mundo teatral.

Refiriéndose a las ilusionadas jóvenes que acuden a Milán, destacado centro de artistas, el narrador brinda una vívida comparación entre las...

"...inglesitas rubias y facuchas que quieren ser tiples ligeras; rusas regordetas y peliblancas que saludan con ademán de soprano dramática; españolas de atrevido mirar y valiente garbo que se preparan a ser sobre las tablas la cigarrera de Bizet; pájaros frívolos y sonoros que tienen el nido a muchos centenares de leguas y levantan el vuelo deslumbrados por los espejuelos de la gloria." (10)

A poco de hacer su "debut" artístico, Leonora se embelesó del viejo tenor Salvatti por el romántico pasado que le envolvía todavía con una aura intrigante. La fuga con él dio paso a sus caprichosas andanzas por el mundo con ciertos ricos nobles extranjeros, hasta por fin enamorarse verdaderamente de Hans Keller, inspirado intérprete de Wagner. "Pero las pasiones de artista son iguales a las flores por su intenso perfume y su corta duración." Y la despreciada Leonora fue substituida por otra amante.

Entonces la artista regresó a su tierra natal para olvidar la senda equívoca que había tomado su vida, buscando sólo aquella tranquilidad de su niñez de que apenas tenía recuerdo.

(10) Ibid., p. 97.

Vívido, colorido, iluminado por el sol matinal que sonrío benévolo a los concurrentes es este cuadro del mercado semanal:

"... Llegaban los labradores, con la faja abultada por los cartuchos de dinero, a comprar lo que necesitaban para toda la semana allá en su desierto, rodeado de naranjos; iban de un puesto a otro las hortelanas, elegantes y esbeltas cual campesinas de opereta, peinadas como señoritas, con faldas de batista clara, que, al recogerse, dejaban descubiertos las medias finas y los zapatos ajustados. El rostro tostado y las manos duras eran lo único que delataban la rusticidad de aquellas muchachas, a quienes un cultivo riquísimo hacía vivir en la abundancia."

"... La muchedumbre, oliendo a sudor y a tierra, agitábase en el mercado bajo la luz de los primeros rayos del sol. Se abrazaban las hortelanas al encontrarse, y con la cesta en la cadera, metíanse en la chocolatería a celebrar el encuentro; los labriegos formaban corro, y de vez en cuando iban a tomar una copa de aguardiente dulce para tomar fuerzas. Y por en medio de una invasión rústica pasaba la gente de la ciudad: los burguesillos de arregladas costumbres, con una capa vieja y un enorme capazo, en el que metían las provisiones después de regatearlas tenazmente; las señoritas, que veían en el mercado de los miércoles algo extraordinario que alegraba la monotonía de su existencia; los desocupados que pasaban horas enteras de pie junto al puesto de un vendedor amigo, curioseando lo que cada cual llevaba en su cesta, murmurando de la avaricia de unos y de la generosidad de otros."⁽¹¹⁾

Habiendo visto a Leonora en el mercado, Rafael la fue a esperar en el camino del huerto. No podía suprimir su cándida confesión del obsesionante amor que le incapacitaba a tal grado que no albergaba otra aspiración en la vida que la de poseerla. Con salvaje impulso la tiró al suelo, pero Leonora, reaccionando violentamente contra aquella pretendida conquista a la fuerza, lo pisoteó, y lo abandonó lleno de despecho y de vergüenza.

Rafael reconoció que jamás podría volver a la casa azul. Su madre, extasiada por el cambio en la conducta de su hijo, ya proyectaba su próximo enlace con Remedios, que significaría la ven-

(11) Ibid., p. 113.

tajosa unión del poder de los Brull con el dinero de un burdo pero afortunado exportador de naranjas. Mas en la soledad de su cuarto, le intranquilizaban al joven los ojos verdes de la otra, que le importunaban hasta en sus sueños.

Indudablemente una de las más sugestivas descripciones de la novela es ésta que tan agudamente transmite el impregnado ambiente de la huerta abrileña de aquella hermosa región de Blasco Ibáñez.

" . . . La ciudad entera parecía desfallecer en aquel ambiente cargado de perfume. Era un latigazo de primavera acelerando con su excitación la vida, dando mayor potencia a sus sentidos. No soplaba ni la más leve brisa, los huertos impregnaban con su olorosa respiración la atmósfera encalmada; dilatábanse los pulmones como si no encontrasen aire, queriendo aspirar de un golpe todo el espacio. Un estremecimiento voluptuoso agitaba la ciudad, adormecida bajo la luz de la luna." (12)

¡Un derroche de imágenes metafóricas que halagan simultáneamente al ojo, al oído y al olfato!

" . . . Los naranjos, cubiertos desde el tronco a la cima de blancas florecillas con la nitidez del marfil, parecían árboles de cristal hilado; . . . Las ondas de perfume, sin cesar renovadas, extendíanse por el infinito con misterioso estremecimiento, transfigurando el paisaje, dándole una atmósfera sobrenatural, evocando la imagen de un mundo mejor, de un astro lejano, donde los hombres se alimentasen con perfumes y vivieran en eterna poesía. Todo estaba transfigurado por aquel ambiente de gabinete de amor iluminado por un inmenso fanal de nácar. Los crujidos secos de las ramas sonaban en el profundo silencio como besos; el murmullo del río le parecía a Rafael el eco lejano de una de esas conversaciones en voz desfallecida susurrando junto al oído palabras temblorosas de pasión. En los cañaverales cantaba un ruiseñor débilmente, como anoradado por la belleza de la noche." (13)

Como sonámbulo, Rafael se encaminó hacia la casa azul donde sorprendió en el jardín a Leonora, languidecida y nostálgica por la voluptuosidad primaveral. Sin querer, aquella noche la arrogante

(12) Ibid., p. 130.

(13) Ibid., p. 131.

artista, cual ruborosa virgen, se rindió con misteriosa expectación al joven diputado.

En el bello capítulo dedicado a la escapatoria nocturna de los amantes a una isleta del Júcar, la Naturaleza, en su actitud más seductora, sirve de fondo para la culminación de su pasión, discretamente insinuada a través de los trinos estremecedores de un ruiseñor. Cuando, de regreso a la ciudad, inspirada por la poesía de la cargada atmósfera, prorrumpió Leonora a cantar exaltadamente, todos los ribereños se asomaron escandalizados.

Debido a que el chismorreó provocado por aquella aventura llegó a oídos de su devota tía, medrosa por la salvación de su alma, Leonora resolvió abandonar la casa azul. Convinieron en que Rafael la encontrase en Valencia; de allí huirían secretamente a Nápoles, donde pasearían su amor a la brillantez del sol o a la tenuedad de la luna, librados por fin de los mezquinos escrúpulos del convencionalismo.

Acudió Rafael a la cita de Valencia alborotado como un chiquillo y sin más equipaje que el traje puesto. Con el dinero hurtado de los ahorros de su madre, se proponía comprar unas prendas antes del viaje que había de conducirlo a la eterna felicidad.

Al salir del hotel, le abordó don Andrés, íntimo amigo de la familia, quien le había seguido desde Alcira. El viejo argumentaba para disuadir al joven de su locura. Doña Bernarda padecía un choque provocado por el proceder de su hijo al desbaratar la magna labor de los Brull para lograr el prestigio político que ahora Rafael sacrificaba por una mujer.

¡Pero qué mujer! Y solamente entonces pudo quebrantar la resistencia del resuelto muchacho. El ladino de don Andrés supo donde vulnerar el egoísmo del amante y evocó dramáticamente el turbulento pasado de Leonora. ¿Renunciaría Rafael a todo por los despojos de una mujer que había conocido a docenas de hombres? ¡Qué conquista la suya!

La cantante no recibió más que una breve nota de Rafael. La siguiente manifestación de sus sentimientos, interesante por ser, como las otras de Leonora, indicativa de su personalidad, descubre otra faceta del carácter de la que se mostraba en su trato con Rafael, primero altiva, luego reposada y segura de sí misma, y finalmente coqueta y apasionada. Ahora sufre una crisis emocional:

“—¡El miserable! —rugía, yendo de un lado a otro de la habitación—. ¡Cuán loca he sido! ¡Entregarme a él, creerle un hombre, confiarme a su amor, perder la tranquilidad y la única familia que me resta! . . . Me hizo soñar en una primavera eterna de amor, y me abandona. . . Ha jugado conmigo. . . Se burla de mí. . . y no puedo aborrecerle. ¿Por qué me despertó cuando yo estaba allá abajo, recogida, tranquila, insensible, en un egoísta aislamiento? . . . ¡Embustero, miserable! . . . Pero, ¿por qué lloro? . . . Se acabó. Alégrate, Beppa; otra vez a cantar; correremos el mundo; jamás volverás a este rincón de topos, donde he querido educar niños. ¡A vivir! ¡A tratar a puntapiés al hombre! ¡así! ¡como el peor de los animales! Me río al pensar en mi estupidez; ¡qué locura creer en ciertas cosas! ¡Ja, ja, ja!

Y desde la plaza se oyeron las carcajadas. Una risa loca, aguda, acerada, que parecía rasgar las carnes y puso en conmoción todo el hotel, mientras la artista, con los labios espumantes, caía al suelo y se revolvió furiosa, volcando los muebles, hiriéndose con las metálicas aristas de sus maletas.”⁽¹⁴⁾

TERCERA PARTE

Ocho años han transcurrido. Don Rafael Brull, prematuramente envejecido, es un personaje cuya actuación política destaca por su asiduidad. Vive solo en Madrid entregado alma y cuerpo a sus deberes oficiales. Disciplinado y meticuloso, no tardó en ascender a un puesto de importancia.

Pese a su riqueza y poder, el diputado de Alcira no es feliz. Remedios, excelente administradora de su casa, es un fracaso por lo que se refiere a despertar la pasión de su esposo. Los siguientes renglones apuntan un curioso tipo de mujer provinciana, al descubrir su singular modo de evaluar el matrimonio. (Nótese otra vez la ten-

(14) Ibid., p. 164.

dencia de Blasco Ibáñez en esta obra levantina a transmitir los pensamientos de sus actores de un modo indirecto.)

“ . . . Ella, pasada la primera fiebre de amor, satisfecha su curiosidad de doncella ante el misterio del matrimonio, opuso en adelante una pasividad fría y grave a las caricias del marido. No era una mujer lo que encontraba: era una hembra fríamente resignada con los deberes de la procreación. Sobre esto tenía ella sus 'ideas particulares y propias', como su marido a'íla en las Cortes. El querer mucho a los hombres no era de mujeres buenas; eso de entregarse a la caricia con estremecimientos de pasión y abandonos de locura era propio de las 'malas'; de las perdidas. La buena esposa debía resignarse, para tener hijos. . . y nada más; lo que no fuese esto eran porquerías, pecados y abominaciones. Estaba enterada por personas que sabían bien lo que decían. Y orgullosa de aquella virtud rígida y áspera como el esparto, se ofrecía a su esposo con una frialdad que parecía pincharle, sin otro anhelo que lanzar al mundo nuevos hijos que perpetuasen el nombre de Brull. . . ” (15)

El atrevido episodio de su juventud ya no es más que un nebuloso sueño que se opaca cada vez más. Sólo aquella cruel despedida del Amor queda de tal manera vívida en su mente que todavía se ruboriza al recordarla.

Al diputado Brull le corresponde refutar los argumentos de un anciano revolucionario, infatigable antagonista en contra de las excesivas prerrogativas de la iglesia, cuyo lujo resalta en deplorable contraste con la pobreza de los servicios públicos. Este capítulo está matizado de la punzante ironía del inveterado republicano que fue Blasco, en su celo de poner de relieve las principales divergencias políticas de la época.

Al referirse a Brull en calidad de orador a la moda, expone uno de los abusos prevalecientes:

“ . . . Quería ser largo, muy largo. Si no hablaba hora y media o dos horas, estaba deshonrado. Era el tiempo que correspondía a un hombre de su importancia. . . Los buenos discursos se apreciaban reloj en mano.”

(15) "Entre Naranjos", p. 171.

"Rafael había oído ponderar la concisión y la claridad de oratoria moderna en los Parlamentos de Europa. . . Pero él no se dejaba arrastrar por la austeridad oratoria: . . . hablaba y hablaba, sin más preocupación que no soltar idea alguna, guardándolas todas con avaro celo, con la certeza de que cuanto más las conservara prisioneras, más larga y solemne resultaría su oración." (16)

Por fin Brull pasó a la materia de oposición para justificar el exorbitante desembolso a favor de la Iglesia, por lo que reparó en la historia de España, tan entrañablemente fundida con el fervor católico. Mas de pronto el inspirado orador cedió bajo la impertinente mirada de unos ojos verdes, y abrevió bruscamente aquel que prometía ser interminable discurso.

Leonora, tan hermosa como si no hubieran transcurrido los años, se burla de la obesidad y la calvicie que le dan aquel aspecto de padre de familia tan característico de Rafael. El diputado confiesa su desdicha a consecuencia de haber traicionado al Amor que pasa sólo una vez en toda la vida. Implora que empiecen de nuevo, él siguiéndola por el mundo como criado si así se lo ordena.

Pero la impasible cantante únicamente le recuerda aquel muerto que existe entre ellos, el Amor que expiró y que jamás podrá resucitar. Además les falta ya el gracioso suplemento que instigaba su locura de aquel entonces: la juventud.

Pronto la "walkyria" volverá a levantar el vuelo sin saber cuándo regresará, mas asegura al que había sido el único verdadero amor de su vida:

"—Si vuelvo, serás uno de mis innumerables amigos: nada más. Y no creas que soy ahora una santa. La misma que antes de conocerle; pero de todos, ¿sabes?, del portero del teatro, si es preciso, antes que de ti. Tú eres un muerto. . . Adiós, Rafael." (17)

(16) Ibid., p. 179.

(17) Ibid., p. 189.

Y el abyecto diputado ve desaparecer con ella todas las ilusiones primaverales y juveniles que le habían consolado, resignándose a la vejez, confortado por la relativa satisfacción de sus crecientes bienes y de sus hazañas políticas, ya que la felicidad del Amor no la podrá alcanzar ya.

IMPRESIONES GENERALES SOBRE "ENTRE NARANJOS"

Igual que "Flor de Mayo" y "La barraca", la novela "Entre naranjos" capta desde las páginas iniciales el interés del lector, manteniéndolo con firmeza a través de toda la trama —ora por sus espléndidas descripciones del paisaje, ora por la divertida intriga amorosa de su desenlace. Desde el primer capítulo se expone el propósito de la novela, entreviéndose de inmediato la naturaleza de su tema: el amor. Asimismo, se percibe desde un comienzo el estilo fluido, fácil y la selección precisa y adecuada de los vocablos, propios del escritor confiado de sí mismo. En suma, se manifiesta el novelista maduro a pesar de la juventud de su autor al crear esta novela, la cuarta de la serie levantina.

La técnica, superior a la de las novelas anteriormente analizadas en este estudio, corrobora que Blasco Ibáñez había empezado a abandonar aquella tendencia narrativa a lo periodista, esforzándose más por atenerse al precepto literario depurado. Está profusamente salpicada "Entre naranjos" de metáforas acertadas y altamente sugestivas, por lo que acentúase la expresividad del lenguaje. Los símiles, evocados con extraordinaria atingencia, conduciendo con eso a una pronta y más lúcida comprensión de la idea propuesta, acusan el innegable don imaginativo, unido al intelecto propenso a buscar las comparaciones más conmovedoras.

De su género, ésta es la única novela de Blasco Ibáñez en que la liviandad del humorismo contribuye a avivar la lectura, asomándose esta cualidad particularmente al principio y al final del libro. Lo anterior pudiera atribuirse a que "Entre naranjos" es, a su vez, la única novela de la obra levantina que alude a la vida política, tema que suele provocar comentarios irónicos de parte del valenciano, al criticar la ineficacia y corrupción prevalecientes en las Cortes.

Al relatar los sucesos indispensables como base preliminar a los principales acontecimientos, el humorismo anima considerablemente la parte expositiva de la narración, que en toda novela acostumbra ser la menos dinámica.

Las caracterizaciones concebidas en "Entre naranjos" son del todo palpables, pudiéndose identificar a los actores con personas reales por doquiera, en cualquier época moderna. Este sobresaliente factor, inherente a las novelas de Blasco Ibáñez, no ofrece nada de sorprendente si se tiene en cuenta el hecho de que el observador literato se inspiraba siempre en personas tomadas de la vida misma, conocidas por él.

Al convertir a éstas en los correspondientes tipos novelescos, su singular facundia modificaba, añadía o sustruía algo; no obstante, el portentoso creador supo retener de un modo admirable el elemento esencial y hasta indispensable a todo personaje literario: el espíritu que lo anima. Solamente así se comprende cómo el autor haya podido transformar a Ema Petroski, conocida española, tiple dramática de la época, en la fascinante pero ficticia Leonora, cuya actuación tanto convence.⁽¹⁸⁾

Desde el ángulo psicológico, el personaje que más penetra la fábula, después de Leonora, es doña Bernarda, cuya austera presencia se hace sentir a través de la obra entera, a pesar de que no "aparece" sino en una lacónica escena. Pero tan bien están trazados sus severos rasgos, que la sombra de su voluntad opaca la felicidad del hijo desde su primer trato con Leonora. En esto consiste la contienda del deber consciente y el apetito sexual, o sea el convencionalismo y el naturalismo, cuya dilema, relativamente latente en el joven, no llegó a definirse hasta cuando, estando por fugarse con su amante, la imposición del recuerdo maternal fue suficiente para hacerle desistir de su resolución.

(18) Detalle proporcionado por Libertad Blasco-Ibáñez. No obstante, Eduardo Zamacois (op. cit., p. 43) dice que el autor de "Entre Naranjos" conoció a una tiple de ópera, una bella rusa descomunamente alta y fuerte como una amazona, con quien tuvo amoríos. Cualquiera de las versiones puede aceptarse. Lo que viene al punto es que Blasco se haya inspirado, como siempre, en un tipo real.

No puede uno por menos de hacer una comparación entre doña Bernarda y doña Manuela, la incorregible burguesa regalona ésta de "Arroz y tartana". Mientras que aquélla, enjuta y avara, es la insípida flor de la estable economía, siendo por lo demás una hembra fría —lo mismo que la mujer provinciana delineada anteriormente—, la carnosa sensualidad de Manuela representa su antítesis, personificando al tipo derrochador y negligente, sin prevención para el futuro.

"Entre naranjos", a la vez de ser la más psicológica de las novelas regionales, tiene más diálogo, bien que de verdad se aprecia todavía escasamente. Como se ha anotado, Leonora es la que habla casi exclusivamente, siendo su conversación muy propia de las variadas facetas de su personalidad.

A pesar de ser el héroe, de Rafael apenas si uno tiene noción de sus pensamientos personales, puesto que el autor no ahonda más en su alma que esbozar sus impulsos e impresiones con superficialidad. No obstante de ser un personaje muy secundario, don Andrés está considerablemente mejor analizado por medio de las páginas finales en que el autor formula los cálidos y persuasivos argumentos en contra de la huida de Rafael, de tal modo que se antoja que el que verdaderamente se expresa es este viejo amigo de la familia.

Antes de clasificarla dentro del género regional, "Entre naranjos" es, primordialmente, la historia de un amor. Su indiscutible exquisitez radica en el delicado trato de una pasión nacida entre aquellos cantados naranjales, y arrullada por las caricias perfumadas del azahar, en una noche de luna plateada —de cuyas vastas potencialidades Blasco Ibáñez no dejó de valerse al grado máximo.

Al parecer de Monsieur Pitollet, lo que hace esta novela —"terriblemente amoral y voluptuosa"— aceptable a "las mamás, aun de las más devotas, es su ambiente 'poético'." En seguida cita este escritor francés a un eminente crítico literario de la misma época:

"Blasco Ibáñez —dice el sacerdote Cejador— es uno de esos artistas que ennoblecen cuanto tocan, porque es de los que, por naturaleza, son señores, artistas varoniles."⁽¹⁹⁾

(19) Pitollet, Camilo, op. cit., p. 222.

Las precitadas líneas —quizás indebidamente aduladoras— no pueden por menos de evocar espontáneamente otras de índole parecida, pero del todo desfavorables para nuestro autor; se recuerda un capítulo de John Dos Passos intitulado "Un Midas al revés", dedicado a Blasco Ibáñez al aludir a "la peligrosa facundia del Midas invertido", y que comienza con esta observación:

"Cada época ha debido tener ciertos genios escogidos cuyos dorados dedos *convertían en lugares comunes todo cuanto tocaban.*"⁽²⁰⁾

Original, y hasta ingenioso, es el concepto sugerido por Dos Passos, pero ¿es enteramente justa e imparcial su crítica al evaluar la obra del autor de "La barraca" y "Cañas y barro"?

* * *

Viene siendo "Entre naranjos" novela regional tan sólo por el escenario donde transcurren los hechos, que en realidad podrían realizarse en cualquier pueblo pequeño donde la opinión pública rige con carácter absoluto en el designio de una vida en extremo convencional. Asimismo, se ha considerado este libro como de los de Blasco Ibáñez que corresponden a las profesiones artísticas, tales como "Sangre y arena", la novela torera y "La maja desnuda", la historia de un pintor.

Sin embargo, por el típico ambiente levantino que impregna toda la narración, influyendo con preponderancia en el mismo desenlace, es digno ceder primera importancia al elemento de ambiente, del mismo modo que lo hizo el novelista valenciano al ponerle el título "Entre naranjos", tan sugestivo como indicativo de su tema. Además, es inequívocamente aquella penetrante atmósfera de la región la que deja en el lector la más duradera impresión.

El naturalismo manifestado por el móvil sexual no está exhibido con sus perfiles grotescamente animales. El hombre deja de representar el papel patético de víctima de las fuerzas naturales como en "Flor de Mayo" o "Cañas y barro" en donde el amor está con-

(20) Dos Passos, John, "Rocinante vuelve al camino", Cap. IX, p. 113, Editorial Diana, S. A., México, 1949.

fundido con el vicio. En "Entre naranjos" no hay más crimen que la imprudencia de amarse con criterio libre, siendo los protagonistas incontinentes ante la incitación carnal. En "Entre naranjos" tampoco hay más muertos que el Amor, que, habiendo alcanzado su cima imperiosa, sucumbió a la rígida moralidad del convencionalismo, tras una agitada contienda que por fin había de costar la felicidad de un hombre.

De hecho, Blasco Ibáñez erige un monumento al amor sin taxativas por aquello de empeñarse en castigar al ingrato que no supo acoger oportunamente al Amor que pasa solamente una vez en la vida. A pesar de que esta novela no abrumba con un desencadenamiento de sangrientas catástrofes —como las que caracterizan a las otras novelas valencianas—, la conclusión, que presenta al envejecido Rafael solo y desprovisto de sus ilusiones de amor, no deja de infundir compasión.

Falta página

N° 122

CAPÍTULO VII

“CAÑAS Y BARRO”

Falta página

N° 124

VII

“CAÑAS Y BARRO”

Blasco Ibáñez se vale de la circunstancia de la salida de la barca-correo, con destino a Valencia, para anticipar a grandes rasgos el ambiente de aguda miseria y de incesante lucha de la humanidad que ha de caracterizar los acontecimientos de “Cañas y barro”. Hace patente la enfermedad que oprime a los febriles habitantes de aquella esterilísima región alrededor del lago de la Albufera, escenario de una pesca primitiva, o la ardua tarea agrícola de los segadores, sumergidos en el repulsivo barro líquido de los arrozales.

Importunó con su presencia en aquella apestosa barca congestionada de gente, la enorme masa obesa del tabernero Cañamel. Entre quejidos y suspiros, el hombre más rico de la Albufera se despidió de Neleta, su bella mujercita.

Como ya se ha señalado al comentar las novelas “Arroz y tartana” y “Flor de Mayo”, y se apreció con mayor propiedad en “Entre naranjos” y “La barraca”, se ha venido haciendo hincapié en las descripciones denotativas de la extraordinaria sensibilidad del autor siempre atento a los sonidos que acompañan al cuadro visual, como se evidencia en el siguiente párrafo:

“Deslizábase la barca por canales tranquilos, de un agua amarillenta, con los dorados reflejos del t . En el fondo, las hierbas acuáticas inclinaban sus cabelleras con el roce de la quilla. El silencio y la tersura del agua aumentaban los sonidos. En los momentos en que cesaban las conversaciones, se oía claramente la quejumbrosa respiración del enfermo tendido bajo un banco y el gru nido tenaz de Cañamel al respirar, con la barba hundida en el pecho. De las barcas lejanas y casi invisibles llegaban, agrandados por

la calma, el choque de una percha al caer sobre la cubierta, el chirrido de un mástil, las voces de los barqueros avisándose para no tropezar en las revueltas de los canales.”(1)

Luego, una acuarela a pinceladas puestas de relieve por el impresionante claroscuro; una ojeada de una porción de la Albufera...

“El horizonte se ensanchaba. A un lado, la línea oscura y ondulada de los pinos de la Dehesa, que separa la Albufera del mar; la selva casi virgen, que se extiende leguas y leguas, donde pastan los toros feroces y viven en la sombra los grandes reptiles... Al lado opuesto, la inmensa llanura de los arrozales, perdiéndose en el horizonte por la parte de Sollana y Sueca, confundiendo con las lejanas montañas. Al frente, los carrizales e isletas que ocultaban el lago libre, y por entre los cuales deslizábase la barca, hundiendo con la proa las plantas acuáticas, rozando su vela con las cañas que avanzaban de las orillas. Marañas de hierbas oscuras y gelatinosas como viscosos tentáculos subían hasta la superficie, enredándose en la percha del barquero, y la vista sondeaba inútilmente la vegetación sombría e infecta, en cuyo seno pululaban las bestias del barro.”(2)

El viaje aquel no sólo le brinda al novelista un medio de esbozar el paisaje regional, sino también de presentar los personajes típicos de la novela: al tío Paloma, empecinado pescador nonagenario, cuya barquichuela pasaron en ruta; a su hijo, el tío Tono, incansable trabajador en la agobiante labor de rellenar de tierra una profunda charca, a fin de convertirla en arrozales; y finalmente, al protagonista principal, Tonet, quien perchaba una pequeña barca llena de tierra destinada a los pseudo-campos de su padre, Tono. Este último encuentro incitó los maliciosos comentarios a costa de Cañamel, pues mientras que el tabernero iba a curarse a Valencia, el guapo Tonet pasaría la noche en el Palmar. Y con esto, Blasco hábilmente deja entrever la naturaleza de la trama, con vívidas reminiscencias de su novela “Flor de Mayo”.

La nostalgia del anciano tío Paloma evocaba los placenteros recuerdos de la antigua época de abundancia para los explotadores

(1) Blasco Ibáñez, Vicente, “Cañas y barro”, p. 12, Espase-Calpe Argentina, S. A., Buenos Aires, 1944.

(2) Ibid.

del lago. Ahora que la población se hallaba en constante aumento, se prohibía matar aves y recoger leña, por lo que se le hacía la vida restrictiva.

Por otra parte, detestaba a los que se entregaban al cultivo del arroz, traidores, según él, que despreciaban el noble oficio de barquero y la vida de las aguas. Así es que cuando su único hijo sobreviviente de los muchos que le había engendrado su enfermedad mujer mostró afición por las labores de la tierra, ello constituyó una calamidad.

¿Y los demás hijos del tío Paloma? Asombrémonos de la prosa francamente naturalista con que alude el valenciano a la defraudada descendencia de esta indigente familia del Palmar:

“Habían tenido muchos hijos, muchísimos; pero, menos uno, todos habían muerto ‘oportunamente’. Eran seres blancuzcos y enfermizos, engendrados con el pensamiento puesto en la comida por padres que se ayuntaban sin otro deseo que transmitirse el calor, estremecidos por temblores de la fiebre palúdica. Parecían nacer llevando en sus venas en vez de sangre el escalofrío de las tercianas. Unos habían muerto de consunción, debilitados por el alimento insípido de la pesca de agua dulce; otros se ahogaron cayendo en los canales cercanos a la casa, y si sobrevivió uno, el menor, fue por agarrarse tenazmente a la vida, con ansia loca de subsistir, afrontando las fiebres y chupando en los pechos flácidos de su madre la escasa substancia de un cuerpo eternamente enfermo.”⁽³⁾

Igualmente sugestivas son las alusiones a la mujer típica de la región:

“No; no eran gran cosa aquellas vírgenes del lago, con sus ropas lavadas en el agua pútrida de los canales, oliendo a barro y las manos impregnadas de una viscosidad que parecía penetrar hasta los huesos. El pelo, descolorido por el sol, blanquecino y pobre, apenas si sombreaba sus caras enjutas y rojizas, en las que los ojos brillaban con el fuego de una fiebre siempre renovada al beber las aguas del lago. Su perfil anguloso, la sutilidad escurridiza de su cuerpo y el hedor de los zagalejos les daba cierta semejanza con las anguilas, como si una nutrición monótona e igual de muchas

(3) Ibid., p. 27.

generaciones hubiera acabado por fijar en aquella gente los rasgos del animal que les servía de sustento." (4)

Algo por el estilo fue la novia de Tono, muchacho serio y sumiso, incapaz de motivar un disgusto para su padre. Pero el matrimonio le impulsó a mejorar su vida, por lo que se hizo segador, para aprovechar la creciente industria del arroz y asegurar una vejez despreocupada —de lo que no disfrutaba su reumático padre.

La tenacidad del hijo en su nueva ocupación hizo que el disconforme tío Paloma acordara al fin que, aunque se albergaran bajo un techo común por no poder darse el lujo de viviendas separadas, convivirían como desconocidos. El único lazo entre ellos era el pequeño Tonet, quien fue instruyéndose bajo la vigilancia del abuelo, hasta que su indolencia y su aversión al trabajo anularon el empeño del viejo.

Lo que más animaba al pillete eran sus correrías infantiles en compañía de sus dos amigos: Neleta, hija de una pobre viuda que vendía anguilas en Valencia; y Sangonera, apodado igual que el borracho de su padre, que se alimentaba de las sobras de los vecinos, como los perros.

Un día los tres compañeros se perdieron en la selva. Sangonera, un verdadero salvaje para orientarse entre la engañosa maleza, por maldad abandonó a Neleta y a Tonet en la lóbreguez aterradoradora de aquella región virgen poblada de bestias y reptiles.

Blasco Ibáñez concibe este episodio con esa ternura con que se elabora una aventura de un cuento infantil. Mediante expresivos símiles y metáforas, el artista crea un fondo escénico propio para el inocente comienzo de un idilio que había de sobreponerse a imprevistos obstáculos, y hasta augura cómo ha de acabar en un torrente desenfrenado de tragedia.

“ . . . Arriba se extendía el cielo de intenso azul, espolvoreado de luz, como un gran lienzo tendido sobre las masas negras del bosque que rodeaban la llanura. Los dos niños se detuvieron en esta isleta luminosa y tranquila. . . Temblaban de miedo ante la profunda arboleda que se movía por todos lados como un oleaje de sombras.” (5)

(4) Ibid., p. 30.

(5) Ibid., p. 56.

La narración, fluida como un arroyo cristalino, es de una grata sencillez, que responde armoniosamente al medio ambiente; y de nuevo percibe uno los sonidos que enriquecen admirablemente las exposiciones:

"... Tonet miraba a todas partes, como si le asustase, aún más que la lobreguez de la selva, aquella claridad crepuscular, en la que creía ver de un momento a otro la silueta de una bestia feroz, enemiga de los niños extraviados. El canto del cuclillo rasgaba el silencio; las ranas de una charca inmediata, que habían callado al llegar ellos, recobraban la confianza, volviendo a reanudar su melopea; los mosquitos, pegajosos y pesados, zumbaban en torno de sus cabezas, marcándose en la penumbra con negro chisporroteo." (6)

Incuestionablemente una de las descripciones más bellas por su simplicidad y soltura es la siguiente, la cual parece haberse inspirado en algún cuento de hadas:

"Encima de los pinos, por parte del mar, comenzó a teñirse el espacio de una blanquecina claridad. Las estrellas parecían apagarse sumergidas en un oleaje de leche. Los muchachos, excitados por el ambiente misterioso de la selva, miraban este fenómeno con ansiedad, como si alguien viniera volando en su auxilio rodeado de un nimbo de luz. Las ramas de los pinos, con el tejido filamentososo de su follaje, se destacaban como dibujadas en negro sobre un fondo luminoso. Algo brillante comenzó a asomar sobre las copas de la arboleda: primero fue una pequeña línea ligeramente arqueada como una ceja de plata; después un semicírculo deslumbrante, y por fin, una cara enorme, de suave color de miel, que arrastraba por entre las estrellas inmediatas su cabellera de resplandores. La luna parecía sonreír a los dos muchachos, que la contemplaban con la adoración de pequeños salvajes.

La selva se transformaba con la aparición de aquel rostro moletudo, que hacía brillar como varillas de plata los juncos de la llanura." (7)

Pasada aquella aventura en que los niños durmieron en la selva, cariñosamente unidos en inocente contacto, todo el mundo los consideraba novios. No obstante, a medida que crecían, más que

(6) Ibid.

(7) Ibid., p. 57.

Neleta, atraía a Tonet el buen vino de la taberna de Cañamel, establecimiento hasta lujoso, fruto de ciertos negocios de contrabando de su dueño.

Al quedar viudo Cañamel, no faltó mujer ambiciosa que quisiera compartir el lecho del ricachón, pero éste obviamente coincidía con el sabio tío Paloma, quien opinaba escépticamente respecto a las mujeres:

"... ¡Las hembras!... ¡Mala peste! Eran los seres más ingratos y olvidadizos de la creación. No había más que ver a los pobres *colverts* del lago. Vue'lan siempre en compañía de la hembra, y no saben ir sin ella ni a buscar la comida. Dispara el cazador. Si cae muerta la hembra, el pobre macho, en vez de escapar, vuela y vuela en torno del sitio donde pereció su compañera, hasta que el tirador acaba también con él. Pero si cae el pobre macho, la hembra sigue volando tan fresca, sin volver la cabeza, como si nada hubiese pasado, y al notar la falta del acompañante se busca otro... ¡Cristo! Así son todas las hembras, lo mismo las que llevan plumas que las que visten zagalejos." (8)

Con frecuencia Tonet se escapaba a otros pueblos aguijoneado por la bohemia y el alcohol, hasta que por fin sentó plaza como soldado, embarcándose para Cuba, de donde apenas mandaba recuerdos a Neleta. Habiendo muerto su madre, aquélla supo hacerse indispensable como sirvienta en la taberna de Cañamel. Al gordo propietario no le pasó inadvertida la excepcional belleza de su criada, cuyos ojos verdes le hechizaban más de la cuenta. Neleta, hábil coqueta, no despreció las ventajas del matrimonio con su amo. Ella gobernaba la taberna como una reina, cada vez más encantadora, en tanto que su esposo, saciando constantemente la llama de su pasión, fue consumiéndose poco a poco.

Después de seis años, Tonet regresó de la guerra. Los concurrentes a la taberna quedaban embebididos con sus relatos —especialmente Neleta, a la que además impresionaba la figura tan fuerte y viril de su antiguo novio. Aunque el hijo del tío Tono se había propuesto colaborar en el proyecto de rellenar los campos inundados, pronto se aburríó, y empezó a frecuentar más la taberna para cruzar

(8) *Ibid.*, p. 68.

furtivas miradas con Neleta. El ingenuo marido alentaba aquellas relaciones, ordenando a Neleta convidar a Tonet como al mejor amigo de la casa.

* * *

El sorteo de los "redolins" —los lugares designados a los habitantes del Palmar para la pesca de la Albufera— era un evento trascendental. La suerte de la rifa determinaba la riqueza o la pobreza de cada pescador según el puesto que le correspondiera. Por no ser natural de aquel lugar, Cañamel no tenía derecho a participar en el sorteo, pero ya que el ganador inevitablemente habría de ser un pobre, el tabernero brindaba su colaboración en dinero y materiales para llevar a cabo la debida explotación del primer puesto. De esa manera fue que se asoció con Tonet, pues la Diosa Fortuna quiso que aquel vago fuese el agraciado en el sorteo.

Aunque Tonet iba a la taberna so pretexto de tratar lo de la empresa pesquera, nadie ignoraba que anhelaba estar cerca de Neleta. Cuando ella acompañó al tío Paloma a comprar hilo para las redes a la playa del Cabañal (donde transcurrió la secuencia de "Flor de Mayo"), Tonet esperó su retorno en Catarroja. Plasmando el ambiente de este puerto, el hábil narrador evoca unos expresivos cuadros de costumbres que recuerdan escenas parecidas de "Flor de Mayo":

"... En la ribera construían barquitos los carpinteros, y el eco de sus martilleos se perdía en la calma de la tarde. Las embarcaciones nuevas, de madera amarilla recién cepillada, estaban sobre bancos, esperando la mano de alquitrán con que las cubrían los calafates. En la puerta de la taberna cosían dos mujeres. Más allá alzabase una choza de paja, donde estaba el peso de la Comunidad de Catarroja. Una mujer con una balanza formada por dos espuelas pesaba las anguilas y tencas que desembarcaban los pescadores, y, terminando el peso, arrojaba una anguila en una gran cesta que conservaba a su lado. Era el tributo voluntario de la gente de Catarroja. El producto de esta sisa servía para costear la fiesta de su patrón San Pedro. Algunos carros cargados de arroz se alejaban, chirriando con dirección a los grandes molinos." (9)

(9) Ibid., p. 112.

Inopinadamente Tonet encontró a Sangonera, el empedernido borracho del Palmar, con quien podría entretenerse gratamente dada la elocuencia de aquel vicioso, quien aspiraba a ser como las flores...

"...sin otro recurso que la divina Providencia. En su miseria, nunca dudaba del mañana. . . Por el momento, le bastaba la amargura del día presente; la miseria que le proporcionaba su intento de conservarse puro, sin la menor mancha de trabajo y de terrenal ambición en un mundo donde todos se disputaban a golpes la vida, molestando y sacrificando cada cual al vecino para robarle un poco de bienestar." (10)

Esta profunda aunque algo estrafalaria filosofía del alcohólico es el único asomo de humorismo en la novela. Con todo, parece que el autor busca encerrar una realidad, la misma reverberada en "Arroz y tartana" a través del anciano fundador de "Las Tres Rosas", quien veía en el afán de enriquecerse el deseo inconfesado de "quitar la bolsa legalmente a su vecino". Por otra parte, son ingeniosas sus justificaciones para pasar la vida errante, agradecido a la bondad humana, que le obsequiaba un mendrugo por aquí y un traguito por allá. De una astucia irónica es su forma de disculpar su afición por la borrachera:

"...Su embriaguez a nadie causaba daño y el vino era cosa santa; por algo sirve en el diario sacrificio a la Divinidad. El mundo era hermoso, pero visto a través de un vaso de vino parecía más sonriente, de colores más vivos, y se admiraba con mayor vehemencia a su poderoso autor." (11)

Por detenerse a solventar otros asuntos el tío Paloma, Neleta llegó sola. De esta suerte, la esposa de Cañamel y Tonet regresaron solos, acompañados únicamente por aquel tácito amor, impalpable e invisible como un fantasma, que parecía unirlos con una enigmática fuerza. Y Blasco, quien alardea sobre todo en "Entre naranjos" de su idoneidad para abordar el tema amoroso con cierta delicadeza, envuelve este episodio en un ambiente propicio, valiéndose de

(10) Ibid., p. 116.

(11) Ibid., p. 117.

toda la voluptuosidad de la Naturaleza para precipitar el inevitable clímax de este desasosegado encuentro de dos almas apasionadas.

“Ya no soplaba viento. El lago tranquilo, sin la menor ondulación, tomaba un suave tinte de ópalo, reflejando los últimos resplandores del sol tras las lejanas montañas. El cielo tenía un color de violeta y comenzaba a agujerearse por la parte del mar con el centelleo de las primeras estrellas. En los límites del agua marcábase como fantasmas los lienzos desmayados e inmóviles de las barcas.”⁽¹²⁾

A la caída de la noche, se percibieron los rumores excitantes del lago:

“...No quedaba otra claridad que el difuso resplandor de las estrellas, que temblaban en el agua negra. El silencio profundo era interrumpido por los ruidos misteriosos del agua, estremecida por el coloteo de invisibles animales. Las lubinas, viniendo de la parte del mar, perseguían a los peces pequeños, y la negra superficie se estremecía con un chap-chap continuo de desordenada fuga. En una mata cercana lanzaban las fúlicas su lamento, como si las matasen, y cantaban los *buiquerots* con interminables escalas.”⁽¹³⁾

* * *

En cuanto a la celebración del Niño Jesús, Blasco, infatigable detallista al remitirse a las fiestas de su provincia, fielmente transmite el regocijo de los únicos días del año cuando los músicos invaden al Palmar, haciendo resonar su calle principal con vocífera festividad, de modo de resucitar el espíritu deprimido de los pescadores y sus familias.

Mientras tanto, la irascibilidad de Cañamel se acrecentaba al advertir cómo Tonet disponía de todo en la taberna, ya que no aportaba ningún beneficio a la explotación de la pesca. De hecho, la pasaba Tonet o cazando con la escopeta y la perra del marido de su amante, o cazando a Neleta detrás del mostrador. Mas la zozobra del gordo colmó la noche de “les albaes”, costumbre según la cual los jóvenes ofrecen serenata a las mujeres del pueblo. Al dirigirse a Neleta, las coplas se tornaron vengativas, y los versos improvisa-

(12) Ibid., p. 121.

(13) Ibid., p. 122.

dos para el tabernero mañosamente develaron las relaciones entre su esposa y Tonet —con la consecuencia de que se disolvió la sociedad pesquera.

Tonet, tras otra temporada infructífera en las labores de su padre, se fue con Sangonera a vivir de la caza, en tanto que Cañamel se agravaba, hinchándose más su corpulencia inerte. Y el contumaz viejo porfiaba en saciar sus apetitos sexuales, aun reconociendo que los placeres conyugales le acortaban la vida. Al cabo lo tuvieron que trasladar a Ruzafa, donde lo pudiesen atender los médicos de Valencia.

Al saber que la Samaruca, hermana de la primera mujer de Cañamel, le había inducido a hacer el testamento, Neleta se apresuró a reunirse con el agonizante. La siguiente escena se destaca entre estas novelas regionales por advertirse en ella toda la virulencia de las bajas pasiones. A pesar de hacerse sentir a través de dichas novelas la envidia, los celos y hasta el odio reconcentrado, solamente en este caso los arrebatos emocionales se han traducido en el salvajismo de una lucha bestial cuerpo a cuerpo.

“A media tarde entró (Neleta) como un huracán en la casita de Ruzafa. Al verla, la Samaruca palideció, e instintivamente fué de espaldas a la puerta; pero apenas intentó retirarse, la alcanzó una bofetada de Neleta, y las dos mujeres se agarraron del pelo mudamente, con sorda rabia, revolviéndose, yendo de un lado a otro, chocando contra las paredes, haciendo rodar los muebles con las manos crispadas hundidas en el moño, como dos vacas uncidas que se pelearan con las cabezas juntas sin poder separarse.

La Samaruca era fuerte e inspiraba cierto miedo a las comadres del Palmar; pero Neleta, con su sonrisita dulce y su voz melosa, ocultaba una vivacidad de víbora, y mordía a su enemiga en la cara con un furor que la hacía tragarse la sangre.”⁽¹⁴⁾

Hasta que murió el tabernero, su viuda no supo que había heredado todo, con la significativa estipulación de que no volviera a contraer nupcias ni tuviera amoríos con nadie; de otro modo, una parte de los bienes del difunto pasaría a los parientes de su primera esposa.

(14) *Ibid.*, p. 166.

Volvió Tonet a la taberna. A pesar de sus relaciones con la propietaria, la exasperada Samaruca no podía aportar pruebas contundentes al efecto. En un principio, Tonet se ilusionaba con el matrimonio, pero su amante repudió aquella pretensión, brindándole todo el goce de las intimidades conyugales, sin riesgo a sacrificar un grano de arroz a favor de la Samaruca.

La codicia de Neleta se reveló mayormente cuando se dio cuenta de su estado de maternidad. Intentó sofocar la existencia de la criatura, pero ésta mantuvo una evolución tenaz que la futura madre sólo pudo ocultar fajándose cada vez más fuerte. La robustez de Neleta desmentía su aparente fragilidad, puesto que "seguía en silencio cumpliendo la más augusta función de la naturaleza, sin que los malvados deseos pudieran torcer ni retardar la santa obra de la fecundidad."

Animada con superior maestría, y trazada con un realismo que verdaderamente embarga al lector, es la figura de la embarazada tabernera en su martirio por disimular su falta.

"Neleta lloraba de desesperación, acusando a Tonet de su desgracia. . . Y cuando. . . fijaba sus ojos iracundos en el vientre, que, libre de la opresión a que estaba sometido durante el día para burlar la curiosidad de los extraños, parecía crecer cada noche con monstruosa hinchazón. Neleta odiaba con furor salvaje al ser oculto que se movía en sus entrañas, y con el puño cerrado se golpeaba bestialmente, como si quisiera aplastarlo dentro de la cávida envoltura."⁽¹⁵⁾

Dispuso la tabernera que, en cuanto viera la luz, el niño se abandonase en Valencia; y la endeble voluntad de Tonet hubo de acoger la depravada propuesta sin ánimo de refutarla.

Con motivo de las fiestas de San Martín y Santa Catalina, las grandes tiradas anuales a que asisten cazadores de toda la provincia, el valenciano no deja de insertar una interesante reseña. Sangonera fue inducido a suplir a Tonet de perchero, espoleado por las vastas provisiones de comida y vinos del señor a quien había de servir.

(15) Ibid., p. 177.

Tras de nacer su hijo, la desnaturalizada Neleta despiadadamente despachó a Tonet con el pequeño envoltorio. Mas el tramo a Valencia se le hizo interminable al amante, quien creía permanecer inmóvil, bien que perchaba como loco. Por el temor de que percibiran el bronco llanto del recién nacido, arrojó el diminuto obstáculo muy lejos, y apenas esperó a que se perdiera entre las cañas.

Por lo que se refiere a la nauseabunda hazaña gastronómica de Sangonera, bien podría suprimirse sin restar mérito a la novela. Al contrario, resultan fastidiosos los pormenores de cómo el vagabundo consumió todo el bastimento del cazador, cayendo a consecuencia mortalmente enfermo. Pasajes como el que sigue se calificarían de mal gusto, si es que el naturalismo reconociera "gustos". Más bien pone hincapié en desnudar la realidad sin reparar en que al pobre lector se le revuelva el estómago:

"... En la choza (de Sangonera) era insoportable el hedor. La gente hablaba con misterio y asombro de la agonía de Sangonera. Desde el día anterior no eran alimentos lo que arrojaba su boca: era algo peor; y las vecinas, apretándose las narices, se lo imaginaban tendido en la paja, rodeado de inmundicias.

Murió... con el vientre hinchado, la cara crispada, las manos contraídas por el sufrimiento y la boca dilatada de oreja a oreja por las últimas convulsiones."⁽¹⁶⁾

* * *

Entre Tonet y su amante se había abierto una insondable brecha por el recuerdo de aquel pequeño ser. Sonó la nota culminante cuando, durante una cacería, su perra le llevó a Tonet un bulto de harapos, cuyo contenido develó un objeto blando cubierto de sanguijuelas, hinchado y deforme —impresionándole tanto, que descalabró al infortunado can para que no se aproximara aquella masa horripilante, que fue su propio hijo.

Por doquiera asaltaba al filicida su crimen. No tenía el valor de afrontar una vida martirizada por la impertinencia de un llanto infantil. Aún ensimismado por el remordimiento, el miserable pudo ra-

⁽¹⁶⁾ Ibid., p. 215.

ciocinar sobre su anormalidad. No se conceptuó intrínsecamente corrompido. Adolecía de una gran debilidad de carácter, supeditado, para su mayor desgracia, a la férrea voluntad de su nefasta amante.

Recordó a la Borda, la huérfana recogida por los Paloma, la que se había identificado tan abnegadamente con las vicisitudes de la familia. Todas estas consideraciones, vinculadas a la amenaza de expiar su delito, le impulsaron a truncar su infecunda existencia de un escopetazo.

El padre del suicida, cuyos restos fueron hallados en un lugar recóndito, ya avenido al cobarde fin de su desgraciado hijo, no pudo disimular el ansia de enterrarlo. Auxiliado por la Borda, penosamente trasladó el cadáver a sus nuevos campos apenas acabados de rellenar, y que ahora habían de abonarse con los despojos de su propio hijo. Tono quedó abismado al contemplar un futuro horro de incentivo, ya que no tenía a quien conceder los frutos de sus desvelos.

Y como si este cuadro no fuera suficientemente angustioso para rendir el alma, los últimos renglones descubren un extravagante hecho no insinuado a través de todo el relato cuando, en un instante de encontrarse a solas con el muerto, la Borda besó subrepticamente a aquel cuyo amor jamás le hubiera pertenecido.

Falta página

N° 138

IMPRESIONES GENERALES SOBRE "CAÑAS Y BARRO"

"Cañas y barro", drama más notable por lo que mira a los personajes y las costumbres del pueblo pesquero retratado, que por el laberinto de intrigantes sucesos que comprenden la evolución de la fábula, se conceptúa como una de las obras maestras de Vicente Blasco Ibáñez. Desde un comienzo, el estilo acusa una fluidez uniforme, que por lo demás perdura con una grata llaneza, de suerte que teje un afable hechizo sobre el lector. La trama es movida; a resultas de la acción dinámica, surge una mayor fuerza emocional en esta novela que en los otros estudios regionales del mismo autor.

Los tipos dramáticos, trazados con una precisión y un acierto indiscutibles, revisten perfiles universales. El tío Paloma, quien admirablemente personifica al viejo ofuscado por sus ideas anacrónicas, al aferrarse al pasado cuando los moradores de la Albufera se ensoberbecían de ser simples pescadores, estoicamente resiste todo cambio. En sus descendientes, el venerable patriarca no encontró más que una prolífica fuente de percances: el propio hijo se rebeló convirtiéndose en labrador, servilmente subordinado a un amo para su cotidiano sustento; el nieto acabó por desvanecer sus esperanzas de llegar sosegadamente al ocaso de su vida, dejando a su paso una ignominiosa huella de atrocidades.

Neleta es la esencia de la provinciana egoísta y avara cuya codicia no acata frenos legales ni morales al premeditar un crimen inculcable. Impávida y calculadora, esta mujer impuso su voluntad de manera de dominar a todos los que actuaban en su pequeño mundo, sin tener la agudeza necesaria para comprender que destruía lo que era más suyo: a su hijo y a su amante.

Tonet, que compendia al ser dúctil, al pelele inconsciente de sus actos, es, por desgracia, el tipo preponderante en una sociedad

degenerada, que, con el devanar del tiempo, hace retroceder a la especie humana, infundiéndole vicios y transformando sus fuerzas corporales y espirituales en flaquezas.

Al fin y al cabo Tonet fue un inútil, tan desobligado para con sus ascendientes como desalmado con su primogénito. Habiendo recobrado la normalidad después de manifestar sus instintos desnaturalizados, el asesino se arrepintió de su infamia. Pero como suele suceder, ya que el perjuicio era irremediable, se sintió compelido a recurrir al suicidio para eximirse tanto del suplicio mental como del inminente castigo corporal. Innegable es que la secuencia de los hechos es sangrienta, mas categóricamente lógica.

A tono de crítica negativa, cabe mencionar al personaje de Sangonera por la fatigosa demasía con que se le trata. Siendo un tipo que no influye determinadamente sobre el destino de los principales actores, pasma al lector la profundidad con que se indaga su insólita conducta y la filosofía que motiva su frustrada existencia. Como se ha anunciado con anterioridad, ciertos detalles respecto a la muerte del glotón, por su repulsión e impropiedad, merecen su primirse.

La hipótesis de que Sangonera hubiera pesado en el modo de ser de Tonet resulta infundada, puesto que la veleidad de éste se acusó casi desde la infancia, y estribó esencialmente en su falta de voluntad. Como el mismo Tonet reflejó al admitir el fracaso de su vida, no era malo, sino que su inquieto espíritu se había avasallado al magnetismo malévolo de su amante. Mas con todo, la invención de Sangonera es ingeniosa en sus toques de originalidad; en suma, no es un borracho cualquiera, sino una entidad compleja cuya idiosincrasia inevitablemente pide alguna elucidación, aunque no fuese tan extensa como la hace su creador literario.

El novelista jamás pierde de vista el ambiente que circunda a sus tipos, creaciones que a su vez se mantienen siempre dentro de la realidad de las circunstancias imperantes. Las magníficas exposiciones sobre la vida y los habitantes del Palmar, las menudencias adecuadamente rememoradas para saturar al lector del medio am

biente —todo se presta a que no se le haga ilógica la trayectoria que siguen los acontecimientos, a pesar de conducir a un clímax verdaderamente horrendo, característico de esta avalancha de catástrofes.

El transcurso de la narración ostenta la habilidad de Blasco en el sutil manejo de la suspensión. De toda la obra levantina, "Cañas y barro" es la que más suscita la ansiedad por conocer el desenlace. Asimismo, conmueve al lector el elemento sorpresa, verbigracia, la circunstancia de que los dos niños perdidos en la selva pasaran la noche en dulce inocencia; pues de tal manera fue proyectada la escena que se antoja urdido el episodio para apuntar el comienzo del amor ilícito de los amantes.

Motivo de mayor asombro es la intempestiva revelación de la pasión secreta de la Borda por Tonet. Esta forzosamente ha de ser la penúltima sorpresa, en vista de que la final es, desde luego, el hecho de que Blasco Ibáñez haya tenido la mala ocurrencia de diluir la gran fuerza del reinante de una potente novela, desconcertando al lector, ya debidamente abrumado por el último espectáculo y sin ánimo para persistir en el embrollo. Esta superfluidad únicamente redundante en una desviación de lo que hubiera sido más impresionante conclusión del drama.

* * *

Injusto sería terminar esta crítica de "Cañas y barro" con un comentario negativo, ya que la impresión imperecedera de ella es decididamente afirmativa, no sólo en la opinión de la autora de esta tesis, sino en la de los literatos que han evaluado las novelas valencianas de Blasco Ibáñez. Ciertamente el prestigio de la novela descansa en su universalidad, cualidad que, a su turno, hace aceptable todos estos libros específicamente levantinos a un público heterogéneo.

Es de notarse que aun cuando el valenciano se concreta a personajes regionales, al materializar sus virtudes y sus vicios, provoca que surja lo universal —esto es, lo que hay de común a toda la humanidad— resultando así interesante y comprensivo para cualquier público, sin importar su origen. Con esto quedan manifiestos los atributos que revelan la existencia del auténtico escritor.

Falta página

N° 142

CONCLUSIONES

El presente estudio no aspira a demostrar que un novelista que ha gozado de la mayor difusión en su época sea el mejor. Por el contrario, la popularidad no implica necesariamente superioridad. El público lector falto de criterio y fino discernimiento es incapaz de aquilatar el gusto depurado. Con todo, pese a que Vicente Blasco Ibáñez supo conquistar a las masas mediante temas de pronta captación, desarrollados con vívidas imágenes, ello no excluye la maestría novelística propia del artífice. En efecto: el valenciano indiscutiblemente fue un artista, por cuanto moldeó a un modo dinámico sus figuras de perfiles tangiblemente plasmados, con tanto realismo como el escultor al infundirles vivacidad por medio de sustancias plásticas.

Poseedor de incomparables facultades de observador, unidas a la más aguda sensibilidad, Blasco supo apresar el espíritu vital de la humanidad que reprodujo. Esto es: aun cuando sus seres de quimera estén cincelados con limitados rasgos, convencen de un modo absoluto por transmitir aquel elemento de mayor significación: la mera esencia de su vivir.

Ante todo, poseyó nuestro autor el arte de novelar con prodigiosa naturalidad, preciándose de un estilo translúcido, conciso y coherente a través de toda su obra regional. Caben aquí, a propósito de la destreza novelística, estas originales observaciones del propio Blasco Ibáñez:

"Se confunde con demasiada frecuencia al escritor y al novelista. Hay grandes escritores que se obstinarían inútilmente en querer componer una novela viable. Hay, por el contrario, novelistas cuya manera de escribir resulta mediocre por lo menos y sin embargo sus novelas son grandes novelas. . . Por lo que respecta a

la novela, la cualidad más importante es aquella en virtud de la cual el lector olvida que tiene delante de los ojos una historia inventada por un señor y cree de veras asistir. . . al espectáculo de una acción que se desarrolla a su vista. . . Si se interrumpe este encanto por el simple accidente de un vocablo raro, de un sabio artificio de estilo, el milagro que se había hecho no se renovará en lo sucesivo sino muy difícilmente. . . Aprecio mucho el estilo; pero, en la novela, lo relego a un lugar secundario. . . El novelista debe pensar ante todo en la sencillez y en la claridad de su obra; en la vida de sus personajes y los ambientes en que éstos se mueven." (1)

Incontrovertible es que nuestro literato se adhirió a estos preceptos personales del arte de la novela en su época regional, la fase de su producción más natural y espontánea. Blasco Ibáñez no escaló como José Ma. Pereda, por ejemplo, el pináculo de los "sumos maestros" —así designados por Carlos González Peña— del glorioso siglo XIX, el verdadero renacimiento de la novela española, pero sí está conceptualizado, junto con Ramón Valle-Inclán, como uno de los "excelentes novelistas" de todos los tiempos en el mundo entero.

Dado que todos los que se dedican a inventar fábulas se valen de recursos dispares y varios a fin de irradiar su nimbo de hechizo mágico, cabe juzgar a cada novelista independientemente y a la luz de su propia personalidad, según su tema y, por fin, de acuerdo con el público lector al que anhela llegar. Por consiguiente, resultaría arbitrario urdir nexos de contacto, digamos, entre el valenciano y el insigne idealista Juan Valera, fervoroso exponente de lo más rico y depurado en el lenguaje prosista.

En suma: el estilo, según Paul Stapfer, es "la expresión natural de una personalidad fuerte en una manera de escribir original, a veces trabajada, pero por lo general libre de la necesidad ansiosa de la perfección ejemplar." (2) Esta tan sencilla como comprensiva definición, ¿acaso no se antoja aplicarla primordialmente a Vicente Blasco Ibáñez, el novelista regional?

(1) Camilo Pitollet, op. cit., p. 208.

(2) II serie, París, 1901, cap. XXVII; "Del estilo como condición de la vida", p. 330.—Nota de Camilo Pitollet, op. cit.

En toda creación artística suele haber determinadas obras que reverberan la más elevada expresión del genio de su productor. Precisamente es en la serie levantina donde despunta el mayor prodigio de Blasco Ibáñez, en los tonos cálidos y lozanos, los matices sutiles y delicados, las sugeridoras pinceladas de su desbordante paleta. Si este derroche de color en toda su extravagante intensidad eclipsó al fin todo cuanto escribiera el valenciano posteriormente, ello no es para sorprender, ya que el novelista abandonó —a la vez que se desvanecía la reminiscencia de su juventud visionaria— el escenario del resplandeciente Mediterráneo, imponente mar de inspiración.

Por lo demás, la obra regional fue engendrada por el amor al arte; trasciende de la página escrita todo el fulgor del literato embebido del celo de compenetrarse del alma levantina en particular y de la humanidad en general. Esta obra encierra la batalla de la vida. Por doquiera se desata la lucha para sobrevivir; contienden los protagonistas el pan, en "La barraca"; la supremacía pecuniaria, real o ficticia, en "Arroz y tartana"; y aun el amor, en "Entre naranjos". La manifiesta propensión del autor a los desenlaces trágicos provendrá, sin duda, de su conmiseración por la abrumadora mayoría que carece de fuerzas para derrotar a la adversidad que la aplasta. Si el realismo se apoderó de la conciencia de Vicente Blasco Ibáñez, ciertamente que supo comprenderlo, domarlo y manejarlo con magistral destreza.

A P E N D I C E

ENTREVISTA CON LA HIJA DEL CELEBRE NOVELISTA

En un ambiente de grata intimidad, a la media luz de una lámpara en una sala alegremente adornada de flores y cuadros, fui recibida por doña Libertad Blasco-Ibáñez Vda. de Llorca con esa cordialidad alentadora que tanta confianza infunde. Trátase de una distinguida dama, de facciones regulares, franca y penetrante la mirada, que impresiona hondamente a sus interlocutores por el vigor y cierto dramatismo con que maneja la palabra.

Empezó confirmando que en España y en toda Europa su padre es conocido, más generalmente, como el autor de "La barraca", a pesar de ser ésta una novela de carácter regional. Este libro, afirma ella, fue sin embargo el que le dio una fama tan amplia como inopinada. Después, su renombre se afianzó, llegando a la cúspide con el estruendoso éxito mundial de "Los cuatro jinetes del Apocalipsis", cuyo protagonista es el hijo menor del propio Blasco Ibáñez, Julio César, fallecido hace algunos años.

La aptitud novelística del autor de "La barraca" se manifestó en él desde muy temprana edad, pues para los catorce años ya había dado cima a sus dos primeras producciones, "El conde García Fernández" y "Por la Patria" (El guerrillero Romeu). Ambas corresponden al género histórico, lo que no deja de ser una interesante revelación, si se considera que Blasco Ibáñez cerró su gran ciclo literario con asuntos históricos precisamente, después de haber abarcado los más variados temas. Aquellas narraciones de su iniciación las conserva su hija celosamente, tanto por el entusiasmo juvenil que de ellas emana, como por el especial interés que ofrecen para el estudio de la gestación y posterior desarrollo del talentoso novelista.

La fogosidad de su temperamento unida al valor de sostener sus convicciones, aun a sabiendas de que luchaba contra la corriente, hicieron que el atrevido periodista pasase buena parte de su juventud en las cárceles. Por lo demás, estuvo en el exilio en dos ocasiones: en 1890, cuando pasó a Francia, y durante el período dictatorial del general Primo de Rivera, tras de haber lanzado un folleto que intituló "Por España y contra el Rey". De este último destierro ya no retornó a su patria, muriendo en el año de 1928, precisamente el mismo día en que naciera 61 años antes. Por cierto que hay un dato curioso a este respecto, proporcionado por doña Libertad, pues suele incurrirse en el error de señalar el 29 de enero, en vez del 28, como fecha de su nacimiento, lo que se debe a su vez a un error de origen cometido al extenderse la correspondiente fe de bautismo.

Como características personales de su padre, doña Libertad recordó la total entrega a su labor literaria, así como la ineptitud más absoluta para los negocios, el mal manejo de los cuales acarreó la ruina a su familia en dos ocasiones. Por fortuna, los asuntos financieros se veían después encaminados por Fernando Llorca, el esposo de doña Libertad, el cual era íntimo amigo de su padre cuando ella todavía era una niña.

Un conversador persuasivo y ameno, sin embargo, no eran raras las veces en que don Vicente hería la susceptibilidad de alguno de sus oyentes, en lo que no dejaba de contribuir su innata franqueza. También reunió todas las cualidades propias del poderoso orador capaz de arrastrar a las masas de su pueblo, al que sinceramente dedicaba tanto su acción de republicano militante como sus esfuerzos de literato.

Antes de ser editadas, casi todas las novelas regionales aparecieron en el periódico del propio Blasco, "El Pueblo". El periodista vivía con su familia en la parte alta de la ruidosa imprenta; después de terminadas las labores, a las cinco de la mañana, se ponía a escribir capítulos de sus novelas durante varias horas antes de acostarse.

Aun reconociendo el éxito inaudito de "La barraca", en opinión de doña Libertad la obra cumbre de la serie regional es "Cañas y

barro", criterio que no puede por menos de halagarme ya que por mi parte, si bien no me atrevía a exponerlo por propia iniciativa, también me inclinaba por dicha novela como la más destacada en su género.

Informó la hija del célebre valenciano que su padre no se explicaba a esos literatos que requieren de años y años para completar una obra, ya que él se restringía a un plazo de tres meses más o menos para concluir cada uno de sus libros. Con todo, muy al contrario de lo que han propagado algunos de sus críticos, Blasco Ibáñez corregía todas sus novelas *cuatro* veces.

Se enorgullecía don Vicente de escribir con la "difícil facilidad"—expresión, ésta, asimismo predilecta del también levantino don José Martínez Ruiz (Azorín). Blasco Ibáñez se proponía suprimir de sus libros todo vocablo inusual; deseando hacerse accesible a las grandes mayorías, despreció el estilo retorcido y el vocabulario alambicado.

Como refutación a la referencia intencionada de John Dos Passos, según el cual Blasco solía producir en serie, como una máquina, dictando a varias mecanógrafas a la vez y elaborando simultáneamente "tres novelas, un cuento y un par de libros de viaje..."⁽¹⁾, doña Libertad se limitó a sonreír por tamaña exageración, aseverando que su padre jamás empleó secretarías, excepto en sus últimos años cuando perdió la vista de un ojo.

En cuanto a ciertos antagonistas como José María Carretero, quien con encono agotó los calificativos más vulgares al referirse a Blasco Ibáñez, designándolo, entre otros epítetos mucho más despreciativos, "este plagiador de... Zolá"⁽²⁾, manifestó la hija del eminente valenciano: "Mi padre no sabía guardar rencor". No era que tolerara a sus vituperadores, sino que más bien les compadecía por aquella pasión destructiva que tanto les enardecía, cuando mejor volcaran su indiscutible talento en algo creador.

(1) John Dos Passos, op. cit., p. 114.

(2) El Caballero Audaz (José Ma. Carretero), "El novelista que vendió a su Patria", p. 27, Renacimiento, Madrid, 1924.

Varias veces elegido diputado, cargo que lejos de enriquecerle hubo de restarle mucho tiempo, energías y dinero, finalmente tuvo que declinar este puesto político por haber contraído la diabetes, enfermedad que indirectamente precipitó su muerte veinticinco años más tarde.

Aunque retirado de la vida pública y dedicado por entero a escribir, no por ello dejó de estar siempre alerta a los acontecimientos políticos mundiales, muchos de los cuales su extraordinaria visión del futuro previó —y así muchas de sus profecías se vieron realizadas precisamente como él las pronosticó, bien que no llegara a presenciarlas él mismo.

Al morir, el infatigable novelista dejó el esquema completo de la que iba a ser otra novela más, a la que ya había dado título: "El quinto jinete", identificándolo con el Egoísmo. Otra magna obra que tenía en proyecto y que no alcanzó a realizar, "La juventud del mundo", llevaba el propósito de demostrar que el mundo se halla apenas en los comienzos de su desarrollo.

Existe, además, una novela inédita: "La voluntad de vivir", que corresponde al tipo de novela psicológica. Los personajes, captados de la vida real como todos los de sus creaciones literarias, resultaron de tal modo identificables para sus contemporáneos, que ello disuadió a Blasco de publicar esta novela. De manera que se recogieron y quemaron todos los ejemplares de la edición de 1907, habiendo decidido el propio autor que no se editara nuevamente hasta diez años después de su muerte. Ocurrida ésta en 1928, la novela debía aparecer en 1938; pero, con motivo de la guerra civil en España, había entonces una carencia absoluta de papel, y la edición no pudo llevarse a cabo.

Recientemente se ha editado "La voluntad de vivir", en Barcelona. Mas sus editores han permitido que se modificara a tal grado, bajo el pretexto de moralidad, que de hecho no se trata de la novela que escribiera Blasco Ibáñez. Doña Libertad, justamente indignada por semejante atentado para con esa obra, reveló que está preparando una edición de dicho libro, fiel y exacta, que deberá aparecer en México.

Asimismo, doña Libertad Blasco-Ibáñez ha anunciado una obra biográfica sobre su padre, escrita por ella misma, indudablemente la persona más capacitada para realizarla, y que ha estado recopilando desde hace algún tiempo valiosos datos que habrán de interesar sobremanera a los innumerables adictos con que cuenta el genio valenciano.

INDICE DE OBRAS CITADAS

- AZORÍN, *El paisaje de España visto por los españoles*, Espasa-Calpe Argentina, S. A., Buenos Aires, 1943.
- BLASCO IBÁÑEZ, VICENTE, *Cuentos valencianos*, Editorial F. Sempere y Cía., Valencia.
- BLASCO IBÁÑEZ, VICENTE, *Aroz y tartana*, Espasa-Calpe Argentina, S. A., Buenos Aires, 1946.
- BLASCO IBÁÑEZ, VICENTE, *Flor de Mayo*, Ediciones Atlántida, S. de R. L., México, D. F.
- BLASCO IBÁÑEZ, VICENTE, *La barraca*, Editorial Prometeo, México, D. F., 1945.
- BLASCO IBÁÑEZ, VICENTE, *Entre naranjos*, Editorial Tor, Buenos Aires, 1942.
- BLASCO IBÁÑEZ, VICENTE, *Cañas y barro*, Espasa-Calpe Argentina, S. A., Buenos Aires, 1944.
- DE MADARIAGA, SALVADOR, *España - Ensayo de Historia Contemporánea*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1944.
- DÍEZ-CANEDO, ENRIQUE, *Conversaciones literarias*, Editorial América, Madrid.
- DOS PASSOS, JOHN, *Rocinante vuelve al camino*, Editorial Diana, México, D. F., 1949.
- EL CABALLERO AUDAZ, *El novelista que vendió a su Patria, o Tartarín, revolucionario*, Renacimiento, Madrid, 1924.
- MARTÍNEZ DE LA RIVA, RAMÓN, *Blasco Ibáñez; su vida, su obra, su muerte, sus mejores páginas*, Mundo Latino-Madrid.
- PITOLLET, CAMILO, *Blasco Ibáñez: sus novelas y la novela de su vida*, versión de Tulio Moncada, Prometeo, Valencia.
- ZAMACOIS, EDUARDO, *Mis contemporáneos: Vicente Blasco Ibáñez*, Madrid, 1910.





BIBLIOTECA SIMON BOLIVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS